



**PSOCA**

[www.elsoca.org](http://www.elsoca.org)

Revista 1857: [revista.1857@elsoca.org](mailto:revista.1857@elsoca.org)

El Socialista Centroamericano: [elsoca@elsoca.org](mailto:elsoca@elsoca.org)

Guatemala: [psoca\\_guatemala@elsoca.org](mailto:psoca_guatemala@elsoca.org)

El Salvador: [psoca\\_salvador@elsoca.org](mailto:psoca_salvador@elsoca.org)

Honduras: [psoca\\_honduras@elsoca.org](mailto:psoca_honduras@elsoca.org)

Nicaragua: [psoca\\_nicaragua@elsoca.org](mailto:psoca_nicaragua@elsoca.org)

Costa Rica: [psoca\\_costarica@elsoca.org](mailto:psoca_costarica@elsoca.org)

*Revista Centroamericana  
de Teoría, Política, Economía e Historia.*

Nº 12  
Enero-Abril 2012



**80 ANIVERSARIO DE LA  
INSURRECCIÓN INDÍGENA  
EN EL SALVADOR  
(1932-2012)**

## Índice

**Editorial: ¿Por qué fue derrotada la insurrección indígena de 1932?**

**El Salvador 1932. Los Sucesos Políticos.  
Por Thomas Anderson.**

**Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932  
Por Erik Ching**

**Hacia una reinterpretación de la movilización rural salvadoreña, 1929-1931  
Por Aldo Lauria Santiago y Jeffrey L. Gould**

**El juicio y la ejecución de Martí, Luna y Zapata  
Por Thomas Anderson.**

**Carta Abierta al FMLN:  
A 80 años de la insurrección de 1932:  
¡¡Farabundo Martí debe ser declarado Héroe Nacional!!**

### Revista 1857

**1857** es una Revista Centroamericana, cuatrimestral, de teoría, política, economía e historia, editada bajo la responsabilidad del PARTIDO SOCIALISTA CENTROAMERICANO (PSOCA), fundado en 1925 por Farabundo Martí y otros revolucionarios, y ahora refundado y reconstituido el día 4 de Abril del año 2009.

El nombre de la Revista deviene del rescate de la fecha del 1 de Mayo de 1857, cuando los ejércitos centroamericanos, formado por campesinos e indígenas, después de librar una desigual y desventajosa guerra, lograron finalmente derrotar al ejército filibustero de William Walker, y con ello reunificaron en los hechos la nación centroamericana, pero ante la ausencia y el empuje de una moderna clase obrera, las oligarquías de la época prefirieron mantener las artificiales fronteras nacionales. En el siglo XXI, el PSOCA aspira a derrotar a los modernos filibusteros, reunificando la nación Centroamericana bajo el socialismo.

Aspiramos a convertir esta Revista en una tribuna libre del pensamiento antiimperialista y socialista de los partidos y grupos de izquierda centroamericanos.

Los artículos firmados reflejan la opinión de quienes lo escriben y no necesariamente del PSOCA.

Director:  
Orson Mojica Alvarez.

Comité de Redacción:

Armando Tezucun, Leonardo Ixim, Gerson de la Rosa, Germán Aquino, José M. Flores Arguijo (In Memoriam), Leonidas Moreno y Enrique Villalobos Ulate.

Numero Doce: Enero- Abril 2012

Fecha de impresión: 1 de Abril del año 2012

www.elsoca.org

Correo Electrónico: revista.1857@elsoca.org

## ¿Por qué fue derrotada la insurrección indígena de 1932?

Este 22 de Enero de 2012 se cumplieron 80 años del heroico levantamiento indígena y campesino en El Salvador, que fue derrotado y ferozmente reprimido por el gobierno del general Maximiliano Hernández Martínez.

El Partido Comunista Salvadoreño (PCS), fundado en marzo de 1930, apenas pudo incidir en el desarrollo de los acontecimientos. Este evento revolucionario y sangriento fue, durante décadas, un hierro candente sobre la psiquis del pueblo salvadoreño, marcó profundamente la historia de El Salvador durante el siglo XX, con una influencia negativa sobre el conjunto de Centroamérica, consolidando una larga época de dictaduras militares.

Las valiosas lecciones de la gesta revolucionaria de 1932 en El Salvador, y la discusión entre revolucionarios sobre cuándo es el momento preciso de iniciar la insurrección popular, fueron superadas por el enorme ascenso revolucionario del año 1979, que estremeció los cimientos de la dominación imperialista en la región centroamericana, con el triunfo de la revolución nicaragüense y el posterior inicio de la guerra civil en El Salvador.

La matanza fría y organizada de la población indígena de El Salvador en 1932, fue superada ampliamente por el terror de las bandas fascistas de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) en el período 1979-1980, bajo el mando del coronel Roberto Dabuisson. A veces se nos olvida que estas organizaciones contrarrevolucionarias dieron origen al partido político conocido actualmente como Alianza Republicana Nacionalista (ARENA).

En los álgidos años 80 del siglo pasado, lo que antes

“Por la reunificación socialista de la patria centroamericana”

era una vaga referencia a los míticos acontecimientos revolucionarios de 1932, se convirtió en la lucha cotidiana de las masas contra el imperialismo norteamericano y sus titeres en la región centroamericana.

Los horrores de la prolongada guerra civil (1980-1992) en El Salvador, nos hicieron olvidar también las enseñanzas de los acontecimientos revolucionarios de 1932. Pero ahora, 20 años después, la guerra civil en El Salvador también es un triste recuerdo de la revolución que no pudo ser.

La izquierda centroamericana tiene una enorme deuda con su propio pasado. Tendemos a olvidar rápidamente las lecciones obtenidas con sudor y con la generosa sangre de miles de compañeros, que murieron luchando por la liberación nacional. Actualmente, la mayoría de la vieja generación de militantes que provienen de la izquierda o de las guerrillas, reniegan de las tradiciones revolucionarias, y no quieren transmitirla a la nueva generación que, aunque menos impetuosa, desconoce cómo ocurrieron los acontecimientos revolucionarios de 1932 y las lecciones del por qué no se produjo un triunfo revolucionario en El Salvador.

El cansino discurso por la “paz social” y la “reconciliación”, del “fortalecimiento de la democracia”, y de la “unidad nacional”, han caído sobre la conciencia de los jóvenes como toneladas de estiércol, siempre tratando de borrar las lecciones de los acontecimientos revolucionarios de 1932 y las duras pero valiosas lecciones de la guerra civil (1980-1992).

En un esfuerzo por recuperar las tradiciones y las experiencias revolucionarias, y en ocasión del 80 aniversario de la insurrección de 1932 en El Salvador, la presente edición de la Revista 1857 contiene una recopilación de los mejores trabajos de investigación histórica sobre este tema.

Es conveniente aclarar que la mayoría de estos trabajos no han sido elaborados por militantes revolucionarios, sino que han sido realizados por académicos norteamericanos que, aunque simpatizan

3.- Que se abran todos los archivos del Ejército y la Policía, para que el pueblo salvadoreño conozca la verdad de la masacre de 1932; que se publiquen todos los documentos y se elabore una Memoria Histórica

3.- Que se construya un monumento ejemplar en San Salvador, en honor a todos los héroes y mártires de 1932, así mismo se otorgue un resarcimiento a los familiares de las víctimas.

4.-. Que se declare oficialmente el 22 de enero como día de la insurrección nahuat-pipil por la defensa de los derechos democráticos del pueblo salvadoreño.

Llamamos a toda la izquierda salvadoreña y centroamericana, a las centrales obreras y campesinas, a los sindicatos, a las organizaciones de los pueblos originarios, a las organizaciones estudiantiles, a conformar Comités para trabajar por la Dignificación y Reconocimiento de los Héroes y Mártires anónimos de 1932.

¡¡Farabundo Martí vive eternamente en la lucha por la reunificación socialista de Centroamérica!!

Centroamérica, 22 de Febrero del año 2012

Secretariado Ejecutivo Centroamericano (SECA)  
Partido Socialista Centroamericano (PSOCA)



Las organizaciones guerrilleras que se fusionaron para constituir el **Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN)**, rescataron su nombre. La guerra civil terminó sin una victoria revolucionaria, con los Acuerdos de Paz de 1992. A todos a los revolucionarios centroamericanos nos quedo el sabor amargo de la derrota en nuestros corazones.

No obstante, el 12 de Marzo de 2009, el FMLN ganó las elecciones y Mauricio Funes fue declarado presidente de El Salvador. Se abrió así la posibilidad de reivindicar a los héroes y mártires de 1932, pero el tiempo ha transcurrido y todavía la esperada decisión no se produce. Incluso, antes de tomar el poder en 2009, el FMLN mantuvo por varios periodos la alcaldía de San Salvador y otras alcaldías pero nunca se reivindicó como héroe la figura de Farabundo Martí, ni se rescató ni reivindicó la verdad histórica.

En el año 2011, el Estado de El Salvador, bajo administración del FMLN, rindió honores a los próceres de la rebelión criolla de 1811. Recientemente, en Enero de 2012 el Presidente Funes pidió perdón, en nombre del Estado de El Salvador, por la masacre de más de 1000 campesinos, durante el año 1981, en El Mozote y comunidades vecinas.

Se hizo algo de justicia a los campesinos asesinados en El Mozote, pero después de 80 años todavía no se ha hecho justicia a mas de 35.000 indígenas masacrados en 1932. En mas de 3 años de gobierno del FMLN el tema del levantamiento de 1932, sigue siendo un tabú, algo que se menciona discretamente en los reuniones públicas, como en los peores años de la dictadura militar.

En este año 2012 se cumplieron 80 años de una de las mayores masacres en El Salvador durante el siglo XX. Todavía no se reconoce que los indígenas se levantaron, no solo por las condiciones de hambre, explotación y represión, sino también por la defensa de su derecho democrático a que se les respetara su propio triunfo electoral en el año 1932.

Tenemos enormes diferencias con la política que maneja actualmente el gobierno del FMLN, y por eso hemos llamado a votar nulo en las próximas elecciones municipales y legislativas del 11 de marzo. Pero esta diferencia nunca será motivo o pretexto para no reivindicar o reconocer la enorme trascendencia e importancia de la figura de Farabundo Martí, de la insurrección de 1932, en la historia de El Salvador y Centroamérica.

Por ello, el Partido Socialista Centroamericano (PSOCA) exhorta a la dirigencia del FMLN, que controla la Presidencia de la Republica y de la Asamblea Legislativa, y que tiene la mayoría de los diputados en la Asamblea Legislativa, a realizar de una vez por todas lo siguiente:

1.- Que la Asamblea Legislativa declare Héroes Nacionales de El Salvador, a Agustín Farabundo Martí y demás compañeros fusilados o ahorcados.

2.- Que se reconozca que las personas de los pueblos originarios masacradas en 1932 no eran vándalos, ni delincuentes, sino gente del pueblo que luchaba por la efectiva democracia, por el respeto a su voto.

con la izquierda, no necesariamente son marxistas, pero son los únicos que existen.

El lamentable hecho de que no hay análisis marxistas sobre los grandes acontecimientos revolucionarios en Centroamérica en el siglo XX, como la insurrección indígena de El Salvador en 1932, la lucha guerrillera del General Augusto C. Sandino contra la intervención militar norteamericana en Nicaragua (1926-1934), las heroicas huelgas bananeras en Costa Rica (1934) y Honduras (1954), solo para citar los hechos mas relevantes. Esta ausencia se debe a la negativa influencia que ejercieron los partidos comunistas (stalinistas) y a su contra fenómeno: el auge de las organizaciones nacionalistas pequeños burguesas guerrilleras que tuvieron una influencia determinante en la revolución centroamericana iniciada en 1979.

Contrariamente a lo que se puede pensar, la dirigencia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que enarbola con orgullo falso el rostro de Agustín Farabundo Martí (1893-1932) en sus banderas, nunca ha estado interesada en promover la investigación y discusión sobre los acontecimientos de 1932, ni extraer las enseñanzas sobre los mismos.

En torno al levantamiento indígena de 1932 se han tejido múltiples mitos. El más importante ha sido, probablemente, que la insurrección indígena fue dirigida por el Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Si bien es cierto que Agustín Farabundo Martí (1893-1932), junto a un sector del PCS intervinieron valientemente en los acontecimientos revolucionarios, tratando de influir política y militarmente, para dotar de una conducción centralizada al movimiento insurreccional espontáneo de las masas indígenas, en realidad el joven PCS estaba abrumado, dividido en fracciones que luchaban entre sí ante el tema de la insurrección, y finalmente fue rebasado por la explosión social de los indígenas.

Quienes dentro del PCS propugnaron por la insurrección, terminaron siendo masacrados o fusilados. Quienes sobrevivieron a la matanza, reconstruyeron el

“Por la reunificación socialista de la patria centroamericana”

PCS pero renegando de la experiencia revolucionaria, por ello nunca el PCS rescató oficialmente la figura de Farabundo Martí.

Fue hasta finales de los años 60 del siglo XX, cuando se iniciaba el ascenso revolucionario en todo Centroamérica, que se produjo una división en el PCS y Salvador Cayetano Carpio (1918-1983) funda el 1 de abril de 1970 las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), rescatando la figura y la gesta de Agustín Farabundo Martí, pero bajo la concepción y los métodos de la guerrilla.

No es una casualidad, pues, que la dirigencia del FMLN, ahora copada y controlada en su mayoría por integrantes del ex PCS, reembarcada en su política reformista electoral desde el año 1992, no haya querido nunca discutir los acontecimientos de 1932. Ni siquiera se ha atrevido a declarar a Farabundo Martí como héroe nacional, ni rescatar la experiencia revolucionaria de 1932, mucho menos ahora que está en el gobierno, abrir los archivos del ejército y la policía de El Salvador, para al menos dar a conocer como fue que ocurrió esa matanza de indígenas, que fueron forzadas a insurreccionarse, por las terribles condiciones de explotación y miseria, así como por el fraude electoral durante las elecciones municipales de ese mismo año.

Esperamos que los ensayos que ahora publicamos, sirvan como insumos para el análisis marxista de los acontecimientos revolucionarios del año 1932.

## Carta Abierta al FMLN:

### A 80 años de la insurrección de 1932: ¡¡Farabundo Martí debe ser declarado Héroe Nacional!!

En el año de 1932, el peso de la crisis económica mundial recayó de manera particular sobre la masa de campesinos e indígenas de El Salvador, provocando una enorme efervescencia social. En ese contexto, de crisis económica y constante represión, se produjeron las elecciones municipales y legislativas de Enero de 1932, que terminaron en un enorme fraude electoral contra los candidatos victoriosos de la izquierda.

Este último hecho fue el detonante de la espontánea rebelión de 1932. Fue una insurrección con machetes, palos, piedras, contra un ejército mucho mejor equipado. Más que una insurrección planificada fue una violenta explosión social contra el injusto y antidemocrático orden imperante.

Las masas indígenas, oprimidas por siglos, lucharon y se movilizaron para defender sus derechos democráticos. El gobierno militar del General Maximiliano Hernández Martínez desató una violenta represión y matanza de 35.000 personas en los departamentos del occidente de El Salvador, donde se concentraba la mayor parte de la población indígena.

El aplastamiento de la improvisada rebelión indígena condujo al encarcelamiento y posterior fusilamiento de Agustín Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata y Francisco Sánchez, solo para citar los casos más relevantes. También fue linchado y ahorcado, Feliciano Ama, un reconocido líder indígena.

Agustín Farabundo Martí fue un militante revolucionario centroamericano ejemplar, fundador del **Partido Comunista de Centroamérica (PCCA)** en 1925, y también se destacó como coronel del Ejército del General Augusto C. Sandino, en la lucha militar contra la invasión norteamericana en Nicaragua.

La derrota de la lucha revolucionaria y democrática de los indígenas en 1932 permitió la consolidación de una dictadura militar por más de 50 años, hasta el estallido de la guerra civil en los años 80, donde el pueblo salvadoreño retomó nuevamente las banderas ensangrentadas del levantamiento de 1932.

En cualquier caso, la rebelión que tanto había esperado ya había terminado. La gente, como los volcanes, cesó de retumbar. Las nubes de humo que ascendían de pueblos y villorrios en los departamentos de occidente, al igual que las de los picos montañosos, se disiparon y volaron sobre las aguas del claro y azul Océano Pacífico.

Si durante sus últimas horas Martí tuvo la esperanza de que su rebelión recibiría al menos algún tipo de elogio del mundo comunista, estaba totalmente errado. *El Comunista*, órgano mensual oficial del Partido Comunista de los EE.UU., si bien elogió “*las heroicas luchas de los trabajadores y campesinos del Salvador, bajo la dirección del Partido Comunista*”, ya que constituían “*punto de arranque en el desarrollo del oleaje revolucionario en los países de la zona Caribe y del resto de América Latina*”, por otro lado denunció la insurrección. “Una de las principales lecciones de la insurrección salvadoreña es el peligro de las tendencias putchistas y sectaristas de izquierda, aseguró y luego culpó a los dirigentes por no haber preparado a las masas para la lucha. Tales son las virtudes de los mediocres<sup>10</sup>.”

## ***El Salvador 1932. Los Sucesos Políticos.***

**Por Thomas Anderson.**  
Editorial EDUCA, 1976

**(Fragmentos)**

<sup>10</sup> O. Rodríguez. “The Uprising in Salvador”, *Comunist* 11 (marzo de 1932). pp. 248 y 251. Este breve artículo presenta un relato sencillamente fantástico de la rebelión.

## Se inicia la rebelión comunista

Por Thomas Anderson

Poco después del golpe de Martínez, el mayor A.R. Harris, que había reemplazado al coronel Cruse como attache militar de los Estados Unidos en América Central, visitó a El Salvador. Sus comentarios son reveladores:

*Una de las primeras cosas que se observan cuando uno llega a San Salvador, es la abundancia de automóviles de lujo que circulan por las calles. Pareciera que sólo hubieran Packards y Pierce Arrows. No parece que exista nada entre estos carísimos vehículos y la carreta de bueyes guiado por el boyero descalzo. No existe prácticamente clase media alguna entre los inmensamente ricos y los pobres de solemnidad.*

*La gente con que hablé me dijo que aproximadamente el 90 por ciento de la riqueza del país la posee el 0.5 por ciento de la población. Entre 30 o 40 familias son propietarias de casi todo el país. Viven con esplendor de reyes, rodeados de servidumbre, envían a sus hijos a educarse a Europa o Estados Unidos, y despilfarran el dinero en sus antojos. El resto de la población prácticamente no tiene nada...*

*Me imagino que la situación de El Salvador actual se asemeja mucho a la de Francia antes de su revolución, Rusia antes de su revolución y México antes de su revolución. La situación está madura para el comunismo y los comunistas parecen haberse dado cuenta de ello. El primero de diciembre de 1931, habían en el Correo de San Salvador 3.000 libras de literatura comunista proveniente*

son más importantes que la labor de un pequeño grupo de agitadores izquierdistas que exasperaron la crisis hasta su explosión.

Otro punto que debe aclararse es el papel que desempeñó el general Hernández Martínez en la toma del poder y en la provocación de la revuelta. Mi interpretación, basada en amplias conversaciones que tuve con personas implicadas, es que el general no ayudó a planear el golpe del 2 de diciembre. Más bien, lo que hizo fue dar jactanciosamente la espalda e ignorar el plan, que sentía le podía llegar a beneficiar. El golpe probablemente lo agarró por sorpresa, no en cuanto acontecimiento sino en relación a su fecha. Pero como buen militar, pronto se hizo dueño de la situación. Luego, en el asunto de la rebelión comunista, las cosas fueron saliendo como a él le gustaban. No les podía ordenar a los comunistas que encabezaran una insurrección -aunque hizo todo lo posible por enfurecerlos durante las elecciones locales- pero desde luego le convenía que se sublevaran, dándole así la oportunidad de aparecer como el defensor de la ley y el orden, no sólo ante los extranjeros, sino también, y lo que es más importante, ante la oligarquía del país, cuyo apoyo necesitaba desesperadamente y tanto le estaba costando obtener.

Esperamos que algo se pueda aprender de estos hechos referentes a la dinámica de las rebeliones en América Latina. La rebelión estalló porque había un largo marco de injusticia y odio, que siempre se recubría con una capa de propaganda. Estalló porque las tensiones normales se incrementaron debido a la desarticulación económica, haciendo que la situación apenas tolerable en el occidente del país, se convirtiera en una situación totalmente insoportable. Esto lo aprovecharon los radicales, entre quienes habían algunos verdaderos comunistas. Su insurrección fracasó porque se negaron a tomar en cuenta, o fueron incapaces de entender, el hecho de que había mucha gente que iba a ser hostil o indiferente al llamado de los campesinos y peones cafetaleros de la zona occidental, e iba a tener conciencia de lo mucho que les tocaría perder en caso de que triunfara el levantamiento. Esta gente le dio su apoyo a la política represiva del gobierno. Otro grave escollo puede haber sido que Martí, a pesar de su condescendencia con los intelectuales de clase media como Luna y Zapata, era así mismo miembro de la aristocracia terrateniente, y por esta razón, o debido a sus largos exilios, no tenía un contacto estrecho con los más profundos sentimientos del salvadoreño medio.



Una de las creencias más difundidas entre los salvadoreños acerca de los sucesos de 1932, es que durante la insurrección fueron “masacrados” centenares de burgueses. Esa creencia ha sido fuente permanente de encono entre los campesinos y los habitantes de las ciudades, y ha alimentado un miedo permanente a la mayoría campesina. Es por eso que fuertes unidades de la guardia, armados con fusiles automáticos alemanes M-3, tienen sus puestos por todo el país. Pero, como se ha indicado más arriba, el número de muertes provocado por los rebeldes probablemente es mucho menor del que generalmente se imagina. Si en Izalco sólo se mataron dos personas, y se mataron otras dos en Nahuizalco, otras tres en Tacuba y cuatro en Juayúa, que fueron los lugares más golpeados por la insurrección, es difícil imaginarse cómo pueden haber perdido la vida más de 30 civiles en total. La rebelión desencadenó una orgía de pillajes e incendios, pero no una orgía de violaciones o asesinatos. En términos generales, los campesinos sólo mataban cuando eran provocados o cuando tenían algún rencor especial contra alguien. Si bien es cierto que se dieron casos de violación, éstas nunca fueron la regla sino la excepción. En este trabajo también hemos sostenido que el número de campesinos muertos es menor que lo que comúnmente se cree, aunque de tal cosa no estamos tan seguros. Como es imposible invocar a los muertos mediante una lista fantasmal para que se presenten ante uno, es necesario preguntar: ¿Cuál es el número más probable de muertos? La cifra de 10.000 nos suena más verosímil que otros cálculos más elevados.

Otra persistente creencia en El Salvador es que la revolución fue completamente maquinada por los comunistas, que recibieron tremenda ayuda del exterior. Para contrarrestar esta falsedad, la izquierda a veces ha exagerado demasiado en la otra dirección, hasta el punto de negar toda influencia comunista. En este caso la verdad se encuentra poco más o menos en medio de los dos extremos (aun cuando sea inclinación natural de los historiadores encontrarlas siempre allí), ya que efectivamente habían algunos comunistas implicados, como Miguel Mármol que incluso había viajado a Rusia. Los rojos de Nueva York enviaron propaganda y pequeñas sumas de dinero. Pero las causas básicas de la rebelión tuvieron poco que ver con el marxismo internacional. Sus raíces más bien fueron las profundas hostilidades económicas, sociales y culturales existentes. Si estos factores son los que se han subrayado en el presente trabajo, es porque en realidad

*de Nueva York, confiscadas por las autoridades postales en el transcurso de un solo mes.*

*Las autoridades parecen comprender que la situación es bastante peligrosa y se encuentran muy alertas en su lucha contra las influencias comunistas. Una cosa que les ayuda es que la gente nunca está hambrienta. Los pobres siempre pueden conseguir frutas y verduras gratuitamente y pueden robar madera [para el fuego]... Además, como nunca han tenido nada, no sienten tan aguda la necesidad de las cosas que les hacen falta... Una revolución socialista o comunista puede retardarse por varios años en este país, digamos diez o veinte años, pero cuando por fin suceda va a ser sangrienta<sup>1</sup>.*

Estos son los comentarios de un hombre perspicaz y observador, que veía el advenimiento de la revolución, aunque no podía imaginarse cuán rápidamente serían cumplidas sus predicciones acerca del baño de sangre. Sus comentarios no sólo iluminaron las causas básicas de la rebelión, sino también las razones de su fracaso, la principal de las cuales fue la apatía de las masas por la propaganda.

De hecho, las causas fundamentales de la rebelión se descubren con más facilidad que los motivos exactos que la produjeron en el momento en que ocurrió. Las causas subyacentes incluyen el profundo antagonismo existente entre los campesinos y los terratenientes, pocas veces notado por los ricos a las actitudes simuladas de los primeros. También había un problema racial definido en la zona de Sonsonate, donde chocaban las culturas ladina e indígena. Por más que se insistiera en la homogeneidad de la raza salvadoreña, no se puede encubrir el hecho de que los indígenas se sentían diferentes. A estas causas sociales fundamentales se agregaron otras de tipo económico: el monocultivo y el colapso en la gran depresión. Una causa política era la tradición dictatorial y de incompetencia gubernamental, que le había dificultado a la gente de El Salvador seguir una vida política

<sup>1</sup> N.A., R.G. 59, mayor A.R. Harris, 22 de diciembre de 1931, legajo 816.00/828. Pocos meses antes, Finley, el Chargé d'affaires destacado en San Salvador, había notado que Miguel Dueñas, “el mayor latifundista de El Salvador”, sólo pagaba \$5.000.00 anuales de impuestos, cuando debería estar pagando unas diez veces esa cantidad (N.A., R.G. 59, 11 de septiembre de 1931, legajo 816.00/813).

normal. Todos estos elementos fueron básicos para la rebelión del 22 de enero de 1932.

En lo que se refiere a los verdaderos comunistas, así como los simpatizantes, actuaron como agentes para canalizar el descontento hacia un foco, y estructuraron la maquinaria a través de la cual este descontento podría expresarse en una rebelión. Al hacer esto, Martí y sus más inmediatos seguidores, Rafael Bondanza, Ismael Hernández y Miguel Mármol, parece ser que actuaron por su propia cuenta, con muy poca dirección y ayuda de parte del movimiento comunista internacional. Es cierto que recibieron toneladas de propaganda desde Nueva York, y pequeñas cantidades de dinero, pero la revuelta fue esencialmente un producto autóctono. Para los revolucionarios, Rusia sirvió principalmente de Inspiración.

Existe la tesis de que la rebelión no fue planeada en los más mínimo por los comunistas, sino que fue provocada por el gobierno del general Martínez, quien en forma deliberada no dejó camino abierto para los cambios sociales y políticos que no fuera el de la insurrección. Esta creencia es compartida por muchas personas bien informadas en El Salvador. Me ha explicado que los comunistas, al ver lo que estaba sucediendo, únicamente se colocaron a la cabeza del movimiento condenado al fracaso.

En el libro por lo demás excelente de Abel Cuenca, encontramos las siguientes expresiones:

*Desde ese momento, el golpe del 2 de diciembre, Hernández Martínez comenzó a preparar, con verdadero odio, la maquinaria represiva del Estado, la policía, la guardia, el ejército, los jueces, el estado de sitio, etc., con la firme determinación de ahogar a sangre y fuego el movimiento campesino de masas.*

*El Partido Comunista, que había sido recientemente organizado en El Salvador por un grupo pequeño de hombres muy dedicados, pero ideológica y políticamente muy débiles, hizo esfuerzos sobrehumanos para colocarse a la cabeza del movimiento popular y canalizar el descontento de las masas. Pero fracasó. El 22 de enero comenzó la insurrección, hábilmente provocada por el*

Prieto, que los había acompañado vivos, los acompañó en el viaje de regreso a la Penitenciaría Central, donde permanecieron hasta que se arreglaron las disposiciones para los funerales, efectuados en privado. Luego fueron enterrados en el mismo cementerio, a menos de 50 yardas del lugar donde habían sido ejecutados, en la zona elevada contenida por el muro norte. Las tumbas de Luna y Zapata, que todavía se encuentran en ese lugar, consisten en losas de aproximadamente dos pies de alto. Una tiene un libro de piedra, para señalar que se trata de un estudiante. La otra tiene adornos góticos en piedra. Martí también estuvo un tiempo al lado de ellos, pero alrededor de 1968 fue trasladado al sitio de su madre, que se encuentra más abajo en una parte del cementerio denominado en honor a Alberto Masferrer. Su tumba se encuentra en la actualidad directamente detrás del busto marmóreo de Masferrer. Cuando visité el lugar, vi flores alrededor de la estatua de Masferrer, pero ninguna en la tumba de Martí, quizás porque todavía no tiene nombre. El cuidadero del cementerio me dijo que las tumbas de Luna y Zapata eran visitadas con frecuencia y que a menudo tenían flores frescas sobre ellas.

Mientras tanto, los asesinatos continuaban en el interior del país. Por algún tiempo hasta que se han logrado matar a 10.000 personas. Cuando ya no fue posible enterrarlos, y las zanjas de desagüe de las carreteras hedían de manera insoportable, se cargó a los cadáveres en carretas tiradas por bueyes y amontonados como basura en algún lugar, se procedió a rociarlos con gasolina y darles fuego. De manera que al final Martí tuvo una muerte más o menos digna y fue enterrado de acuerdo con las mejores costumbres burguesas, mientras sus seguidores, como buenos proletarios descalzos, eran asesinados de cualquier modo y sus cuerpos desaparecían en las piras comunes.

No había terminado totalmente la rebelión cuando ya empezaron a surgir los mitos alrededor de ella. El gobierno no hizo nada para evitar eso, sino que por el contrario, estimuló las leyendas con su política deliberada de mantener silencio acerca del hecho. Los archivos gubernamentales fueron destruidos. La Biblioteca Nacional fue purgada de manera sistemática de todos los libros e incluso los periódicos que se referían a la rebelión <sup>9</sup>.

<sup>9</sup> Me dijeron que esto fue hecho en los últimos días del régimen de Hernández Martínez; pero debe notarse que desde entonces no se ha hecho ningún intento por reconstituir el material de la revuelta. Hasta la fecha, la Biblioteca Nacional sólo cuenta con el libro de Joaquín Méndez h.

El muro del cementerio está compuesto de grandes bloques de piedra, que alcanzan una altura como de 15 pies. El cementerio se ha construido detrás de ese paredón, de tal manera que las tumbas se encuentran al mismo nivel que la parte superior del muro, muy por encima del nivel de la calle. De esa manera el paredón de gigantescas losas de piedra está a su vez apoyada por millares de toneladas de tierra y huesos de muertos. En la actualidad el cementerio se encuentra rodeado por un vecindario de viviendas pobres y derruidas, pero en aquellos días, cuando San Salvador no era más que una quinta parte de lo que es hoy, se hallaba cerca de las afueras del pueblo. Como la ejecución no había sido anunciada, sólo un pequeño grupo de curiosos se habían reunido a la hora en que llegó la procesión de camiones y automóviles, entre los que se encontraba la ambulancia fatal. Los espectadores ocasionales fueron mantenidos a raya por una línea de soldados que descendieron de los camiones y se apostaron en ambos extremos de la calle para evitar que la ejecución pudiera ser perturbada.

Cuando los prisioneros eran conducidos al paredón, pasaron frente al general Eleázar López, el fiscal en su juicio. Luna se detuvo y le dijo: *“Te perdono por condenarme a muerte”*. Y lo abrazó. Los dos otros condenados también le dieron un abrazo al general pero no le dijeron palabra. Luego fueron al paredón y le dieron la cara al pelotón de fusilamiento. En el instante en que la escuadra disparó su descarga, se escuchó otro tiro hecho contra el grupo de oficiales. Diario Latino informó: *“Afortunadamente, nadie resultó herido”*. El misterioso disparo puede incluso haber sido imaginario, pues la verdadera rebelión ya había sido aplastada, pero todavía quedaba un miedo supersticioso a los comunistas.

El pelotón de fusilamiento hizo honor a su nombre -después de la descarga los prisioneros todavía estaban vivos. Un oficial fue a dispararle un tiro en la cabeza a cada uno de ellos. La tensión se rompió: los oficiales encendieron cigarrillos y conversaron en voz baja. Entonces alguien notó que la herida que Zapata tenía en la cabeza todavía sangraba profusamente, señal de que 6 u 8 minutos después de la primera descarga todavía estaba con vida. Le dispararon otra vez, y en esta ocasión sí terminaron con la vida del joven estudiante.

Los cadáveres fueron subidos a la ambulancia, y el padre

*gobierno, que se había negado a reconocer los triunfos de los trabajadores en las elecciones municipales. La insurrección perdió toda dirección y se desgastó en una amplia y caótica serie de actividades, ejecutadas por bandas de hombres semiarmados, que fueron sofocados rápida y sangrientamente por el gobierno<sup>2</sup>.*

Mauricio de la Selva considera que la acción del general era parte de su plan para obtener el reconocimiento de su gobierno ilegal por parte de los Estados Unidos, posando como el campeón del anticomunismo. De acuerdo con esta versión, llegó incluso a mandar reclutas del ejército de regreso a sus pueblos y caseríos, para que hicieran correr el rumor de que el presidente de la república quería reformas, pero que los ricos no las tolerarían a menos que un fuerte movimiento de masas campesinas les hiciera cambiar de opinión. *“Por el otro lado, los dirigentes del Partido Comunista trataron de evitar el clamor de los pobres que exigían una rebelión inmediata. Finalmente, Martí fue presionado a ordenar el alzamiento para la noche del 22 de enero, cayendo así en la trampa tendida por Maximiliano Hernández Martínez”<sup>3</sup>.*

Otra posibilidad, sugerida por el Dr. Alejandro D. Marroquín, es que el verdadero temor del dictador era un ataque del Partido Laborista con base en Guatemala, coordinado con un levantamiento en masa de los campesinos en apoyo a Arturo Araujo. *“Decidió precipitar la rebelión, culpar de ella a los comunistas que estaban adquiriendo fuerza, y reprimirla por la fuerza. “Esto impediría que Araujo pudiera utilizar masas para retomar el poder, destruiría el movimiento comunista y le ganaría amistades en el extranjero<sup>4</sup>. De acuerdo a Marroquín, la trama consistía en permitir que se celebraran las elecciones municipales con la participación de los comunistas, pero al mismo tiempo en provocar incidentes y echarle la culpa a ellos. Además de lo anterior, por medio al comunismo, Martínez organizó la Guardia Civil de Santa Ana en forma de “guardia blanca”. Y como último paso aprisionó a Martí, Luna y Zapata e hizo circular rumores acerca de su inmediata ejecución, para que los campesinos “que querían a Martí,” se levantaran en rebelión<sup>5</sup>.*

2 Cuenca, Democracia cafetalera, p. 32.

3 De la Selva, “Lucha”, p. 212.

4 Marroquín, “Crisis”, p. 52.

5 Ibid., p. 60.

Estas versiones consideran a Hernández Martínez capaz de intrigar en forma casi diabólica. No cabe la menor duda de que deseaba exterminar a los comunistas, y que temía a los campesinos. Además, la amenaza de una invasión armada desde Guatemala era muy real. Pero es poco probable que el general dispusiera de tiempo o vocación para sentarse a elaborar un minucioso plan que eliminaba simultáneamente a todos sus oponentes. Después de todo, existían numerosos factores sobre los cuales no tenía control. No sabía dónde estaba Martí o cuando podría caer en manos de la policía. No estaba seguro de si una rebelión dirigida por los comunistas podría fracasar, y probablemente, como casi todo el mundo, exageraba de una manera vasta la fuerza del movimiento.

La realidad es que los hechos de enero de 1932, se parecen mucho a los de diciembre del año anterior, que llevaron a Martínez al poder. En ambos casos, el general fue lo suficientemente listo como para dejar que las cosas siguieran su curso, y una vez surgido el caos, capitalizar a base de los errores de otros. Esta técnica ha sido utilizada frecuentemente por los militares, incluyendo al gran Napoleón. De tal manera que el general H. Martínez, un Napoleoncito de aldea, simplemente estaba siguiendo la tradición.

Del otro lado, esta claro que Martí no era una inocente oveja conducida al matadero. De hecho, fue él, y no Martínez, quién planeó la revuelta y fechó su ejecución. Ha habido mucha controversia sobre el momento en que Martí fijó la fecha. Abel Cuenca, como muchos otros, cree que la revuelta no se planeó sino hasta después de la “farsa” de las elecciones municipales; fue un resultado directo del convencimiento de que para entonces era imposible evitar un alzamiento armado, y que era mejor planearlo para determinada fecha que permitir que el gobierno dijera cuándo. Sugiere que la fecha correcta en que se planeó la insurrección debió ser el 9 ó 10 de enero. El propio Cuenca recibió sus órdenes el 18 y considera que deben haber sido acordadas en la capital alrededor del 15.

Del otro lado, Jorge Schlesinger, tiene en su libro la foto de una carta que se supone escribió Martí a mediados de diciembre, dirigida a Antonio Gil en Puerto Cortés, Honduras. En ella Martí habla de la rebelión como si estuviera planeada para llevarse a cabo entre el 20

que había pasado en las Segovias. Elogió al general por ser uno de los que jamás habían claudicado ante el imperialismo yanqui. “Sandino” -dijo- “es uno de los pocos patriotas que hay en el mundo.” Había roto, agregó, porque Sandino andaba buscando ayuda entre los mexicanos para reiniciar la lucha en las Segovias, lo cual le parecía a él, a Martí, una inútil pérdida de tiempo. Además, en aquellos días Martí ya era comunista y Sandino rechazaba esa doctrina<sup>7</sup>.

A la mañana siguiente doña Nieves Cea de Zapata llegó otra vez a despedirse de su marido. Según los periódicos, “estaba pálida, pero serena”. No lloró después de que se abrazaron fuertemente y se separaron. Nadie llegó a despedirse de Martí -su padre había muerto, su madre estaba en México, y, no mantenía relaciones con otros parientes. Tampoco llegó nadie a visitar a Luna, cuyos padres ya habían muerto y cuya familia se encontraba en la distante ciudad de Ahuachapán, al otro lado del reino del terror.

Zapata y Luna confirmaron firmemente su fe católica, y recibieron los últimos sacramentos del padre Castro Ramírez, que los exhortó a que murieran “en comunión con Dios”. Al escuchar esa palabra, cuentan que Martí elevó sus ojos al cielo y con una sonrisa de ironía “repitió la bella, y para él vacía palabra de Dios”<sup>8</sup>.

Su “confesión” consistió en el impío truco de asegurar a sus victimarios que todavía habían más de mil bombas colocadas en la ciudad, y que dentro de poco se sublevarían en la capital millares de rebeldes de refuerzo. Esto, no cabe duda, produjo el efecto de intensificar la persecución en San Salvador.

Una ambulancia esperaba a al puerta de la prisión para conducirlos al muro norte del cementerio general, donde debían ser ejecutados por el pelotón de fusilamiento. En este mismo vehículo se traerían sus cadáveres. Pidieron que le permitieran a Don Jacinto Castellano Rivas que los acompañara, quizás como una defensa contra las atenciones del padre Prieto, que también insistió en viajar en la atestada parte trasera de la ambulancia, y quien «no los abandonó ni un solo momento”.

7 Pineda, “Tragedia comunista”. Diario de Hoy, 7 de febrero de 1967.

8 Jorge Schlesinger, Revolución comunista, p. 198.



que los jueces hayan debatido toda la noche. Lo más seguro es que todos se fueron a dormir a sus casas, o se quedaron reposando en la Penitenciaría, pues la verdad era que casi no había nada que discutir. El general Maximiliano Hernández Martínez ya había dado la señal.

La Corte leyó el veredicto en que se encontraban culpables a todos los acusados de los delitos de traición y rebelión, por lo que se les condenaba a morir a la mañana siguiente ante un pelotón de fusilamiento. Al terminar la lectura, Luna se volvió a Martí y le dijo en voz alta: *“Martí es como Platón. Reconozco en él a mi maestro.”* Y luego le preguntó: *“¿Me reconoce a mí como su discípulo?”*

El veterano de las Segovias y de mil sangrientas huelgas miró por un instante el joven y sincero estudiante sin decir una palabra. No tal vez sin un rasgo de ironía, respondió: *“Sí, te reconozco, mi discípulo”*. Y luego, en un tono más altivo, agregó: *“Y ahora vamos a morir, los tres juntos”*.

El 31 se les permitió a los prisioneros que recibieran visitas, pero después de todo, la mayor parte de sus amigos ya habían sido asesinados por los pelotones de fusilamiento, o se encontraban presos, o escondidos. Dos damas, Concha y Elvira Ayala, llegaron a hablar con ellos dándoles indudablemente muchos detalles de la matanza. Por la tarde fueron conducidos a la capilla a oír misa, y después llegaron dos sacerdotes, los padres Prieto y Rutilio Montalvo. Martí les dijo que no tenía pecados que confesar, pero los dos estudiantes hicieron las paces con el Señor.

En la narración de Buezo, Martí le dice al sacerdote que había dejado de creer en esos *“principios omnipotentes que, de acuerdo con ustedes, son todo justicia y amor”*. Le preguntó al sacerdote: *“¿Usted cree que las condiciones sociales de nuestro país son justas?”*. Le señaló que la Iglesia había colaborado con el Estado para esclavizar al pueblo salvadoreño, y había participado en las recientes matanzas. *“¿Son justos los asesinatos que los militares y la burguesía han cometido en nuestras filas? ¿Eso es el amor?”* -le increpó<sup>6</sup>.

Por la noche permitieron que los condenados hablaran entre sí y con sus carceleros. Martí recordó extensamente a Sandino y los días

6 Ibid., pp. 79 - 80.

y el 25 del “mes entrante”<sup>6</sup>. Sin embargo, Scilesinger, que estaba escribiendo por encargo la justificación del régimen de Hernández Martínez, no es una fuente en la que se puede confiar por completo. La misma carta tiene una fecha equivocada: “16 de diciembre de 1932”, o sea, un año más tarde, cuando ya hacía unos 10 meses que Martí había muerto. Este es un tipo de error que bien pudiera cometer un falsificador, escribiendo en 1932, aunque también podría ser un descuido de Martí. Juzgada por su evidencia interna, la carta podría ser genuina.

Es enteramente posible que Martí haya decidido la rebelión tan pronto como Martínez subió al poder, pero que no se haya reunido a planear con sus subalternos sino hasta después de las elecciones municipales. Porque si fuera cierto que la necesidad de la insurrección armada no se le ocurrió sino hasta después de los fraudes electorales del 3 al 5 de enero, sería extremadamente ingenuo. Desde un principio quedó claro que Martínez esperaba consolidarse como dictador, y que regresaría a los procesos electorales acostumbrados en El Salvador, haciendo fraude en las votaciones. Si Martí, pese a la debilidad de su posición, no estaba pensando en la insurrección, al menos debería haberlo estado haciendo.

René Padilla Velasco, el abogado de Martí en su último juicio, previo a la ejecución, ha hecho el astuto comentario: “Martí se estaba jugando su última carta como dirigente”. El punto más elevado de su popularidad lo había alcanzado el día en que había sido puesto en libertad después de su famosa huelga de hambre. Desde ese momento, la maquinaria represiva del gobierno de Araujo le había paralizado el estilo de trabajo. No fue capaz de ganarse sino a un puñado de estudiantes universitarios. Únicamente en la parte occidental del país había tenido el éxito de formar un movimiento de masas campesinas. Pero aun en esa área de El Salvador, la influencia del PC no se extendía al norte del Volcán de Izalco. La ciudad de Santa Ana tenía un movimiento comunista, especialmente alrededor del sindicato de tipógrafos, en el cual la figura relevante era Raúl Vides, pero sus fuerzas eran débiles y no jugaron ningún papel en la rebelión. Cuando se llegó el momento de probar fuerzas, tampoco hubieron alzamientos al este del Ilopango. Esto se puede haber debido a falta de apoyo o a deficiencias de las

6 Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, p. 222.



comunicaciones.

En otras palabras, más de dos terceras partes del país no habían sido adoctrinadas en forma conveniente. Martí debe haber notado que con la llegada de la feroz dictadura de Martínez, esos defectos no se iban a poder corregir. La decisión de la insurrección armada, sin importar cuándo se haya tomado, debe interpretarse como un intento desesperado para desalojar a Hernández Martínez antes de que se consolidara por completo.

Estando en las montañas de Nicaragua con Sandino, Martí le había escrito a un amigo: “Cuando no se puede escribir con la pluma se debe escribir con la espada”<sup>7</sup>. En aquellos momentos estaba a punto de actuar de acuerdo con aquel aforismo.

Antes de la caída del régimen de Araujo, las elecciones de los alcaldes y los consejos municipales estaban programadas para el 16 de diciembre. Pocos días después deberían efectuarse las elecciones de diputados. El golpe hizo imposible que las elecciones se celebraran de acuerdo con el calendario propuesto, pero una de las condiciones impuestas por el grupo golpista de Castro Cañizales al general H. Martínez, era de que se realizara elecciones lo más pronto posible. De acuerdo con eso, las elecciones municipales se fijaron para el 3, 4 y 5 de enero, y las elecciones legislativas para el 10, 11 y 12 del mismo mes. El gobierno prometió completa libertad electoral, e invitó a que participaran todos los partidos políticos, incluyendo el PC. La maniobra no carecía de engaño. Para tener derecho a votar, el ciudadano se debía registrar en los libros de cada municipio, donde inscribía su nombre y el partido a que pertenecía. La inscripción del Partido Comunista proporcionaba al gobierno una lista de sus miembros. Cuando se llegara la hora de recoger a los comunistas, los registros electorales servirían de cómoda guía.

A pesar de todo, los comunistas registraron a sus candidatos. El 12 de diciembre, Diario Latino anunció que Joaquín Rivas iba a ser el candidato del PC para alcalde de San Salvador. Alfonso Luna estaba a cargo de la campaña de Rivas. El partido formó una Comisión Política Electoral a nivel nacional, que nombró candidatos en todos los pueblos posibles.

7 Arias Gómez, Martí, p. 10

conocidas actividades en la FRTS, dentro del movimiento estudiantil radical y en la universidad popular. La corte escuchó impasiblemente mientras el declaraba: “Somos figuras de segundo orden”. Era cierto, era evidente, pero no importaba. La burguesía clamaba venganza, en especial contra los jóvenes rebeldes de la universidad. La Corte no estaba para sutilezas.

Por último se le dio oportunidad a Agustín Farabundo Martí para que hablara. Ya era más de la media noche. El salón de la corte, que en realidad no era sino la habitación más grande del apartamento del comandante, estaba mal alumbrado y tenía aspecto tenebroso. Martí se puso en pie, según palabras de *La Prensa*, “visiblemente nervioso, con un tic que le fruncía una vieja cicatriz que tenía en la frente”. Empezó por enjuiciar a la Corte misma, señalando que aquello era en realidad el juicio de una clase por otra. Como de antemano era culpable, de acuerdo a la opinión prevaleciente, ya que era un dirigente comunista, no iba a perder el tiempo defendiéndose, sino que aceptaba la responsabilidad total de lo que había sucedido. Sin embargo, le suplicaba a la corte que considerara que los estudiantes Luna y Zapata no estaban profundamente comprometidos. No eran comunistas, no conocían ni los fundamentos del marxismo, ni tenían conciencia proletaria. Eran simplemente unos idealistas de clase media que habían visto en él, en Martí, a un maestro.

A la una de la madrugada la Corte entró en receso y los tres prisioneros regresaron a sus celdas, mientras los jueces comenzaban su debate. Los acusados pasaron lo que se ha descrito como “una noche tranquila”<sup>4</sup>. Martí se acostó en su petate y se puso a fumar, perdido en ideas; o tal vez tratando de no pensar. (Se ha asegurado que el soltero revolucionario estaba enamorado de una mujer casada como de treinta años de edad, que había conocido en sus días de estudiante, y aunque jamás hablaba de ello, esa frustrada pasión subsistió con toda fuerza hasta el final<sup>5</sup>).

Luna se pasó la noche hablando con un sacerdote que había llegado a visitarlo. Zapata se paseaba nervioso de un lado a otro, sobándose la barba que le había crecido en la prisión. Finalmente, a las 6.30 fueron vueltos a llamar al salón de la corte. Es poco probable

4 Pineda, “Tragedia comunista”. Diario de Hoy, 7 de febrero de 1967.

5 Buezo, Sangre de hermanos, pp. 55 - 56.

Cuando el fiscal terminó su exposición, Alfonso Luna pidió a la corte oportunidad de hablar en defensa propia. Se le concedió, y el joven empezó a explicar con voz un poco cortada que sus actividades en el movimiento comunista no pasaban de ser algo así como boberías, la acción de un joven entusiasta que no podía prever las consecuencias trágicas de su actuación. Explicó que él y Mario Zapata no eran más que unos muchachos, que eran simples simpatizantes de los comunistas pero que no eran verdaderos miembros del partido. Su simpatía por la causa surgía de su creencia de que había llegado la hora en que se les tenía que hacer justicia a los campesinos y proletarios, pero que ellos nunca habían creído que para hacer justicia iba a ser necesario cometer actos tan inhumanos como los que la corte atribuía a las turbas comunistas.

En cuanto a su presencia junto a Martí en San Miguelito, ellos habían llegado como obedeciendo a un impulso fatal, porque se les había dicho que si los agarraban los iban a deportar del país por haberse atrevido a publicar *Estrella Roja*; como tenían miedo de que los fueran a expatriar, habían llegado a pedirle consejos y aliento a Martí, a quienes consideraban su maestro. Habían llegado ignorando lo que estaba planeado y no habían tenido la intención de vincularse a aquel movimiento subversivo y sangriento. Luna terminó diciendo que en lo relativo al levantamiento ambos eran inocentes, y que como editores de *Estrella Roja* habían elogiado el golpe del 2 de diciembre, advirtiéndole únicamente al general Martínez que ya había llegado la hora de que se les hiciera justicia a las masas. Por supuesto que todo el testimonio de Luna era efectivamente cierto, como me lo han admitido todas las personas informadas con que hablé en El Salvador, pero no produjo mayor impresión en la corte que estaba determinada a ver que los tres hombres fueran ejecutados.

Entonces se le permitió hablar a Zapata. Aunque era delgado y de aspecto tímido, tenía firmeza y compostura. Negó ser comunista y explicó que su situación de semi-burgués y semi-intelectual le dificultaba la aceptación en las filas comunistas. En cuanto a los documentos que la fiscalía había presentado para vincularlo al movimiento, consistían únicamente en algunos artículos que se iban a publicar en *Estrella Roja*. Zapata aseguró que los dos dirigentes estudiantiles sólo se habían acercado al PC a partir de la publicación del periódico en diciembre. Por el otro lado, no podía negar sus

Las elecciones se efectuaron en un clima de violencia. De acuerdo a las noticias de los periódicos, el 4 de enero la violencia estalló en el cantón Santa Rita, del distrito de Turín. Unos 400 hombres invadieron las fincas y atacaron al puesto de la guardia nacional, al mando del sargento Alberto Mathew. El sargento recibió heridas de gravedad y uno de sus guardias murió. Entonces llegaron refuerzos de Ahuachapán y Santa Ana. Restablecieron el orden, matando a varios campesinos, incluyendo a Miguel Ángel Zelaya e Indalecio Ramírez, dirigentes locales del PC.

Las elecciones fueron fraudulentas, y el gobierno actuó con poca o ninguna honestidad. No es injusto hablar de una “comedia” electoral, en la cual el gobierno había predeterminado los resultados<sup>8</sup>. En San Salvador, fue nominado alcalde don Roque Jacinto Bonilla del Partido Fraternal Progresista, un grupo conservador que también triunfó en los cercanos poblados de Santo Tomás, Mejicanos, Santa Tecla, así como en Cojutepeque, Aculhuaca y Comasagua. El candidato comunista para la alcaldía de San Salvador, Joaquín Rivas, quedó en tercer lugar de acuerdo a los resultados oficiales. El PC proclamó victorias en Santa Tecla. Sonsonate y otros lugares, pero éstas no fueron certificadas. No se informó ningún resultado oficial de las elecciones sino hasta varios días después.

Las elecciones se suspendieron en muchos poblados de la zona occidental del país, donde se sabía que el PC era fuerte. Por ejemplo en Turín, en Tacuba, donde el candidato del PC hubiera sido Abel Cuenca, en Colón y en varios pequeños pueblos del departamento de Sonsonate. A pesar de que tales hechos deben haber decepcionado a los dirigentes rojos, es probable que para entonces se hayan dado cuenta de que las alternativas reales que tenían eran el baño de sangre o la rendición. Una nota del Comité Central del Partido, escrita inmediatamente después de las elecciones municipales, le decía a los jefes locales del partido, que el PC no tenía verdaderamente esperanzas de llegar al poder por medios legales, y que participaba en las elecciones con el único “objeto de preparar a las masas para la lucha”<sup>9</sup>.

De acuerdo con las noticias publicadas por La Verdad -el

8 Luna. “Trágico suceso”, p. 61.

9 Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, p. 138.

periódico del partido editado por Inocente Rivas Hidalgo- el 7 de enero la policía llegó a la imprenta Cisneros, donde se imprimía Estrella Roja, y mostró una orden del director de la policía prohibiendo la publicación del semanario estudiantil. “Tal medida —tronó La Verdad— carece del mínimo fundamento legal y sólo sirve para confirmar la actitud hipócrita del gobierno, el cual, mientras pretende conceder libertades, constriñe la libertad de expresión”. Era claro que las relaciones entre el gobierno y los comunistas se estaban deteriorando.

Otro artículo del mismo número (7 de enero de 1932) protestaba duramente por la falta de libertad que había prevalecido en las elecciones. Comparaba al nuevo régimen con los de Quiñónez Molina y los hermanos Meléndez, y declaraba que no había habido libertad electoral. Al referirse a las elecciones legislativas, que se efectuarían en los días próximos, el periódico decía: “*Hemos presentado una lista de candidatos, escogiendo a personas que consideramos competentes y buenas para desempeñar el cargo. Como hombres, podemos habernos equivocado, pero no hemos actuado con malicia, y si el electorado encuentra en nuestras listas a alguna persona en la que no puede confiar, puede saltarse el nombre*”. La Verdad también aseguraba que si las próximas elecciones resultaban ser tan fraudulentas como las anteriores, el ejército quedaba en libertad de afirmarse contra el gobierno de facto del general Martínez. Esta última aseveración, que a primera vista puede parecer extraña, se explicó con los acontecimientos de las semanas siguientes, ya que el partido estaba convencido de tener muchos seguidores en los cuarteles.

Ese mismo día estalló nuevamente la violencia en Ahuachapán, donde los trabajadores de las plantaciones de café se fueron a la huelga. Inmediatamente fueron enviados a la zona guardias nacionales, los cuales fueron embriagados por los propietarios de las fincas que luego los convencieron de que atacaran a los campesinos, muriendo dos de estos y quedando cuatro heridos.

En aquellos momentos, el general Martínez estaba pasando por una severa crisis gubernamental. Desde que se había hecho cargo del poder la depresión había ido empeorando progresivamente. Poco a poco él y sus partidarios habían comenzado a comprender la amarga verdad de que no era solamente la incompetencia de Araujo la que causaba las dificultades a El Salvador, sino que ésta era motivada por

Para los jóvenes compañeros de Martí, la prisión era una experiencia nueva. Mario Zapata se había casado hacía cosa de un año y por los días de su arresto estaba a punto de ser padre. Su esposa, doña Nieves Cea de Zapata, fue hostigada por el gobierno durante el tiempo que transcurrió entre la supresión de Estrella Roja y la captura de su marido. Se le ordenó repetidamente que revelara su escondite, a lo que ella se negó <sup>1</sup>.

Al término de la rebelión, los tres prisioneros fueron notificados de que serían juzgados por un “consejo de guerra”, o sea, por una corte marcial. Se les apremió para que le dieran al gobierno cualquier evidencia que tuvieran acerca de otros responsables del levantamiento, pero ellos se negaron a hacerlo. Buezo dice que Martí respondió: “*No somos cobardes... no nos deshonraremos*” <sup>2</sup>. Entonces se les preguntó a quiénes deseaban por defensores. Los acusados proporcionaron una serie de nombres y, finalmente, la defensa le fue encargada a un joven estudiante de cuarto año de leyes. René Padilla Velasco, que actualmente es funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. De las conversaciones que sostuve con él, deduzco que aceptó la defensa de los tres hombres de mala gana, más por un sentido del deber que por simpatía hacia la causa que ellos representaban. Había sido compañero de estudios de Luna y Zapata y los conocía bastante bien.

De acuerdo con *Diario Latino* <sup>3</sup>, el consejo de guerra estaba formado por los siguientes miembros: general Manuel Antonio Castañeda, presidente; y coronel Hipólito Ticas, general Emilio Marroquín Velásquez, coronel Domingo García Morán y coronel Ladislado Escobar. Secretario fue el Dr. Arturo Solano, y fiscal el general Eleazar López. Como secretario de la Corte fungió el teniente Castro Cañizales. El juicio fue convocado a las 6.00 P.M. del 30 de enero de 1932, en una sala de la Penitenciaría. Después de que los miembros se habían instalado en sus puestos, a las 7 de la noche comenzó la lectura de la causa. Luego, sin receso, se sucedieron las intervenciones hasta la 1.00 A.M.

1 Buezo, Sangre de hermanos, pp. 70-71.

2 Ibid, pp 73-74.

3 El relato del juicio y de la ejecución es de la prensa del primero de febrero de 1932, en especial de Diario Latino y La Prensa, excepto cuando se señala.

## EL JUICIO Y LA EJECUCIÓN DE MARTÍ, LUNA Y ZAPATA

Por Thomas Anderson

La antigua Penitenciaría de San Salvador fue derruida por un terremoto en 1964, y en su lugar sólo hay actualmente un predio vacío. Pero el 19 de enero de 1932, las puertas del edificio se cerraron detrás de Martí, Luna y Zapata. Es difícil imaginarse lo que pensó Martí, veterano de tantos sufrimientos y encarcelamientos. Es probable que, habiendo sobrevivido a tantas cosas, haya esperado que su sangre fría y su superioridad moral podrían sacarlo sin daño a través de aquellas puertas de la Penitenciaría. Pero estaba destinado a no cruzarlas sino hasta el primero de febrero de 1932, al ir a su ejecución junto con Mario Zapata y Alfonso Luna.

En el curso de las interrogaciones que siguieron a su captura, Martí se fue dando cuenta gradualmente de que la insurrección había estallado y había fracasado. Ninguna de las dos cosas le podía sorprender. Como René Padilla lo ha señalado, el levantamiento era su última carta y él lo sabía.

Fuera de la prisión circulaba el constante rumor de que los tres conspiradores habían sido fusilados contra la pared de la fortaleza penitenciaria. Tantos eran los rebeldes ejecutados sin previo juicio, que era difícil creer que el gobierno se iba a tomar la molestia de pasar por ciertas formalidades legales para matar al hombre que se podía considerar como el más responsable de la insurrección; pero el general Martínez sabía perfectamente qué era lo que estaba haciendo. Se propuso convertir a Martí en un legendario villano público, cosa que a la larga logró, al someterlo a juicio y condenarlo con gran publicidad. La ejecución de los tres prisioneros pondría punto final a la rebelión con una perfecta nota de tragedia y definición.

fuerzas económicas sobre las que no se podía mantener control.

El 8 de enero el gobierno anunció nuevas medidas financieras de emergencia que significaban una reducción del 30 por ciento del salario de todos los empleados públicos (excepto los militares), y más impuestos para apoyar las escasas rentas del gobierno. Para aquella época, los salarios de los empleados públicos no sólo eran muy bajos, sino que estaban atrasados por varios meses. Sin embargo, desde que los militares habían demostrado su descontento a través del coup d'état, se les estaba pagando con puntualidad.

Por supuesto que estos decretos no solucionaban todos los problemas financieros que presionaban al gobierno. El mismo día que se anunciaban esas medidas (esbozadas el día anterior), el presidente tuvo un fuerte encuentro con representantes de la Cafetalera, dirigidos por don Francisco Dueñas, el mayor barón del café. Los cafetaleros exigieron que se derogaran los decretos monetarios emitidos por Araujo en octubre del año anterior, que prohibían el embarque de oro hacia el exterior, ya que los banqueros estaban utilizando la estrecha situación monetaria como una excusa para no dar préstamos a los caficultores. Martínez no aceptó.

El siguiente domingo, 10 de enero, comenzaron las elecciones de diputados. El Partido Fraternal Progresista, conservador, boicoteó las elecciones en el departamento de San Salvador alegando fraude electoral. Los primeros resultados de las elecciones publicados por La Prensa el 11, indicaron una posible victoria del PC. Pero después de esa fecha un misterioso silencio cubrió el resultado de las elecciones, hasta que el 21 de enero el Diario Oficial confirmó que tres candidatos no comunistas habían ganado las elecciones en el departamento de la capital. Debe señalarse que la votación había sido exigua, depositándose en la ciudad de San Salvador únicamente unos cuantos centenares de votos.

El domingo de las elecciones se renovaron los conflictos en el departamento de Sonsonate, en Armenia, Juayúa y San Isidro. El siguiente martes hubo invasión de fincas en Turín y alrededor de la ciudad de Ahuachapán, donde fueron muertos no menos de 30 comunistas<sup>10</sup>.

10 N.A., R.g. 59, McCaffery [sic] al Secretario de Estado, 20 de enero de 1932, legajo 816.00/834

Estos ya no confiaban para nada en el resultado de las elecciones. El 9, un día antes de la elección de diputados, el CC del PC ordenó la formación de un Comité Militar Revolucionario, que debería tener autoridad sobre todos los camaradas so pena de “la más severa disciplina”. Las instrucciones también señalaban al 22 de enero como fecha provisional del levantamiento. El Comité Militar Revolucionario debería ser el Estado Mayor del ejército revolucionario y coordinar sus actividades. Se nombraban dentro de los cuarteles a soldados subversivos para que se hicieran cargo de la tropa en un motín que estaba programado a comenzar al mismo tiempo que la rebelión. En otro documento, fechado el 18 de enero, Inocente Rivas Hidalgo era nombrado “Comandante Rojo” del Ejército Rojo en la zona de San Salvador que, es innecesario decirlo, era de vital importancia para el buen éxito de la revuelta<sup>11</sup>.

Se hizo un último esfuerzo por asegurar la victoria sin necesidad de recurrir a la insurrección. El CC nombró una comisión formada por Clemente Abel Estrada, Alfonso Luna, Mario Zapata, Rubén Darío Fernández y Joaquín Rivas, para que fueran al Palacio Presidencial a ver a se podía llegar a algún arreglo. Se les negó la admisión para ver al presidente, y entonces hablaron con su secretario privado, Jacinto Castellanos Rivas, que concertó una entrevista con el ministro de guerra, coronel Joaquín Valdés. El grupo ofreció terminar con las actividades ilegales y limitar el movimiento a protestas pacíficas si el gobierno se comprometía a hacer contribuciones sustanciales en beneficio de los campesinos. De otra manera, advirtieron, habría una rebelión.

De acuerdo con un observador, Luna le dijo al ministro de guerra: “*Los campesinos van a ganarse con sus machetes el derecho que ustedes les están negando*”. A lo que éste replicó: “*Ustedes tienen machetes, nosotros ametralladoras*”. No se llegó a ningún compromiso, en parte porque la delegación admitió que tenía mandato pleno para suspender la rebelión proyectada. Para entonces, los planes de los conspiradores se habían vuelto tan poco secretos que el gobierno probablemente conocía el momento exacto para que estaba planeada la rebelión.

11 Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, pp. 157-58; Alexander, *Communism*, p. 368; Pineda, “Tragedia comunista”. *Diario de Hoy*, 18 de enero de 1967.

## EL JUICIO Y LA EJECUCIÓN DE MARTÍ, LUNA Y ZAPATA

Por Thomas Anderson  
Editorial EDUCA, 1976



Algunos de los dirigentes se mostraban optimistas acerca del resultado de la insurrección. Ismael Hernández, secretario general del SRI, decía en una carta que él creía que los EE.UU., que todavía no habían reconocido al nuevo gobierno, verían con buenos ojos la rebelión, confundiéndola con una contrarrevolución araujista, y por lo tanto, con un intento de restaurar al gobierno legítimo. Pero una carta de Miguel Ángel González, escrita evidentemente poco tiempo antes de la insurrección al CC del PC, preguntaba con todo realismo si los dirigentes comunistas estaban seguros de haber pensado bien el plan. Planteaba las interrogantes siguientes: ¿Cuáles serán los puntos de concentración? ¿Quién va a dirigir al ejército? Luego sugería que habían reflexionado poco sobre estas cuestiones, creyendo que una serie de ataques descoordinados, lanzados en varios puntos desde la frontera guatemalteca hasta la capital, iba a ser suficiente para derrocar a un régimen militar que disponía de millares de tropas, más la policía y la guardia, y que contaba con todos los recursos del país<sup>12</sup>.

Antes de que la revolución pudiera despegar recibió tres golpes demoledores. La primera fue la captura de Juan Pablo Wainwright en Guatemala, que fue anunciada en la prensa el viernes 15 de enero. Significaba que Ubico había destruido las esperanzas de poder recibir refuerzos de Guatemala.

A pesar de ello, los rebeldes siguieron adelante. Schlesinger cita lo que según él son las órdenes que el propio Martí impartió el 16:

*2. El día 22 de enero, a las doce en punto de la noche, deberán estar movilizados y listos para el asalto de los cuarteles de las cabeceras departamentales todos los contingentes de nuestras organizaciones revolucionarias, empezando así la acción inmediata para la toma de dichos cuarteles, así como los puestos de la Policía y la Guardia Nacional...*

*4. La acción revolucionaria contra la burguesía deberá ser lo más contundente que sea posible a efecto de que, en pocas horas de terror inmisericorde, quede reducida a la más absoluta impotencia, empleando contra ellos los medios oportunos, es decir: fusilación inmediata*

<sup>12</sup> Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, pp. 121-22, 160.

*o muerte en cualquier otra forma, sin detenerse en nada.*

*5. ... acabando con todos ellos (los burgueses) y respetando sólo la vida de los niños...*

Si este documento es auténtico, y yo creo que lo es, gran parte de la culpa por la horrenda represión recae en el miedo que engendró la rebelión. De hecho, nunca se llevó a cabo ninguna “masacre” de la burguesía, pero tales documentos, publicados después de la revuelta, ayudaron a que incluso algunos moderados se convencieran de que la represión debía ser severa.

Schlesinger también nos proporciona lo que parecen ser las órdenes finales para la revuelta, preparadas el 18 y emitidas el 19. Son las siguientes:

*Del Comité Central del Partido Comunista Salvadoreño.*

*1. Todos los materiales deben ser emitidos a los soldados y el manifiesto del Comité Central debe distribuirse a la media noche de la fecha señalada...*

*2. Los nombres de los Comandantes Rojos deben ser anunciados a las nueve en la noche de la víspera de la rebelión...*

*31 A las 10 P.M., los encargados deben proceder a la destrucción de la vía férrea a ambos lados de la ciudad, así como del telégrafo<sup>13</sup>.*

Pero al mismo tiempo que eran ordenadas estas instrucciones, los rebeldes sufrieron dos tremendos golpes más. El primero fue la captura del propio Martí; el segundo, que el plan para la insurrección de los cuarteles fue descubierto.

Existe considerable confusión acerca de cómo fue capturado Agustín Farabundo Martí. No se dijo una palabra acerca de su arresto

<sup>13</sup> Ibid., pp. 171-75.

cultural del movimiento comunista y la claridad de comunicación entre las partes que la constituyen. A pesar de ser un documento escrito por la dirigencia del PCS, está sorprendentemente desprovisto de jerga ideológica y claramente relacionado con las experiencias comunes de los grupos receptores del mensaje. Los temas de honor y calumnia —“ellos nos llaman ladrones ... y roban nuestro salario” — resuenan y evocan con vehemencia las protestas por honradez hechas por el candidato a la alcaldía de Ahuachapán por el PCS. De manera similar, nos remite a la declaración del nahuizalqueño — “Los indígenas sabemos lo que los blancos no saben” y al testimonio del izalqueño rural que evidencia cómo las formas locales de conflictos étnicos jugaron un papel en la dimensión del respeto: “Ustedes no valen!”

Tras la larga noche de la represión, al volver la vista atrás repasando décadas de memorias traumatizadas, podemos divisar el surgimiento de un lenguaje común de protesta; un grupo de gente despreciada buscando nuevas formas de pensar y actuar. La insurrección fútil y la catástrofe subsiguiente, no deben impedirnos reconocer a la movilización que precedió como un fugaz momento colmado de esfuerzos valerosos en busca de la emancipación humana.

izquierda sin otra opción aceptable más que el movimiento. Empero, de forma más significativa, el autor, un sobreviviente de la represión de 1932, crea la categoría “los occidentales”, en referencia al movimiento de occidente, *in toto*: las bases de los grupos de trabajadores ladinos e indígenas, colonos y campesinos, así como la dirigencia local. Esta dinámica social emergió y se desarrolló durante los dos años que antecedieron al movimiento. En enero de 1932, los “occidentales” tomaron el escenario histórico, justo antes de que los militares y sus élites aliadas los enterraran en el olvido. Reducir estos eventos a una narración acerca del movimiento indígena y de un remoto e inefectivo liderazgo, o a la insurrección culminante del 22 de enero de 1932 a una jaquerie, es dejar sin significado al término “occidentales” y el movimiento que éste representó.

El 20 de enero de 1932, dos días antes de la insurrección, circuló un manifiesto del PCS que señalaba la relación causal entre las elecciones y el movimiento armado de resistencia a la represión, y, aún más, arroja alguna luz sobre la mentalidad de los líderes comunistas:

*Ladrones nos llaman a nosotros los trabajadores... se nos roba nuestro trabajo pagándonos un jornal miserable condenándonos a vivir en mesones cochinos o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas del trabajo y en las terrajes que se nos debe que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo. A las calumnias agrega la muerte, los palos, las cárceles. hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sonsonate, Zaragoza, y en estos momentos Ahuachapán. Según los ricos no tenemos derecho a nada, no debemos hablar. En Ahuachapán después de que no dejaron votar a nuestros camaradas la Guardia por orden de los ricos los maltrató .. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en las manos defendiéndose con las armas en las manos.<sup>67</sup>*

Este manifiesto revela en alguna medida la flexibilidad social y

<sup>67</sup> Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista a Las Clases Trabajadoras de la República, 20 Enero. 1932, apéndice, Alcalde Otto Romero Orellano. “Génesis de la Amenaza Comunista en El Salvador”. Centro de Estudios Estratégicos de las Fuerzas Armadas, San Salvador, 1994, p. 97.

hasta el 20 de enero, cuando apareció en el Diario Latino, que salió cerca del mediodía. La Prensa no mencionó el asunto en su edición matinal, pero dio la noticia detallada al día siguiente, martes, 21 de enero. Este hecho, y la referencia del Diario Latino diciendo que Martí había sido capturado “anoche”, ha hecho que la mayor parte de los escritores supongan que Martí fue capturado el 19. Pero la fecha es incorrecta. De acuerdo a Osmín Aguirre y Salinas, el duro y hábil jefe de Policía de Martínez, que fue quien dirigió la operación, la captura se llevó a cabo en la noche del 18 de enero.

También existe confusión en lo referente a la naturaleza de la información que condujo al arresto. Una leyenda muy creída es que la información provino de fuentes guatemaltecas después de que Ubico capturó a Wainwright. Se supone que uno de los hombres de éste último, ya sea porque fuera informador del gobierno o porque no soportaba las torturas, le dijo a las autoridades dónde podría ser capturado Martí y la información fue retransmitida a San Salvador.

Pero Martí jamás permanecía en un mismo lugar más de una o dos noches, y es difícil de ver cómo alguien en Guatemala podría saber dónde encontrarlo el 18. Además, el coronel Aguirre me ha asegurado que fue un agente a sueldo en la capital quien le proporcionó la información que condujo a su arresto. Este hombre, uno de muchos, recibió como paga unos 5 colones. El “oreja” llegó a la policía temprano por la tarde y les dijo que Martí asistiría a una reunión esa noche en la zona suburbana de San Miguelito, al lado norte de la ciudad, sobre la carretera a Mejicanos.

Aguirre despachó al capitán José Sánchez Agona con diez hombres al sitio descrito por el “oreja”. Era una pequeña finca, bastante abandonada, situada al oeste del colegio María Auxiliadora, cuyo campanario domina la parte norte de la capital. La finca era propiedad de la familia Trabanino, pero ellos no se encontraban implicados. Por el contrario, los cuidaderos, un matrimonio que vivía en la casita, habían sido persuadidos de que dejaran que Martí usara su residencia sin saber quién era él. A las 10 P.M. la policía allanó el lugar. Con Martí, quien se rindió sin hacer resistencia, encontraron a Alfonso Luna y a Mario Zapata, a tres campesinos más que pertenecían al movimiento, y una buena cantidad de bombas, armas y hojas sueltas de propaganda amontonadas en el cuarto.

Martí se jactó ante la policía de que existían muchas bombas más en distintos lugares de la capital, y de acuerdo al Diario Latino del 2 de febrero, hasta esa fecha se habían descubierto 33. La captura del dirigente también proporcionó la policía información detallada acerca de la insurrección. Les permitió a los periódicos publicar el 21 de enero el hecho de que había un levantamiento programado para el día siguiente, cosa que presumiblemente no hubieran hecho si sus intenciones hubieran sido verdaderamente que los comunistas llevaran a cabo la insurrección, como a menudo se alega. Martí fue llevado esa noche al cuartel de la Policía, donde fue interrogado. A las 11 A.M. de la mañana siguiente fue trasladado a la Penitenciaría Central, según el recibo de la prisión<sup>14</sup>.

Si el mismo Martínez hubiera estado dirigiendo mentalmente el complot comunista, no hubiera podido hacer las cosas mejor. Y para colmar su buena suerte, la única parte verdaderamente peligrosa de la insurrección, la que se debía producir en los cuarteles de la capital, fue un fracaso completo.

En el cuartel del Sexto Regimiento, que en aquel entonces estaba siendo usado por las ametralladoras (ya que el Sexto se encontraba en Ahuachapán), un soldado de apellido González se presentó ante el sargento Fernando Hernández, la noche del 16 de enero. Le dijo al sargento que había alcanzado a escuchar una conversación entre una pareja de cabos de apellidos Trejo y Merlos, y otra entre éstos y un tal sargento Pérez. De acuerdo con el confidente, esos hombres estaban haciendo planes para tomarse los cuarteles y capturar a los oficiales en servicio y a los oficiales sin comisión. Al escuchar esto, Hernández, que era fiel al régimen, se acercó al sargento Pérez y simuló querer incorporarse a la conspiración. Pérez le dijo que todo estaba listo y que únicamente aguardaban la señal de ataque. Hernández obtuvo los detalles del complot, sin perderla serenidad, y luego le notificó al oficial jefe del cuartel, quien pasó el aviso a las autoridades superiores. El comandante del regimiento convocó a una conferencia secreta. En ella los oficiales leales y sin comisión confrontaron su información y descubrieron el hecho de que la señal para la rebelión iba a ser dada por un automóvil que al acercarse al cuartel sonaría su bocina, indicando que los oficiales deberían ser capturados.

14 Colección de Osmin Aguirre.

indígena. Al mismo tiempo, la transformación de algunas comunidades en La Libertad y Ahuachapán, alejadas de la identidad indígena, unida a la pérdida de la tierra, tendió a facilitar la comunicación con personas de otros lugares, en particular aquellos que pertenecían a la izquierda. Adicionalmente, a diferencia de otros países latinoamericanos, la élite salvadoreña no contó con la Iglesia cuya presencia fue extremadamente débil en la zona rural; en las zonas indígenas combatió las prácticas religiosas locales. Como hemos visto, en Ahuachapán, una corriente milenaria presente entre los campesinos ladinos, reforzó el rechazo hacia la dominación ideológica de la élite. Del mismo modo, las formas indígenas de patriarcado combinadas con el creciente acceso a las mujeres indígenas, exacerbaron las tensiones étnicas. Finalmente, el machismo predominante en la zona rural predispuso a los campesinos hacia la resistencia violenta en contra de la represión.

Concluiremos el presente artículo, con un análisis de dos documentos que permiten profundizar en el drama de enero de 1932, abarcando problemas historiográficos más amplios acerca de la naturaleza de la rebelión. Dos años después de la insurrección y las subsecuentes masacres, un documento interno del Partido Comunista resumió los sucesos que siguieron a las elecciones:

Las huelgas en la zona occidental habían sido contrarrestadas por fuerzas bélicas y la huelga general no se llevó a cabo, el órgano superior mandó una comisión a donde el Presidente Martínez con el objeto de negociar, pero los que lo recibieron manifestaron que el gobierno decía que los campesinos tenían solo machetes, pero como ellos tenían ametralladores no aceptarían ningún arreglo: al darse cuenta de esto los occidentales se lanzaron a una batalla desorganizada; esto fue lo que provocó la insurrección...<sup>66</sup>

Esta síntesis, sustentada por otros documentos, sugiere que la ola de huelgas post-electoral, una continuación de los movimientos de diciembre, en efecto formó parte de una estrategia de facto del PCS para arrebatarle concesiones al gobierno. El documento hace eco de otras explicaciones izquierdistas que argumentan que, fuera parte o no de una elaboración consciente, la intransigencia del gobierno de Martínez originó de manera directa la insurrección, dejando a la

66 Legajo de Correspondencia a Julio Sánchez, 20 agosto 1934, p. 320, Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen, San Salvador.

“comunistas” los que serían recordados en la región occidental como “una pandilla de salteadores.”

## Conclusión

En el presente artículo hemos procurado explicar el destacable éxito organizativo de la izquierda salvadoreña en el período comprendido entre 1928 y 1931. En primera instancia argumentamos que las debilidades presentes en la élite y en el Estado como ente hegemónico, condicionaron de manera directa el éxito del movimiento aquí analizado, así como la incapacidad del Estado para encontrar una solución reformista a la situación. La forma vertiginosa en que sucedió la transformación de la tierra y de las relaciones laborales hizo posible que el recuerdo de la pérdida de las tierras, así como el pasado próspero de los pequeños propietarios, se mantuviera latente en la memoria de los campesinos ladinos e indígenas. Más significativo aún resulta el hecho de que el auge cafetalero de la década de 1920, trajo consigo la creación de dos nuevos grupos sociales: un semiproletariado rural y el grupo de colonos. Ninguno de estos grupos consideró como legítima la tenencia de la tierra por parte de esta élite vinculada al agro. En el caso de los colonos, los deteriorados y difíciles términos contractuales erosionaron cualquier sentido de legitimidad y lo que en algunos otros países de Latinoamérica formó un pilar en el orden social, en El Salvador se convirtió en un espacio de descontento y resistencia organizada.

La élite gozaba de un débil sustento ideológico sobre las clases bajas, urbanas y rurales. Los campesinos, principalmente los indígenas, manifestaron cierta lealtad hacia las élites, el Estado o la Nación en El Salvador —una condición profundamente arraigada en el proceso formativo del Estado-Nación a lo largo del siglo XIX—.<sup>65</sup> Durante la década de 1920, fuertes corrientes nacionalistas de corte socialdemócrata, rivalizaron exitosamente con las formas elitistas del discurso político, erosionando aún más los clamores de la élite agraria por la legitimidad. El reformismo de clase media, a su vez, estaba ligado al discurso del mestizaje, el cual, a diferencia de otros países centroamericanos, tendió a estimular los movimientos de revitalización

<sup>65</sup> Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic*, cap. 5 y Patricia Alva-renga, “Valiosos aliados, peligrosos enemigos: Las comunidades indígenas en la formación del estado, El Salvador, 1870-1932,” manuscrito.

El comandante ordenó a todos los oficiales que permanecieran en el cuartel, y confiscó las ametralladoras de la unidad para que no pudieran caer en manos de los amotinados. Esta medida causó agitación entre la tropa, y provocó un levantamiento, breve y prematuro el 18 de enero. Al ser interrogados, los soldados implicados en el alzamiento señalaron a Joaquín Rivas y a un tal Carlos Hernández como sus contactos con los comunistas de la ciudad, afirmando además que Alfonso Luna y Mario Zapata estaban en la conspiración.

La noche de ese mismo día, 18 de enero, se produjo en el barrio de Concepción un serio disturbio cuando una muchedumbre de cerca de 500 personas “atacaron a la policía que traía a un preso”. Este pudo haber sido un tímido intento de rescatar a Martí, ya que se dice que la multitud gritaba consignas comunistas, y es posible que el dirigente comunista haya sido conducido por ese distrito en camino hacia el cuartel de la Policía.

En cualquier caso, los oficiales del regimiento de ametralladoras ya estaban sobre aviso. La noche del 19 enfilaron sus ametralladoras hacia el perímetro del cuartel, y esperaron. Se aproximó un automóvil con las luces apagadas, se detuvo frente a la entrada y sonó su bocina. De inmediato lo recibió una lluvia de balas, por lo que rápidamente dio la vuelta y desapareció por la calle.

En el famoso cuartel del Primer Regimiento de Caballería, situado en la parte noreste de la ciudad (y actualmente ocupado por la Policía de Hacienda), también se habían notado señales de inquietud. Los soldados comenzaron a comportarse en forma rara, haciendo vagas referencias a una catástrofe indefinida, y negándose a mirar en los ojos a los oficiales. Estos se alarmaron y, al igual que sus colegas del regimiento de ametralladoras, sostuvieron un consejo de guerra donde decidieron confiscar todas las armas automáticas y distribuir las entre los oficiales. Por la noche los oficiales se apostaron de tal manera que podían barrer con el fuego de sus armas los alrededores del cuartel en caso de ataque. A las 10.30 p.m. de la noche del mismo 19, éste se produjo.

Los oficiales del Primero de Caballería empezaron a notar una actividad desusual fuera del cuartel. A cierta distancia de éste, en pleno campo abierto, se estaban reuniendo grupos de hombres. Al



poco tiempo comenzaron a avanzar y se pudo apreciar que estaban armados con pistolas, unos cuantos fusiles, y, por supuesto, los omnipresentes machetes. “El centinela de la entrada les dio nervioso el quién vive; al ver que no se detenían levantó su arma y disparó por encima de ellos. De inmediato los atacantes abrieron fuego, y lo mismo los oficiales parapetrados detrás de las gruesas paredes y almenas del cuartel. Los atacantes se retiraron a las colinas y barrancas que rodeaban el fortín<sup>15</sup>.

Diario Latino describió el ataque dos días después y sostuvo que las ametralladoras habían estado vomitando fuego contra los atacantes escondidos durante una hora, al cabo de la cual habían más de 50 de los asaltantes muertos y muchos más heridos. Es poco probable que ese número se haya obtenido por recuento directo de cuerpos; parece imposible que hombres disparando con ametralladoras en la oscuridad de la noche puedan causar tantas bajas. En esta guerra, como en cualquier otra, los cálculos de las bajas deben tomarse con cierta dosis de escepticismo.

Es muy difícil establecer por qué los ataques a los cuarteles se llevaron a cabo el 19 en lugar de la fecha programada para la rebelión, pero es probable que algo tuvo que ver el arresto de Martí la noche anterior. Además, para entonces, los dirigentes fuera de los cuarteles sabían que sus planes habían sido descubiertos por los oficiales de los distintos regimientos. De cualquier manera, fue tácticamente estúpido adelantar la fecha de los ataques. Si la insurrección en San Salvador se hubiera llevado a cabo como estaba programada, hubiera impedido que el gobierno transportara tropas a la zona occidental, y esto a su vez hubiera podido prolongar la revuelta. Aunque es poco probable que el mismo Julio César hubiera podido salvar las cosas tal como estaban.

Otro efecto de la insurrección prematura fue que el gobierno tuvo una amplia justificación para proclamar el estado de sitio. Este apareció en los periódicos el 21 de enero, afectando los 6 departamentos más occidentales: Ahuachapán, Sonsonate, Santa Ana, La Libertad, San Salvador y Chalatenango. La ley marcial entró

15 El material sobre el ataque a los cuarteles fue recogido de varias fuentes: Arias Gómez, Martí, p. 23; Joaquín Castro Cañizales (Quino Caso), “Acontecimientos de enero de 1932”, Tribuna Libre, 19 y 21 de enero de 1952; La Prensa y Diario Latino del 19, 20 y 21 de enero de 1932.

los militantes, sin embargo, tomaron las elecciones muy en serio. Tal confianza en la victoria y las moderadas esperanzas de unas elecciones libres pueden dilucidarse en la siguiente carta fechada 1 de enero de 1932, la cual es dirigida al gobernador departamental por el candidato a alcalde de Ahuachapán del Partido Comunista, Marcial Contreras, un carpintero:

*Priva en el Partido Comunista el buen deseo de portarse con cordura de demostrar a la faz del mundo entero que tienen disciplina y que no es una horda de salteadores ... El Partido se presentará correcto, se han prohibido las vivas y muera y solo esperamos que las autoridades eviten que los otros partidos dirijan a los muchachos nuestros, palabras provocadoras y hirientes, para lo cual sabemos perfectamente buscan ... poder en caso de un triunfo nuestro, alegar nulidades por violencia.<sup>63</sup>*

Estas palabras eran verdaderamente presientes. Tres días después, las tropas obstaculizaron a los votantes comunistas, evitando que emitieran su voto en Ahuachapán y otros sitios. Las estimaciones internas del PCS, respaldadas por observadores extranjeros, sugirieron que hubieran ganado en San Salvador y todas las principales ciudades occidentales.<sup>64</sup> Cuatro días después, encendidas por el fraude y la manipulación electoral, y atizadas aún más por demandas económicas, las huelgas dieron rienda suelta en todo el occidente salvadoreño. Los huelguistas respondieron violentamente a la continua represión. En un desesperado intento de dirigir lo que consideraban una revuelta armada inevitable, el PCS tomó la decisión el 8 de enero de organizar una insurrección para el día 22. La Guardia Nacional, las fuerzas armadas y las “patrullas cívicas” aplastaron brutalmente la rebelión en el transcurso de los días siguientes, masacrando luego a miles de indígenas de la zona de Nahuizalco e Izalco, así como a miles de indígenas y ladinos que sospechaban eran “comunistas”, a través de todo el occidente y porciones del centro del país. Pero serían los

63 Carta de Marcial Contreras al Gobernador Político de Ahuachapán, 1 enero 1931, Archivo de la Gobernación de Ahuachapán. Aunque tiene fecha de 1931, el contexto de las cartas aclara extensivamente, que fue escrita en el Día de Año Nuevo en 1932.

64 El PCS, probablemente, en forma incorrecta, también asumió que ellos pudieron haber ganado en todo el país el 40 al 45 por ciento. Reporte de cuenca, 50. Existieron, al menos, otros tres partidos participando en la elección municipal (y luego del Congreso, 10 de enero). El teniente Timoteo Flores, citado en una entrevista Diario de Hoy, 12 feb. 1967.

o sus alrededores inmediatos.<sup>59</sup> Es más, estaban listos para atacar las barracas para liberar a los dirigentes comunistas, muchos de los cuales eran artesanos urbanos. Este momento también evidencia cómo los movimientos regionales de grandes masas continuaban impulsando la dirigencia nacional hasta posiciones cada vez de mayor militancia. Después del golpe de estado del 2 de diciembre de 1931 contra el gobierno de Araujo, la situación política parecía estar a la deriva. El aparato estatal represivo, bajo el mando del General Hernández Martínez, se retrajo momentáneamente y el régimen militar hasta liberó unos 210 prisioneros políticos, terminado con el estado de sitio.<sup>60</sup> Tomando ventaja de la calma y la incertidumbre que reinaba, a mediados de diciembre, en el punto culminante de la cosecha del café, los trabajadores rurales en el occidente salvadoreño lanzaron la primera ola de huelgas en conjunto en la historia de El Salvador. Del 9 al 19 de diciembre, se desataron huelgas en tres departamentos, abogando por mayores salarios y mejores condiciones laborales. El 20 de diciembre, los trabajadores de ocho plantaciones más, también se declararon en huelga.<sup>61</sup> El nuevo gobierno de Martínez, brevemente volcado a la defensiva, parecía ansioso de negociar (o al menos aliarse) con los dirigentes huelguistas del occidente.<sup>62</sup>

Mármol reconoció la creciente naturaleza militante del movimiento en el occidente y la necesidad de abordar la situación. Ciertamente, en diciembre, rompió con la disciplina del Partido Comunista, al prepararse para una huelga general en lugar de darle más énfasis a las elecciones. Por una parte, reconoció la importancia política de las numerosas huelgas rurales, y por la otra, anticipaba que el Estado probablemente no permitiría victorias electorales del PCS, y que las masas estaban tan decididas a tomar el poder local que recurrirían a la violencia si eran defraudadas. Los líderes locales y

59 La concentración urbana y suburbana de campesinos fue el resultado de las políticas estatales de mediados del siglo diecinueve así como las formas de asentamiento animados por la posesión colectiva y la administración de la tierra. Ver Luria Santiago, *An Agrarian Republic*, capítulo 4.

60 Reporte del Camarada “Hernández” (más probable el líder del PCS Max Cuenca), *La Comintern* 495/119/4, p. 36.

61 Reporte del Camarada “Hernández” (más probablemente el líder del PCS Max Cuenca), *La Comintern* 495/119/4, p. 39. Dos días después, la dirigencia en las seis plantaciones que eran posesión de la élite de la familia Dueñas, aceptó un incremento en los precios de las piezas de 20 a 30 centavos por el saco de café.

62 De acuerdo con el reporte de cuenca (p.38) Martínez envió invitaciones a “ todos aquellos que él consideró eran los líderes del PC en el occidente”.

a funcionar para todo el país. El gobierno justificó sus acciones ante el pueblo señalando los panfletos y los explosivos capturados con Martí, así como los asaltos a los cuarteles. «Como resultado de ello, el supremo gobierno, consciente de su deber de velar por la paz y los principios constitucionales [ jesto dicho por Hernández Martínez! ] y de mantener las leyes nacionales, se ve obligado a decretar medidas drásticas».

Un decreto posterior implantaba una rigurosa censura de prensa, exigiendo que todos los artículos de los periódicos fueran sometidos a la aprobación del jefe de la Policía antes de su publicación. ¡Pobre El Salvador! , se lamentó **Diario Latino**. “*Pareciera como si El Salvador estuviese condenado a vivir perpetuamente bajo un régimen de fuerza, por lo menos así interpretamos el estado de sitio. Apenas si acabamos de lograr la suspensión de los decretos de emergencia emitidos a causa del derrocamiento de Araujo por el ejército*”. Pero Diario Latino bien se hubiera podido ahorrar los lamentos. Los titulares de los días que siguieron fueron bastante más horribles.

## LA REBELIÓN EN JUAYÚA Y NAHUIZALCO

Había desaparecido toda esperanza real de victoria. Con la destrucción del movimiento en los cuarteles y la captura de Martí, se inició la detención en masa de los elementos radicales conocidos. Desesperadamente, los dirigentes del Partido Comunista se reunieron en la noche del 20. Algunos sostuvieron que la única manera de salvar la situación era comenzando de inmediato la insurrección. Otros señalaron que no había posibilidades de triunfo. Sus argumentos contra un inútil baño de sangre eran válidos, pero sus oponentes pudieron responderles que si no continuaban con el plan las masas los iban a considerar traidores y cobardes<sup>16</sup>. Al final se hizo un tímido intento de suspender la sublevación. El 21 de enero se emitieron instrucciones en ese sentido, pero la mayoría de ellas no llegaron a su destino, especialmente las enviadas a la crítica zona occidental. La vigilancia gubernamental había dificultado enormemente las comunicaciones.

Entre el 19 y el 21 de enero comenzaron a llegar a la capital noticias alarmantes. El gobierno, que había decretado el estado de sitio, se dispuso a la defensa de la ciudad, concentrando a la guardia; pero estos esfuerzos, como los de los comunistas tratando de detener la rebelión, fueron hechos con timidez. El país caminaba como un sonámbulo hacia el desastre.

La insurrección se desató la noche exacta para la que estaba predicha, la noche del 22 al 23 de enero (no la noche anterior como han creído algunos equivocadamente). Uno de los asaltos más fieros, y el más exitoso, fue hecho en el pueblo de Juayúa, que se encuentra a unas 13 millas al norte de Sonsonate, al lado de la carretera para Ahuachapán, en un valle entre el Volcán de Izalco y la Sierra de

16 Arias Gómez. Martí, p. 23.

En noviembre de 1931, un incidente ocurrido en Ahuachapán ilustra la creciente aprobación por parte de los sectores populares de una solución insurreccional. En respuesta a los intentos del Partido Comunista de inscribir a sus candidatos para congresistas y municipales para las próximas elecciones, el gobierno arrestó a los dirigentes izquierdistas en Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. De acuerdo a un informe del SRI: *“El día de la captura (del compañero Hernández) se movilizaron espontáneamente más de 600 camaradas, quienes acamparon a los alrededores de la ciudad, pero al saber que no se trataba de asaltar la población, se retiraron no muy al gusto.”*<sup>57</sup> Miguel Mármol, quien fue enviado para detener el intento violento que amenazaba con liberar a los prisioneros políticos, corroboró este informe, subrayando el carácter bélico de las filas ahuachapanecas.

Nuestro candidato para Alcalde de Ahuachapán nos contó que las barracas habían sido tomadas por un contingente de 900 campesinos que decidieron saldar cuentas con las autoridades por sus actos arbitrarios. Dijo que las súplicas urgentes del Comandante del Regimiento, el Coronel Escobar, no habían surtido efecto y que los dirigentes locales del Partido Comunista solicitaban que se presentara un delegado del Comité Central para calmar los ánimos de los campesinos y hacer que regresaran a sus casas antes de que la situación se convirtiera en una masacre.

Mármol relata que la siguiente semana fue enviado a Ahuachapán en una misión similar para persuadir a los campesinos militantes y evitar un enfrentamiento armado con la Guardia Nacional. También informó que un ahuachapaneco lo amenazó diciendo que la próxima vez tendría que *“enfrentar nuestros machetes aunque sea frente al enemigo de clase”*.<sup>58</sup>

Este incidente podría utilizarse como prueba de la distancia que había entre un movimiento rural y la dirigencia del Partido Comunista (con sede en la capital). Sin embargo, esta interpretación podría pasar por alto un detalle crucial. Muchos campesinos —trabajadores rurales y pequeños propietarios— vivían en la ciudad de Ahuachapán

57 Carta de Ismael Hernández al Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 31, La Comintern 539/3/11060, p. 8.

58 Roque Dalton. Miguel Mármol y los sucesos de 1932 en El Salvador. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, p. 229.

SRI en su propia imagen.

De forma más significativa, las bases de trabajadores rurales y campesinos impulsaron el movimiento hacia la resistencia armada. En el transcurso del primer año de movilización intensa, desde principios de 1930 hasta mediados de 1931, las fuerzas gubernamentales arrestaron cerca de mil campesinos y obreros urbanos durante manifestaciones. Pero, las veinte o treinta personas muertas durante este período no representan un nivel de represión excesivamente alto, según los modelos latinoamericanos. La respuesta, sin embargo, de las recién movilizadas fuerzas fue bastante bélica. Un dirigente regional lamentó la respuesta campesina a la represión estatal, diciendo: *“Después de la lamentable experiencia, nuestros campesinos organizados no vienen a las manifestaciones sin cargar sus machetes, créanme. Cualquier intento por persuadirlos para que desistan es inútil. Los conocemos bien”*.<sup>54</sup> Asimismo, en junio de 1931, una mujer indígena de Izalco le expresó a un militante izquierdista: *“Mire, compañero. Mataron a mi compañero, pero tengo a mis hijos y ellos verán la revolución”*.<sup>55</sup> Un informe del PCS en octubre de 1931 aseveraba, *“para el próximo llamamiento que se les haga, no contestarán sin llevar sus armas (corvos o machetes) porque es una injusticia que indefensos los masacren ... ahora, ya llegamos a la EPOCA en que ya no podemos detener la OLA REVOLUCIONARIA que se está lebandando (sic) en todas partes, dispuesta a conquistar el PODER por la vida o por la Muerte.”*<sup>56</sup>

La terminología marxista, especialmente términos como “burguesía,” “proletariado” y “lucha de clases” se incorporaron al lenguaje de la movilización por medio del Comintern y el PCS. Sin embargo, fue sin duda la militancia la que inicialmente colocó la insurrección armada en la agenda izquierdista desde cerca de 1930, en contra de los deseos y el leal saber y entender de la mayoría de sus dirigentes. Ciertamente, a pesar de la retórica revolucionaria de “clase versus clases” que prevaleció durante la “Tercera Etapa” del Comintern (1928-35), no existe evidencia que sugiera que el movimiento internacional beneficiara, o de algún modo apoyara, una estrategia insurreccional en El Salvador.

<sup>54</sup> Carta de Ismael Hernández al SRI Secretariado del Caribe, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/1060.

<sup>55</sup> SRI, Comité Ejecutivo, Comintern 539/3/1060, p. 6.

<sup>56</sup> La Situación Política, documento del PCS, 8 Oct. 1931, La Comintern 495/119/7, p. 11.

Apaneca. Era en aquella época un poblado cafetalero de 2 a 3 mil habitantes, rodeado de fincas y beneficios.

En la actualidad Juayúa es quizás el pueblito más apacible y agradable de El Salvador. Las calles están limpias y son pavimentadas. La plaza del pueblo tiene un jardín bellamente cuidado lleno de frondosas flores tropicales. El único elemento desagradable en la plaza es una orilla elaborada de consignas pintadas alrededor del pequeño parque, anunciando al partido que gobierna en el municipio, el Partido Demócrata Cristiano (PDC). La gente parece estar aquí mejor alimentada y mejor vestida que en otros lugares; las muchachas que caminan por las calles en las tediosas tardes dominicales parecen más bonitas que las muchachas de cualquiera otra parte de la república -y visten además ajustados pantalones, lo cual no es muy común en este país conservador.

Sin embargo, en aquellos días Juayúa se había hundido en la pobreza más abyecta debido al colapso de los precios del café. Desde el mes de agosto de 1931, se corría el rumor de un destino amenazante. A pesar del esfuerzo de las autoridades municipales, los comunistas se habían estado fortaleciendo en los cantones alrededor del pueblo. La figura más importante del movimiento radical era Francisco, o Chico, Sánchez, un indígena fuerte, de baja estatura, el cacique extraoficial de la comunidad indígena que en su mayor parte habitaba los cantones desperdigados por las colinas aledañas. Aunque Sánchez era un campesino pobre, tenía bastante ascendencia entre los de su raza, y cuando le convencieron de que se uniera al movimiento revolucionario, arrastró consigo a toda la comunidad. Sánchez tenía dos hijos mayores, Felipe y Napoleón, que también eran activistas del movimiento. Además de la familia Sánchez, otros dirigentes de la rebelión eran Lucas Zavaleta y Benjamín Herrera; a este último se le considera generalmente como el hombre más responsable por las atrocidades que se cometieron.

Desde hacía algún tiempo el gobierno sospechaba de las actividades de Chico Sánchez, y poco después del golpe del 2 de diciembre fue arrestado y conducido a la capital. Fue puesto en libertad y enviado a Juayúa, sólo para que lo arrestaran de nuevo el 3 de enero, el día de las elecciones municipales, probablemente por haber hecho algún tipo de protesta electoral. Esa misma noche fue dejado Ubre en



San Salvador, y salió rumbo a su casa con un hombre descrito como “agente comunista”. Después de detenerse en Nahuizalco para platicar con otros dirigentes, Chico Sánchez regresó a Juayúa a causar más molestias<sup>17</sup>.

Cuando el reportero Joaquín Méndez h. visitó Juayúa pocos días después de la insurrección, le mostraron una serie de documentos capturados a los rebeldes. El primero era una lista de personas que contribuían con dinero a la causa revolucionaria. Tenía 484 nombres, lo cual da una idea de la fuerza del movimiento en esa zona y personalmente de Sánchez. En otro documento, según lo señaló Méndez, Chico Sánchez era nombrado secretario de finanzas de la sucursal local de la FRTS. Además vió otros papeles relacionados con el SRI y el PC, lo cual demostraba que los conspiradores habían estado desde luego muy ocupados en Juayúa.

A pesar de que las autoridades estaban al tanto de todo esto, y a pesar de que desde el 21 habían sido advertidas de la amenaza del ataque y el estado de sitio, el verdadero ataque parece que sorprendió a todo el mundo. En vista de la posibilidad de una rebelión armada, la guardia nacional fue concentrada, y cuando el golpe cayó sobre Juayúa no había allí ninguna tropa. La única fuerza armada consistía en dos policías locales. El 22, llamaron a Sonsonate pidiendo refuerzos; una vez cumplida esa misión, se retiraron felices a descansar sin tomar ninguna precaución especial.

Algunas personas habían recibido incluso advertencias privadas. El hombre más respetado en el pueblo era un inmigrante italiano, don Emilio Redaelli. Era el gerente del beneficio de la familia Daglio, una de las más ricas entre los caficultores. El Dr. Máximo Jerez, que también era uno de los ciudadanos más importantes del pueblo, le dijo a Méndez después de la rebelión que Redaelli era *“un gran hombre. Aunque extranjero, era tan salvadoreño como el que más. No existía ninguna obra buena en la cual no participara. En ocasiones le había ayudado económicamente al gobierno municipal y a las escuelas. Todos los trabajos progresistas de la zona se debían a él. Era el hombre más querido de Juayúa”*. Lo cual era muy cierto. En la prensa de la capital habían aparecido frecuentemente noticias de sus actos de caridad. Un par de meses antes, el 12 de noviembre La Prensa informó que Redaelli

17 Méndez, Sucesos comunistas, p. 79.

de la fuerza en defensa de los intereses políticos corporativos.<sup>51</sup> De manera similar, el término “camarada” también se contagió entre los campesinos de escasos recursos. Finalmente, el SRI estaba luchando por la redistribución de la tierra. Muchos informantes repetían las mismas palabras: *“Querían quitarles fincas a los ricos.”*<sup>52</sup> En particular, los colonos se convirtieron en fuertes defensores de la reforma agraria. Como manifestó José Antonio Chachagua, un campesino de Ahuachapán: *“el lema de los rebeldes era que los colonos iban a ser dueños.”*<sup>53</sup> En resumen, el desarrollo y la transformación del SRI coincidieron con la “radicalización” del programa del movimiento izquierdista. Los campesinos del occidente salvadoreño recreaban el

51 Las Ligas Rojas (1918-c1924) fueron una organización de masas vagamente estructuradas creadas y controladas por partidarios de las presidencias de la familia Menéndez-Quiñonez (1913-1927) con el fin de recolectar votos y atacar a los candidatos de la oposición durante los últimos años de la década de 1910, aún ellos reflejaron en muchas localidades un medio para negociar con facciones locales, en especial, líderes indígenas y la transmisión del patronazgo y la construcción de las redes del clientelismo. Las Ligas Rojas representaron para Quiñonez Molina un intento por apropiarse e incorporar la organización reformista entre los trabajadores y campesinos. Su campaña colocó a la “cuestión social” en el centro de su retórica. Él también envió una comisión a Méjico para estudiar las organizaciones laborales y su relación con el Estado. Ellos, aparentemente, no pudieron mantener el control y se disolvieron después de pocos años. Desde el lugar que ocupaban los eventos de 1932, un observador guatemalteco notó como las “masas” habían sido movilizadas, por reforma, desde que la campaña de Quiñonez en contra de Palomo en 1918, la cual vio una gran agitación y violencia en las zonas rurales. Ver: “En El Salvador: Origen del comunismo,” El Liberal Progresista, 9 Feb. 1932. Un autor rastrea los intentos del Presidente Carlos Meléndez de incorporar el apoyo de masas populares a 1915 (Castro Moran, Función política). Hasta cierto punto, la solidez y estabilidad del sistema “oligárquico” construido por la familia Meléndez Quiñonez entre 1913 y 1927 ha sido exagerado grandemente. Más inestable en sus cimientos que en su cúspide, aún su control de su control presidencial experimentó serios desafíos en 1918 y 1922. Después de 1924 el declinar de su partido político oficial, el PND, reflejó un temprano desenmarañamiento de su sistema basado en el patronazgo. Ver: Juan Ramón Uriarte. La esfinge de Cuscatlán., El Presidente Quiñonez. México: Imprenta Manuel Sánchez León, 1929, y Arias Gómez. Farabundo Martí... Ver Patricia Alvarenga. Cultura y Ética. para una discusión bien documentada y una reinterpretación del papel de las Ligas Rojas. Erik Ching provee una amplia discusión de su papel pero desafía a la percepción clásica de las Ligas como una institución populista, encontrando, en cambio, al menos en algunas localidades, ricos terratenientes que controlaban los cabildos locales. Ching, “From Clientelism to Militarism...”

52 Los siguientes informantes también declararon: “querían quitarles las fincas a los ricos,” utilizaron una frase muy similar: José Antonio Chachagua, Achapuco, Ahuachapán, 2001; Isabel Miranda, Sacacoyo, 2001; Margarita Turcios, el Guayabo, Armenia, 2001; Cecilio Martínez, Ateos, 2001; Salomé Torres, El Cacao, 2001; Manuel Linares, El Cacao, 2001; Manuel Ascencio, Carrizal, 1998; María Hortensia García, Ahuachapán, 2001.

53 José Antonio Chachagua, Achupaco, Ahuachapán, 2001..



originaba una mayor organización y radicalización seguía su curso. Por ejemplo, en setiembre de 1931, en una Hacienda en Zaragoza, Departamento de La Libertad, las tropas asaltaron una reunión de trabajadores sindicales, matando a catorce e hiriendo a veinticuatro. En respuesta a este hecho, el capítulo local de Socorro Rojo Internacional (SRI) se expandió rápidamente. Para noviembre, el SRI reportó haber reclutado a 500 nuevos miembros en el área de Zaragoza.<sup>49</sup>

Esta dinámica en especial —el impacto “radicalizador” de los objetivos y las balas de los rifles— condicionó el rol ideológico, particularmente vigoroso, de la militancia sobre las organizaciones de dirigencia comunista. Este rol puede confirmarse mediante el estudio de dos fenómenos. Primero, el movimiento, en su mayoría campesinos y trabajadores rurales, transformó al SRI de una organización creada para defender a la izquierda y al movimiento sindical de la represión política, a un movimiento social radical con vida propia. Una carta escrita por un dirigente del SRI a la sede internacional en la ciudad de Nueva York, explica esta situación claramente: “Deben comprender que cada camarada que participa en el SRI, lo hace no simplemente para ayudarle a los caídos o para asistir a las víctimas o sus familias. Ellos entienden su misión como una razón muy significativa para enlistarse en la Armada Roja. Así piensan ellos y no hay absolutamente nada que podamos hacer para apartarlos de esta idea”.<sup>50</sup>

A pesar de que no está del todo claro el motivo por el cual el SRI se convirtió en la principal organización de masas en el occidente, resulta evidente que la relativa falta de un triunfo contundente de los sindicatos, así como la falta de energía de las bases para combatir la represión, condicionaron fuertemente esta transformación. Algunos informantes sugieren que el nombre en sí tenía gran atractivo para los campesinos, pues combinaba la fuerza simbólica del “rojo”, el término “socorro” de connotación cristiana, y la promesa de una redención “externa” o internacional. Es muy probable que el “rojo” les recordara las “Ligas Rojas” (1918-1922) respaldadas por el Estado, responsables de otorgar el poder a los indígenas en la política local y legitimar el uso

49 Carta de Ismael Hernández, Comité Ejecutivo SRI del Salvador al Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/1060, p. 8.

50 Carta de Ismael Hernández to the Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/11060, p. 9.

había distribuido 50 colones entre los estudiantes más aprovechados de Juayúa después de los exámenes finales. Era el alcalde saliente del pueblo.

Redaelli recibió la visita de un tal Concepción Molina, que había sido candidato del PC en las recientes elecciones. Molina le dijo a Redaelli que era seguro de que se produciría un ataque contra el pueblo, pero que no tenía por qué preocuparse, pues no se le haría daño ni a él ni a nadie<sup>18</sup>. La advertencia resultó ser completamente cierta, pero la promesa fue totalmente falsa.

El pueblo de Juayúa se acostó tranquilamente a dormir a las 10 de la noche. A sólo pocas millas de allí, el Izalco hacía erupción, y aunque era una noche de luna, la luz del astro se tenía que filtrar entre una nube de cenizas. Cerca de las 11, los que aún no se habían dormido deben haber escuchado voces en la oscuridad a medida que se empezaban a reunir grupos de hombres. Estos, en número de cerca de 500, dirigidos por la familia Sánchez y Benjamín Herrera, estaban armados con machetes, cuchillos, garrotes y un número sorprendente de rifles. (Los últimos habían sido obsequiados involuntariamente por don Arturo Araujo; antes de huir hacia Guatemala planeó organizar la resistencia en aquella zona y para ello almacenó un buen número de fusiles). A las 11.50 p.m. de la noche del 22 de enero, los rebeldes se lanzaron al ataque tomando por asalto la oficina de telégrafos. La oficina estaba situada como a unas 500 yardas de la casa del alcalde, quien fue despertado por el ruido de los golpes de machete contra la puerta de la estación. El operador de telégrafo, Felipe Herrera, y su hijo Teodoro, saltaron por la ventana y escaparon. Los rebeldes organizaron después su búsqueda pero no pudieron encontrarlos. Los Herrera tuvieron suerte; los operadores de telégrafo, junto con los comandantes y los alcaldes, fueron de las principales víctimas del levantamiento. Por supuesto, la razón era que sólo los hilos telegráficos conectaban a esos pueblos con el mundo exterior y era necesario cortar las comunicaciones. Además, a los ojos de los campesinos, los operadores eran parte “del establecimiento”. Por lo menos un operador fue torturado hasta la muerte<sup>19</sup>.

Después de saquear la oficina y destruir el equipo, los rebeldes

18 Ibid., pp. 57 - 58, 68 - 69, 79.

19 La Prensa, 27 de enero de 1932.

se encaminaron al cabildo. Los dos policías del pueblo, Octavio Pérez y Abel Ascencio, se encontraban allí. La multitud rompió la puerta a machetazos y garrotazos y los atacó dentro del local. Pérez, que trató de resistir, fue capturado y después de cortársele las manos fue muerto brutalmente. Ascencio logró huir a una casa vecina donde se guareció<sup>20</sup>.

Para entonces ya todo el mundo se había despertado en Juayúa y la confusión era terrible. De acuerdo con un testigo ocular: *“Todos se escondían en los rincones más oscuros de sus casas, para no ser víctimas de los rojos, mientras otros, para salvarse, enarbolaban cobardemente insignias rojas”*. Los indígenas rojos, como ambiguamente les llama este testigo, allanaron las tiendas y abrieron las cajas de vino y cerveza. Con una pasión muy salvadoreña, comenzaron a reventar cohetes para celebrar su victoria<sup>21</sup> y las explosiones deben haber sonado en los aterrorizados oídos de los habitantes del pueblo, más que pólvora festiva como escuadrones de fusilamiento. El saqueo de las tiendas, que se convirtió en el máximo objetivo de los rebeldes en cada pueblo, fue provocado no sólo por un natural deseo de comida, licores y vestidos, sino también por la hostilidad tradicional que los campesinos de los cantones aledaños tenían a los comerciantes del pueblo, quienes siempre los explotaban.

Cuando los invasores hubieron ocupado el cabildo, el grupo mejor organizado de ellos se encaminó a la casa de don Emilio Redaelli, el filántropo italiano. Era una estructura sólida, de adobes, con una puerta masiva de madera reforzada con hierro. Los rebeldes golpearon durante un tiempo contra la testaruda puerta. Finalmente apareció en el balcón que dominaba a la calle, don Emilio, hombre de rostro redondo, de rasgos sorprendentemente nórdicos con anteojos de aro metálico y una expresión semejante a una lechuza. *“¿Qué quieren?”*, preguntó, mientras sostenía una pistola en la mano.

Alguien le respondió: *“Queremos dinero”*. Pero cuando don Emilio se dio vuelta, presumiblemente para ir a traer algún dinero, se comenzaron a escuchar los gritos de *“Mueran los patronos”, “mueran los ricos”*. Entonces Redaelli apareció nuevamente en el balcón abrazado con su esposa y su hijo. La muchedumbre empezó a

20 Méndez, Sucesos comunistas, p. 80.

21 Alfredo Schlesinger, La Verdad, pp. 92 - 95.

pago del agua. Eventualmente, se le permitió a muchas de las familias regresar a sus hogares, en tanto los cuatro dirigentes sindicales fueron encarcelados, ocasionando el desmoronamiento del sindicato.<sup>45</sup> Entonces la SRI organizó manifestaciones en contra de la represión en *“La Presa”*, las que fueron muy concurridas.

En agosto de 1930, la Guardia Nacional atacó las manifestaciones sindicales que se dieron en 10 pueblos y ciudades del occidente salvadoreño, arrestando y encarcelando a cientos de participantes.<sup>46</sup> Aunque muchos de ellos fueron dejados libres al poco tiempo, la represión misma se convirtió en objeto de ataque de las siguientes manifestaciones que demandaban la libertad de los sindicalistas. Para finales de 1930, los miembros de los sindicatos rurales estaban tan iracundos con la represión estatal que ideas de insurrección comenzaron a circular libremente entre los militantes, pobladores y dirigencia local.<sup>47</sup> En setiembre de 1930, poco antes de su regreso a su natal México, Fernández Anaya, con trágica presciencia, escribió: *“La revolución en el Salvador será inevitablemente sangrienta. Todo el odio concentrado, que se irá acumulando más y más, tendrá inevitablemente que dar... un carácter sangriento.”*<sup>48</sup>

Aunque en este momento la dirigencia izquierdista nacional (a pesar de una leve corriente pro insurreccional en el PCS) era capaz de ejercer su influencia en contra de cualquier iniciativa local que favoreciera la revolución armada, la dinámica de la represión que

45 Reporte de Cuenca, 495/119/4, p. 17; Informe del VI Congreso Regional Obrero y Campesino Constituyente de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, 4 Mayo 1930, La Comintern 495/119/10, p. 61. La Union Sindical de Proletarios de Ahuachapán protestó en contra de la represión de los trabajadores que han sido movilizadas *“por no aceptar todas las injusticias por dicha señora... haciéndoles trabajar 18 y hasta 20 horas, pagar por el agua que se beben...”* Informe por Anaya.

46 Ver un reporte de Jorge Fernández Anaya, 12 Agosto, 1930, La Comintern 495/119/12, p. 6. También ver las listas de arrestados de Nahuizalco e Izalco en agosto de 1930 en: Eladio Campos, Director de Policía, Informes al Gobernador de Sonsonate, agosto, 1930, AGS.

47 Ver por ejemplo, Acta 9, del Comité Central de PCS, 21 Nov. 1930, La Comintern 95/119/3 se refiere a las discusiones de insurrección entre los militantes en Sonsonate; La situación actual de El Salvador, Partido Comunista Salvadoreño, fechada el 10 de junio de 1930 menciona el deseo de los campesinos de *“ir a las manifestaciones machete en manos.”*

48 Informe Sobre el Salvador, Jorge Fernández Anaya a Alberto Moreau, Secretario General, de CPUSA, Departamento Colonial, 8 Set. 1930, La Comintern 495/119/, p. 10.

Ahuachapán los que participaron en un movimiento de tradición milenaria, cuya base se encontraba en el oriente guatemalteco al otro lado de la frontera. En el pueblo de El Adelanto, una joven mujer “virgen”, llamada Petrona Corado, proclamó haber resucitado de entre los muertos para hacer milagros. A finales de la década de 1920, el culto de la “Virgen del Adelanto” atrajo a miles de campesinos guatemaltecos y salvadoreños al pueblo, asociándose este hecho con el concepto de una transformación social radical. Unos pocos militantes izquierdistas populares participaron en los peregrinajes, mientras que varios informantes en el occidente asociaron vehementemente el culto con el movimiento radical. Las autoridades de ambos países reprimieron el movimiento; en El Salvador proclamaron que la SRI lo utilizaba para encubrir sus actividades.<sup>43</sup>

No es de sorprenderse, entonces, que los terratenientes y las autoridades locales hallaran que la pasión de los campesinos y obreros por las reuniones sindicales, así como por la Virgen del Adelanto, constituían una seria amenaza.<sup>44</sup> En consecuencia, a pesar de la baja actividad huelguística, el Estado arremetió contra los sindicatos rurales y otras formas de organización. Típicamente, los dirigentes sindicales en una plantación se tornaban en blancos de la represión. En cierto caso, que alcanzó fama a nivel nacional, en la enorme plantación de “La Presa” situada en Coatepeque, la Guardia Nacional desahució a 345 familias de colonos en medio de una tormenta, manifestando que el sindicato había exigido la expropiación y la subsiguiente división de los terrenos para los colonos. En realidad, el sindicato había amenazado con una huelga en demanda de mejores salarios y la exoneración del

43 Entrevistas con Miguel Lino, El Tortuguero, Atiquizaya, 2002, Miguel Jiménez, Santa Rita, Ahuachapán, 2001; Leonora Escalante, Santa Rita, Ahuachapán. El gobierno de Guatemala arrestó a Corado dos veces y lo envió a un asilo, la segunda vez en el momento más importante de las movilizaciones de enero de 1932. “Una virgen roja hacia milagros”. Excelsior (México), 15 feb. 1932, p. 1; “Ingreso al Asilo de Alienados el Santo Ángel” El Imparcial (Guatemala), 6 feb. 1932, p. 1; Jorge Ubico to Jefe Político de Jutiapa (Telegram), 5 Feb. 1932, Jefaturas Departamentales, Archivo General de Centroamérica.

44 Los reportes por el alcalde y la policía acerca de reuniones nocturnas son muy extensos. Ver por ejemplo: R. C. Valdez, Alcalde de Izalco, Telegramas al Gobernador de Sonsonate, 13 Dec. 1931, AGN-FG-SO; Alcalde de Cuisnahuat, Telegrama al Gobernador de Sonsonate, 22 March 1931, AGN-FG-SO; Partes de policía, Departamento de Sonsonate, July-Sept. 1931, Archivo de la Gobernación de Sonsonate (AGS); Telegramas sobre elecciones y precios, 1930, AGN-FG-SO; Alberto Engelhard, Alcalde de San Julián, Telegramas al Gobernador de Sonsonate, 13 Dec. 1931, AGN-FG-SO.

lanzarle piedras. Una piedra, bala u otro tipo de proyectil hizo blanco y don Emilio cayó herido. La puerta de entrada cedió finalmente ante los golpes y los rebeldes invadieron la casa. Según Jorge Schlesinger, después de irrumpir en el hogar de Redaelli, los campesinos violaron a su esposa ante su presencia, y luego lo arrastraron fuera de la casa. Lo ataron de los pulgares y lo pasearon por el pueblo, torturándolo de diversas formas. Después de varias horas de este suplicio, según el coronel Julio Calderón, Redaelli pidió agua y “los bandidos le orinaban la boca”. Su agonía duró hasta el día siguiente, 23 de enero a las 3 de la tarde. El golpe fatal se lo proporcionó Benjamín Herrera<sup>22</sup>.

El espantoso asesinato de Redaelli se convirtió en el símbolo de la rebelión, y ayudó a formar una unidad de la mayoría de los salvadoreños contra ella. Es un misterio porqué se le seleccionó a él para un trato tan brutal. Tal vez su reputación filantrópica sólo era una fachada, o quizá Sánchez o Herrera tenían algo personal contra él. Probable es que se le haya tratado así porque a los ojos de los campesinos no haya sido más que un representante de la familia Daglio.

Otro crimen fue el del comandante local. Los comandantes por lo general son oficiales del ejército retirados, que se encargan de los asuntos militares de la zona y de alistar (es decir, reunir por la fuerza) reclutas para el ejército. El comandante de Juayúa era el coronel Mateo H. Vaquero, que vivía como a unas doscientas yardas al sur de la alcaldía. Según se cuenta con frecuencia, a Vaquero se lo llevaban los rebeldes de su casa cuando su hijita de tres años corrió hasta él y se echó sobre su cuerpo, pero no pudo detener los machetazos que mataron al comandante y le cortaron a ella la pierna<sup>23</sup>.

Dicen que se cometieron más atrocidades. Gustavo Pineda cuenta de una señora, cuyo nombre no menciona por razones obvias, que fue arrastrada al monte y violada por unos rebeldes. “*Por milagro la dejaron con vida. Regresó a su casa y un día sintió los efectos del ultraje. Muy indignada, por un momento pensó en abortar, pero*

22 Ibid. Jorge Schlesinger, Revolución comunista, PP. 192 - 3; Méndez, Sucesos comunistas, pp. 82 - 83; coronel Julio C. Calderón, “Memorial histórico: lo que no se dijo de la rebelión comunista en Ahuachapán, Sonsonate y Santa Ana en el año de 1932” (manuscrito inédito en manos de Miguel Pinto h.), p. 3.

23 Julio Calderón, “Memorial histórico”, pp. 3-4; Alfredo Schlesinger, La verdad, p. 95.

siendo católica sincera consultó a su confesor. ‘Como persona religiosa no debes hacer eso. Dios te inspirará fuerzas para soportar’. Y nació una niña”<sup>24</sup>.

También se cuenta que un hombre llamado Margarito Soriano fue muerto en algún momento durante el levantamiento, por no haber gritado con suficiente entusiasmo vivas al Socorro Rojo. Y el coronel Calderón, que llegó al pueblo poco después de la rebelión, informa que Chico Sánchez en persona dio un ejemplo de barbarie “violando a dos hermanas de 11 y 13 años de edad, hijas de una distinguida familia del pueblo”<sup>25</sup>. Asimismo se dieron muchos casos de incendios: la casa de Redaelli fue incendiada con gasolina, y muchas tiendas fueron quemadas después de ser saqueadas, entre ellas la de otro extranjero, Leopoldo Chong, un chino.

Sin embargo, no se le dio fuego a todas las casas de los ricos. El Dr. Jerez le señaló al reportero Joaquín Méndez h., que su casa no había sido incendiada a pesar de encontrarse cerca de la oficina del telégrafo que fue consumida por las llamas. El doctor le dijo que se había salvado porque los dirigentes del movimiento tenían planeado quedarse con las mejores casas. “Escuché perfectamente... cuando unos de ellos le dijo a su compañero: No, esa no, porque es para el jefe”<sup>26</sup>.

Chico Sánchez, que debe haber sido un bellaco extravagante, expresó sus caprichos ordenando que la banda del pueblo apareciera todos los días en la plaza y diera serenata para los rebeldes. En cualquier momento que se le antojara ordenaba: “Que toque la banda”, y la banda tenía que tocar para salvar el pellejo hasta que les ordenaba que pararan. El poder ilimitado parece que le desató sus pasiones musicales y sus instintos más ruines. Para humillar más a los ricos, las mejores familias fueron obligadas a moler maíz (una tarea normalmente reservada para sus sirvientas) para las fuerzas rebeldes. Tal vez se burlaron de ellas y las molestaron, pero todo parece indicar que aparte de las violaciones que hemos mencionado, probablemente no hubo otras. De hecho, una carta de un ciudadano de Juayúa, publicada el 7 de febrero de 1932 en La Prensa, niega que

24 Pineda, “Tragedia comunista”. Diario de Hoy, 20 de enero de 1967.

25 Julio Calderón, “Memorial histórico”, p. 4.

26 Méndez, Sucesos comunistas, p. 61.

A pesar de que la actividad huelguística, per se, era baja, los trabajadores rurales y los colonos participaban en otras formas de resistencia y organización desde los puntos de producción, representando una amenaza para el dominio político y económico de la élite. El siguiente reporte sobre la organización sindical en la Hacienda San Isidro (cerca de Armenia), debe ser considerado:

*Se distribuyen hojas con doctrinas comunistas y se agitan los ánimos a efecto de que se lancen contra aquello que no esté de acuerdo con los principios que sustentan aún más, informes que hemos recibido por otros lados hacen saber que los mayordomos y capataces se encuentran en grandes apuros porque se ven amenazados constantemente al cumplir las órdenes emanadas de sus patrones.*<sup>41</sup>

Aunque resulta difícil recrear la atmósfera de las reuniones sindicales, no cabe duda que dichas concentraciones, con frecuencia clandestinas, estaban cargadas de emotividad y motivación. Según algunos informantes, los hombres y mujeres a menudo se reunían por las noches a orillas de riachuelos o ríos cubiertos por espeso bosque, para discutir temas que iban desde salarios y condiciones laborales hasta reforma agraria y la vida en la URSS. En los pueblos, las reuniones a menudo se disfrazaban en forma de fiestas, y otras, como las rurales, asemejaban versiones apacibles de reuniones de renovación religiosa.<sup>42</sup>

Ciertamente, existía una dimensión religiosa en la movilización rural. En su mayoría, fueron campesinos ladinos del occidente de

---

FRTS en mayo de 1930 discute acerca de dos huelgas urbanas, una en una fábrica textil y otra en la compañía de agua. La Comintern 495/119/10, p. 60. En un momento, durante la etapa más importante de la cosecha de café de 1930, los trabajadores rurales en Jayaque se prepararon para la huelga, pero la FRTS los persuadió de realizar este movimiento, debido a la carencia que tenían tanto de organización como de recursos. En 1931 hubo dos huelgas en El Salvador, una que involucró a los choferes de buses y la otra a los trabajadores del calzado. No se reportaron huelgas rurales que escaparan de la tierra o que duraran más de un día hasta finales de 1931. Ver el reporte del “Camarada Hernández” (probablemente por Max Cuenca) durante la última parte de 1932 de La Comintern 495/119/4, p. 27.

41 “Actividad Comunista a desarrollarse ahora en San Isidro, Izalco,” Diario Latino, 23 enero 1931.

42 Entrevistas con Ramón Vargas, Turin, 1999; Salomé Torres, El Cacao, Sonsonate, 2001; Manuel Linares, El Cacao, 2001; Miguel Lino, El Tortuguero, Atiquizaya, 2001.



fácilmente con ellos, podía uno explicar, podía uno hablar todo lo que uno necesitaba.<sup>37</sup>

Con estas condiciones a su favor, la expansión del movimiento laboral hacia el campo entre 1929 y 1931 fue impresionante. Ciertamente, muchos sindicatos se organizaban “espontáneamente”: los organizadores sindicales a menudo llegaban a un cantón y encontraban que ya estaba organizado. Como informó un documento de la FRTS: “... los continuos llamados de las haciendas y pueblos a la Federación para que envíen organizadores, y en muchos casos cuando estos lleguen, ya encuentran organizaciones hechas, con marcadas tendencias a la acción, que los campesinos manifiestan que “aquí quien mandará será el cambio.”<sup>38</sup>

No hay forma alguna de precisar a ciencia cierta este desarrollo. Para mediados de 1930, el FRTS tenía aproximadamente unos 15.000 miembros.<sup>39</sup> Sin importar la verdadera imagen de sus miembros, los activistas sindicales estaban asombrados por el crecimiento acelerado de su movimiento. Curiosamente, no siguió el trayecto típico de una organización sindical en sus inicios, que incluye huelgas, algún grado de éxito y luego más desarrollo, hasta alcanzar cierto nivel de poder antes de la represión. Más bien, a pesar del creciente control del movimiento por parte de la izquierda y el alto nivel de retórica sobre las luchas de clase, hubo menos de diez huelgas en las ciudades y el campo durante la primera etapa de crecimiento acelerado. (Noviembre de 1929 a agosto de 1931).<sup>40</sup>

<sup>37</sup> Figueroa Ibarra, “El Bolchevique Mexicano”, pp. 217-218. En una entrevista con Mojica (2000) él declara que los mismos campesinos de los cantones de Izalco fueron a organizar a los trabajadores de las plantaciones del área de San Julián. Muchos de los residentes de las villas trabajaron en las plantaciones y regresaban a sus hogares cada dos semanas, en especial, durante las cosechas de café.

<sup>38</sup> La Situación del El Salvador, 10 de junio de 1930, La Comintern 495/119/3. Entrevista con Fabián Mojica (Sonzacate, 1999, 2000), un carpintero de Sonzacate, quien fue organizador sindical rural en 1929 y 1930.

<sup>39</sup> Informe del VI Congreso Regional Obrero y Campesino Constituyente de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, 4 Mayo 1930, La Comintern 495/119/10, p.106, lamenta la falta de estadísticas acerca del número de militantes. “La situación actual de El Salvador,” un documento interno de PCS, fechado en 10 de junio de 1930 brinda un informe parcial de la organización laboral rural: Santiago de Texacuango 400; Armenia 2500; Ahuachapán más de 1000; Nahuizalco 1703 (incluyendo 544 mujeres) Juayúa 600. La Comintern 495/119/3.

<sup>40</sup> Varios reportes en los documentos de la Comintern pretenden enlistar toda la actividad huelguística. Muchos reportes y referencias del congreso de la

se hubiese dado un solo caso de violación, y también niega que se hubiera obligado a las mujeres ricas a moler maíz. Por el otro, tanto los reporteros como testigos presenciales arguyen que los rebeldes estaban planeando una noche de bodas, en la cual iban a tomar a todas las muchachas bonitas del pueblo para repartírselas entre ellos. Pero otras fuentes aseguran que esta idea fue el producto de la histórica imaginación de las mujeres, que Dios sabe tenían razón de sobra para estar históricas. Por mi parte, me inclino a creer que cualquier cosa tan formal como esa “noche de bodas” no parece concordar con el estilo de la rebelión<sup>27</sup>. Aunque la verdad es que, independientemente de ese hecho particular, los ciudadanos ladinos de clase media de Juayúa la pasaron muy mal con la ocupación de los indígenas.

Aquí, como en otros lugares más remotos, los rebeldes supusieron durante las primeras 24 horas o más que el levantamiento había tenido éxito en todas partes, y que tenían completo control de todo el país. Su primera desilusión la tuvieron al segundo día de la rebelión, cuando a las 6.30 A.M. apareció un avión que voló alrededor del pueblo. La muchedumbre creyó que era un avión amigo y salió a la calle a gritarle y saludarlo. En esos momentos el avión dejó caer con toda calma una bomba en medio de la gente. No causó daños graves, pero despertó rudamente a los rebeldes a los hechos de la vida real. Comenzaron a hacer planes para defender Juayúa.

Los rebeldes también se habían tomado el villorrio de Salcoatitán, a dos millas de Juayúa sobre la carretera a Sonsonate. Al igual que en Juayúa, atacaron a la medianoche del 22 de enero. Quemaron el cabildo, la oficina de telégrafos y el puesto de guardias; por supuesto, también se cumplió a cabalidad con el negocio principal de saquear el pueblo.

Los sucesos de Juayúa y Salcoatitán fueron rápidamente conocidos en Nahuizalco, unas 6 millas más al sur del último, siempre en dirección a Sonsonate. El pueblo se encontraba comunicado con Juayúa no sólo por la carretera principal, sino también por medio de un camino secundario que corría paralelamente a la primera, unas 2 millas al este, y que culebreaba por Salcoatitán. Por lo tanto, Nahuizalco

<sup>27</sup> La veracidad de esta leyenda la sostiene Jorge Schlesinger, Revolución comunista, pp. 193 - 94; y Méndez, Sucesos comunistas, pp. 60 - 61. 103. Buezo rechaza la leyenda, Sangre de hermanos, p. 72.



era una obvia meta de los rebeldes en Juayúa.

En la actualidad, Nahuizalco presenta un contraste notable con su vecino. Si Juayúa es uno de los pueblos más bonitos de la región, Nahuizalco es uno de los más deprimentes. La iglesia se eleva al final de una calle mal empedrada, y alrededor del templo no hay una verdadera plaza sino sólo una zona lodosa, pisoteada, con árboles a la orilla, y champas de vendedores donde se pueden comprar cerveza y pupusas. En aquellos días los dos pueblos probablemente eran igual de miserables.

Cuando la gente de Nahuizalco supo de la toma de Juayúa, comenzó a prepararse urgentemente para la evacuación. Varias familias de ladinos huyeron a las colinas. Algunos se salvaron así, escondiéndose en las barrancas hasta después del ataque. Otros fueron capturados por las fuerzas rebeldes, y algunos regresaron apresuradamente al pueblo con la noticia de que las colinas circundantes estaban llenas de indígenas armados. Un terrateniente, que se fue a topar con la turba y vivió para contar el cuento, recordaba: *“Como tenían prisa por llegar a Nahuizalco, se contentaron con amenazarme y me aseguraron que iba a ser de los primeros que caería en sus manos. En la confusa masa de la muchedumbre pude ver unos 200 peones míos, de mis vecinos y hermanos... a quienes siempre habríamos pagado con puntualidad religiosa”*<sup>28</sup>.

Si uno llega hasta el mero borde del Volcán de Izalco y mira más allá de la negra masa de las lomas que descienden hacia el valle, la diabólica pista de ceniza petrificada de que está hecho el volcán, puede ver los pueblos de Nahuizalco, Izalco y Sonsonate, desparramados ante la vista de manera tan clara como si fuera un mapa. Forman un triángulo, cuya base sería una línea entre los dos centros menores, y su épice la más lejana ciudad de Sonsonate. Más allá de Sonsonate mismo se pueden ver los verdes árboles frutales y los pastos extendiéndose hasta Acajutla, y es tan elevada la altura y tan transparente el aire (no existe contaminación artificial), que desde allí se alcanzan a ver los barcos que zarpan de la rada abierta y la ondulante línea blanca de las olas que revientan sobre el fondo verde profundo del mar. En la mañana del 23 de enero de 1932 no hubiera sido prudente estar en esa cumbre, porque el volcán se encontraba en plena erupción; pero

<sup>28</sup> La Prensa, 4 de febrero de 1932.

en la transformación de la agenda izquierdista, han permitido que El Salvador (1929-1931), así como Cuba (1933), ocupen un lugar sobresaliente en la historia de la izquierda latinoamericana. Para lograr comprender esta singular historia, antes debemos elucidar las condiciones que permitieron que el movimiento prosperara, en primer lugar: aún antes de la crisis, los organizadores sindicales trabajaron sobre un terreno propicio, sin duda.

En 1927, los artesanos urbanos en el incipiente movimiento laboral de Ahuachapán y Sonsonate volcaron su atención a la zona rural. Tres condiciones favorecieron el desarrollo de la organización laboral. Primero, durante la administración del presidente Pío Romero Bosque (1927-1931), el Estado no reprimió casi ninguna actividad sindical urbana. Segundo, al menos según algunos relatos, las haciendas y plantaciones cafetaleras eran vulnerables al ingreso de activistas, y el aparato estatal de represión era bastante débil. Jorge Fernández Anaya, mexicano que jugó un papel crucial en la **Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS)** y contribuyó a fundar el PCS en 1930, comparó así las circunstancias favorables de El Salvador con las circunstancias adversas en Guatemala: “Indiscutiblemente era muy fácil entrar a una hacienda (en El Salvador) sobre todo para que te escucharan.”<sup>35</sup> Asimismo, la brecha social entre los artesanos urbanos y los trabajadores rurales no era difícil de superar, pues existían numerosos puntos de contacto. Por ejemplo, los carpinteros trabajaban en las haciendas y, a su vez, los campesinos vendían sus productos en los mercados de la ciudad. Los jóvenes y las familias urbanas participaban en las cogidas de café.<sup>36</sup> Como manifestó Anaya, en El Salvador fue más fácil. Los peones eran indios nada más en algunas partes. No todos los indígenas hablaban español pero había gente que traducía y en todos los casos era más fácil hablar con los indios de El Salvador que con los de Guatemala. Había una conciencia y eso era mucho muy importante porque la gente cuando le hablábamos de los intereses de la clase obrera, de los trabajadores, sentían su problema ... Había una diferencia entre el peón y el obrero urbano. Lo que pasa es que hablando con los peones se entendía uno

<sup>35</sup> Carlos Figueroa Ibarra. “El ‘Bolchevique Mexicano’ de la Centroamérica de los veinte,” (una entrevista con Hernández Anaya) Memoria, IV:31 (Sept-Oct 1990), p. 218.

<sup>36</sup> Entrevista con Fabián Mojica, Sonzacate, 1999.

*“la deshispanización del continente... es de los problemas que oculta y latentemente ha estado modificando la vida del continente. Porque, demostrado está, somos indios. De los cinco litros que tenemos, una copa de sangre española canta en nosotros; lo demás es fibra americana... Del cruce de España y América resultó una nueva raza; creer en esta raza españolizada fue el error”.*<sup>33</sup>

Los intelectuales reformistas citaban a pensadores marxistas y progresistas como José Carlos Mariátegui, como parte de su campaña en favor del respeto hacia los indígenas. Rochac, gobernador de Sonsonate, escribió: *“Centroamérica, que en parte tiene un sedimento indígena considerable, ha olvidado, ha descuidado totalmente la situación de sus indios”.* A pesar de idealizar la cultura indígena “pura”, las opiniones de estos intelectuales chocaban fuertemente con el racismo mestizo y blanco tradicional. *“Todo lo estimable en el indio es suyo, en nadie se lo debe, ni al cura, ni al maestro, ni al ministro, ni al legislador, ni al magistrado... El indio no es una cosa más que un hombre sensible tierno— no menos que el blanco o el mestizo.”*<sup>34</sup>. Estas declaraciones, no obstante paternalistas, contrastan enormemente con el discurso racista de la elite, que sistemáticamente retrataba a los indígenas como seres inferiores y retrógrados que malgastaban cualquier aumento de sueldo en alcohol y que caerían en un indolente barbarismo si se les entregaban tierras. Más aún, los ideólogos del mestizaje, al valorizar el aporte de los indígenas a la sociedad y ofrecerles su solidaridad, contribuyeron a crear las condiciones discursivas y el espacio político para el surgimiento del movimiento interétnico ocurrido entre 1929 y 1931.

### (...) La ola revolucionaria, 1929 a 1931

La violencia en la vida social cotidiana, así como entre el Estado y los subalternos, condicionó la voluntad de éstos de involucrarse en una violenta resistencia a la represión. Por ende, la creciente respuesta represiva al movimiento más bien motivó a los campesinos y proletarios rurales en vez de intimidarlos, aumentando su aceptación de la estrategia insurreccional. El acelerado desarrollo del movimiento revolucionario y el papel contundente de los grupos rurales subalternos

<sup>33</sup> Miguel Ángel Espino. *Prosas Escogidas*. 6a edición. San Salvador: UCA editores, 1995, p. 20.

<sup>34</sup> Rochac en Patria, 3.

si hubiera sido posible, se hubieran dividido más de media docena de lugares donde surgían humo y llamas, siendo la columna de humo negro más grande la que salía sobre una colina que oculta a Juayúa. En las carreteras, se hubieran podido ver largas colas de camisas blancas serpenteando desde distintos lugares, que señalaban los movimientos de las furiosas turbas, que descendían de los cantones situados sobre las faldas del volcán, encaminándose a Nahuizalco e Izalco, cada vez más cerca de Sonsonate.

Hacia las 9 A.M. de esa mañana, los habitantes de clase media de Nahuizalco estaban en estado de pura histeria. Ya se habían dado cuenta que tenían bloqueadas todas las vías de escape y que no podían hacer nada para defenderse. Aunque el cacique indígena, Felipe Nerio, los había estado amenazando desde hacía varios meses con la rebelión, a nadie se le había ocurrido almacenar un cargamento de armas y municiones. A esa hora llegó un automóvil cargado de dirigentes radicales, entre los cuales probablemente se encontraba el mismo Nerio, el jefe del PC Tomás González y Juan Isidro Pérez. Les dijeron a los habitantes que los tenían copados y que regresarían a ocupar el pueblo a las 10 de la noche. Les advirtieron también que si para esa hora todavía no habían decidido incorporarse a la rebelión, tendrían que sufrir las consecuencias. Aunque los vecinos ladinos del pueblo se daban cuenta de la gravedad de la situación, pocos de ellos estaban dispuestos a unirse al movimiento. Con un sentido más realista que sus adversarios, sabían que el movimiento tenía pocas probabilidades de triunfar y que la represión era segura. Dando un testimonio después de la revuelta, don Alejandro Ayala declaró: *«Imagínense los momentos de angustia que pasamos, sin tener nada con qué defendemos».* Los dirigentes del “Ejército Rojo” se fueron, y los habitantes de Nahuizalco se apresuraron a medio arreglar las cosas que podían hacer, escondiendo por lo menos a sus hijas y sus joyas. Pero evidentemente impacientes por la negativa de los ciudadanos de incorporarse de inmediato a la rebelión, los revolucionarios anticiparon el plazo y regresaron a las 3 P.M. A esa hora entraron al pueblo unos 500 hombres armados de machetes gritando “ ¡Viva el Socorro Rojo! “ y otras consignas comunistas. Los invasores, en su mayoría indígenas pero con algunos ladinos entre ellos, declararon que el país estaba en sus manos y que cualquier resistencia era inútil.

Los rebeldes le dieron fuego a una serie de tiendas incluyendo a

una del rico comerciante Reyes Salaverría, y a las farmacias de Alfredo Alvarenga e Ismael Rodríguez. Hubieran incendiado con gasolina la iglesia, pero en el momento que iban a entrar en el edificio, las campanas empezaron a doblar misteriosamente, y la supersticiosa muchedumbre retrocedió horrorizada.

Aparte del saqueo y los incendios, los sucesos de Nahuizalco fueron relativamente benignos. Los rebeldes mataron a dos ciudadanos, Antonio Martínez y Alejandro García Otro, llamado Antonio Roca, perdió un brazo pero sobrevivió a catorce machetazos. También fue herido un tal Rafael Ramos. Al comandante, mayor Renaga, no se le hizo daño. A pesar de eso, por haber sido menos remodelado que otros pueblos, Nahuizalco es el que todavía exhibe más vestigios de la revuelta. Todavía se encuentran muchas puertas con profundos machetazos, que pacientemente han sido recubiertos con pintura cada vez que se han pintado las puertas. Evidentemente esas puertas salvaron a mucha gente; la mayoría de ellas tienen más de dos pulgadas de ancho, y son lo suficientemente fuertes como para soportar fuertes golpes de machetes<sup>29</sup>.

Una vez que se habían apoderado de aquellos tres pueblos al norte de Sonsonate, con lo que efectivamente habían cortado las comunicaciones entre esta ciudad y Ahuachapán, Chico Sánchez y su gente no encontraron más que hacer, sino divertirse y especular sobre como iría avanzando la revolución en otros lugares. La llave para la situación en la parte occidental del país era la ciudad de Sonsonate, y en su ataque participaron indígenas de la zona de Juayúa e Izalco. El conflicto de Sonsonate era crucial pero entretanto, los revolucionarios también estaban asestando golpes en otros lugares del país.

29 Ibid., Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, p. 190; Méndez, *Sucesos comunistas*, pp. 36 - 37; y entrevistas.

que culminó con su derrocamiento sin pena ni gloria el 2 de diciembre de 1931, contribuyó significativamente con la posterior radicalización de los indígenas y de los trabajadores y campesinos ladinos.

A pesar de su fracaso final, no se le puede restar importancia al reformismo socialdemócrata como fuerza ideológica y política. A partir de la década de los años veinte, la élite del país debió competir con otras corrientes ideológicas, y el racismo liberal clásico que caracterizaba a este grupo no prevaleció en la creación de un discurso nacional. Particularmente, en términos discursivos, la versión salvadoreña de reforma social fue más lejos que otras versiones latinoamericanas en la promoción de los derechos de los indígenas.<sup>31</sup> De hecho, el reformismo del sector medio, incluyendo el araujismo, estaba íntimamente ligado a la ideología del mestizaje —un mito de construcción de la nación basado en la gradual pero inevitable mezcla racial y “desindigenización” cultural—, una perspectiva predominante de una sociedad creciente y necesariamente homogénea en términos étnicos. A lo largo de toda Latinoamérica, esta ideología permitió que en los años veinte los intelectuales progresistas desempeñaran un papel activo en la construcción de las naciones, forjando imágenes antiimperialistas y permitiendo una mayor inclusión de los grupos subalternos, en una versión de liberalismo despojada de su más notorio racismo y elitismo.<sup>32</sup>

La ideología salvadoreña del mestizaje valoraba enormemente una versión idealizada y abstracta de la contribución indígena a la historia y cultura del país. El escritor Miguel Ángel Espino expresó su idea sobre las raíces del nacionalismo salvadoreño en los siguientes términos:

31 Ver por ejemplo: Román Mayorga Rivas, “Los indios de Izalco, terruño salvadoreño”. *Revista del Ateneo del Salvador*, 11, 1913, pp. 372-74. Un gobernador reformista hizo notar el “movimiento a favor del Indio” en toda “nuestra América” y se quejaba de que “Centroamérica, que en parte tienen un sedimento indígena considerable ha olvidado, ha descuidado totalmente la situación de sus indios.” Él pensaba que “...el indio de ciertas zonas de nuestro país no es un problema, antes mejor significa una avanzada a la civilización.” Rochac en *Patria*. Ver también López, “Tradiciones inventadas” para obtener más información sobre el trabajo etnobiográfico de María de Baratta y otras evidencias de esta nueva valoración de la cultura indígena.

32 68. Ver Jeffrey L. Gould. *To Die in This Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880-1965*. Durham: Duke University Press, 1998

*presidente les había dado la espalda”.*<sup>27</sup>

Para finales de 1931, después de casi cuatro años con condiciones económicas cada vez más deterioradas, quedaba poco espacio para tomar medidas importantes en pro del campesino o del trabajador, sin que ello significara una amenaza al poder oligárquico y una alianza con el PCS, lo cual, de todas formas, hubiera sido rechazado por razones sectarias.

La incapacidad del presidente Araujo de realizar reformas significativas coincidió con la rápida imposición de políticas represivas contra las protestas y la organización laboral, similares a las impuestas por el expresidente Romero Bosque. Como resultado, muchos de sus más fervientes seguidores se unieron a la izquierda. En mayo de 1931, el gobernador laborista de Sonsonate le sugirió a Araujo una reunión con los dirigentes locales para “hacerle presente que no tomen parte de ninguna manera en esas manifestaciones de índole más bien subversiva”.<sup>28</sup> En julio, el presidente Araujo organizó una manifestación de apoyo a su gobierno, para la cual el gobierno pagó el traslado por tren de entre cinco y diez mil trabajadores rurales o mozos. Marcharon hasta la Casa Presidencial, y se unieron luego con otra manifestación que demandaba la renuncia de todos los ministros por su falta de acción en lograr la reforma agraria.<sup>29</sup> A la vez, pese a que muchas de las funciones básicas del gobierno se encontraban paralizadas, Araujo no mostraba interés alguno en reformar el Estado en sí.<sup>30</sup> Aunque a nivel municipal el araujismo a menudo mantenía vínculos mutuamente beneficiosos con el creciente movimiento laboral, a nivel nacional tuvo poco éxito en crear coaliciones, en gran parte debido al sectarismo del PCS (un reflejo del sectarismo del Comintern). El fracaso del araujismo,

<sup>27</sup> Los sectores que apoyaban el araujismo en sus inicios, como el Partido del Proletariado Salvadoreño buscaba la reforma agraria y un mayor gasto del gobierno en trabajos públicos y educación. En las semanas que siguieron a su victoria electoral, los campesinos empezaron a ocupar tierras en las haciendas del occidente salvadoreño. Ogilvie, “The Communist Revolt”, p. 44; Alvarenga, Cultura y ética, p. 305; Casaus, “Las influencias”; García Giráldez, “El unionismo”.

<sup>28</sup> Gobernador de Sonsonate, Carta al Presidente de la República, 30 de mayo 1931, AGN-FG-SO.

<sup>29</sup> Harold Finley al Secretario de Estado, Julio 8 de 1931, no. 537, estrictamente confidencial, Departamento de Estado, Registros del Servicio Exterior, San Salvador, El Salvador, Departamento de Estado, USNA, RG84; Iraheta Rosales, Lopez Alas, y Escobar Cornejo, “La crisis de 1929.”

<sup>30</sup> Para más información sobre el casi colapso administrativo del Estado durante este periodo, ver: Guídos Vejar, El Ascenso, y Wilson, “The Crisis”.

## LA REBELIÓN EN OTRAS ZONAS

El pueblo de Colón se encuentra situado a los pies de una larga colina que baja de Santa Tecla. Hoy pasa por allí una autopista de cuatro carriles, a veces cortada en roca sólida, y con una pendiente tan pronunciada que los destartalados buses salvadoreños bufan y resoplan mientras suben, y a veces se quedan a medio camino. Entre los dos pueblos, la carretera pasa por Los Chorros, una serie de tres piscinas seminaturales, que parecen sacadas de una película de Tarzán, y son el orgullo y regocijo del ministerio de turismo (la mayoría de los salvadoreños no pueden nadar o por lo menos no nadan).

El PC había estado muy activo en las cercanías de Colón. Para las elecciones municipales presentaron una planilla consistente en José María Iraheta para alcalde, Ramón Pacheco y Joaquín Valencia para regidores, y Alfredo Godoy como síndico. Pero, para su enojo, las elecciones habían sido canceladas. En las elecciones legislativas se abstuvieron. Todo el mundo temía que recurrirían a la violencia. Un contingente de guardias nacionales que estuvo en el pueblo durante las elecciones de diputados, había desarmado a cuanto campesino de la localidad pudo, confiscando un total de 96 corvos (machetes). Los ciudadanos recibieron varias advertencias de que se mantuvieran alertas.

El señor Federico Portillo, una persona importante del pueblo, decidió tomar algunas medidas en contra de un posible levantamiento. El día 22 fue a la plantación del Sr. Dalton y le prestó una carabina y municiones. Por la noche emprendió el camino de regreso al pueblo, acompañado de un amigo. Cuando los dos hombres llegaron a la carretera nacional (en aquel entonces una calle de tierra) notaron a unos grupos de hombres amenazadores y misteriosos que caminaban en dirección a Colón. Como ya estaba oscuro, la multitud



no los detectó. Se deslizaron sigilosamente por la orilla de la carretera, llegando al pueblo como a las 3 de la madrugada del día 23. Al entrar en Colón vieron que la puerta de la alcaldía había sido violentada y estaba entreabierta. Portillo, que estaba armado, decidió investigar. Hurgando en el interior con su carabina lista, tropezó sobre gavetas de escritorios, sillas, mesas y papeles que estaban regados por el suelo. Mientras se abría paso a través de la habitación trastrabilló sobre dos cuerpos: uno, del secretario municipal, Efraín Alvarenga, trozado a machetazos y muerto; el otro, de Damasio Cruz, un policía local, que todavía estaba vivo, aunque seriamente herido de bala. Los rebeldes que habían saqueado la oficina se habían llevado los corvos confiscados y algunas carabinas<sup>1</sup>.

Parece ser que la turba había llegado poco antes de las 2.00 A.M. y había permanecido en el pueblo cerca de una hora. Habían saqueado la alcaldía, la comandancia y la oficina de telégrafos. El operador de telégrafos, Félix Rivas, sobrevivió al ataque y dio su versión a Diario Latino que la publicó el 1 de febrero de 1932. Narró cómo había sido súbitamente despertado por el ruido de las piedras que caían en su casa, y de los golpes de machete y garrote que sacudían la puerta. No se había acabado de poner en pie cuando la puerta cedió y los rebeldes le cayeron encima gritando: “Viva el Socorro Rojo”, y “Viva la República Soviet”. Trató de ofrecer resistencia pero un tremendo golpe descargado sobre sus hombros le derribó dejándolo inmóvil. Su mujer también recibió heridas pero no fue muerta. Cuando se descubrió el cuerpo de Rivas a la luz de las linternas de los que buscaban a las víctimas del ataque, tenía numerosas heridas por todo el cuerpo. Le habían cercenado las manos y tenía un ojo vaciado. Durante varios días se le dio todo el cuidado posible en un hospital de San Salvador, pero no se esperaba que sobreviviera.

El comandante local fue sorprendido en la comandancia, y no tuvo tanta suerte. Fue pedaceado y muerto por un hombre que posteriormente fue identificado a la policía por la mujer del difunto. Se trataba de Antonio Avelar Sosa, uno de los caudillos locales. El ataque fue planeado por ese Avelar Sosa, por Simeón Cerbellón, Brígido Monzón, Andrés Torres y otros más, que se habían estado reuniendo en la casa del padre de Andrés Torres, Regino, en Las Moras, cantón

1 Méndez, Sucesos comunistas, PP. 156 - 58.

movimiento reformista, con importantes nexos con la fuerza laboral.<sup>25</sup> En general, este movimiento compartía, y en ocasiones competía, con la izquierda por el apoyo de los trabajadores y los campesinos, al punto que aún durante la insurrección de 1932, muchos activistas simpatizaban tanto con el araujismo como con el PCS. En el nivel local, la alianza multclasista de Araujo representaba un reto a las viejas redes de patronazgo controladas por la burguesía local. En el ámbito nacional, condujo a un amplio movimiento político, único en la historia salvadoreña. El movimiento también se benefició directamente de las corrientes intelectuales reformistas que influenciaron a grupos muy diversos como intelectuales, abogados provincianos, terratenientes, alcaldes y oficiales militares. La alianza entre los profesionales y los obreros tuvo sus orígenes en la antigua cultura política de reformismo urbano.<sup>26</sup>

El laborismo araujista, inspirado en el Partido Laborista inglés y en las diversas corrientes ideológicas del reformismo centroamericano, creó nuevas esperanzas de reforma agraria entre la población rural de bajos recursos, y de reformas políticas y económicas entre los artesanos y obreros. Pero la falta de cumplimiento de las promesas de campaña provocó un descontento aún mayor. Un observador de la embajada estadounidense comentó que:

*“hicieron todo tipo de promesas electorales que llevaron a muchos campesinos y trabajadores a creer que con la elección de Araujo llegaría la época de oro. Se rumoraba que las grandes haciendas cafetaleras serían divididas para darle a cada familia su parte de la tierra. el desasosiego de los últimos días se debe, en parte, a la conclusión un tanto apresurada a la que llegó la población rural: el*

25 El Partido del Proletariado Salvadoreño jugó un papel crítico en conectar a Araujo con las fuerzas laborales. El PPS fue fundado por los líderes reformistas del FRTS expulsados cuando la izquierda tomó el control de la organización. La conexión de Araujo, con la fuerza laboral y los movimientos de reforma popular, data de 1910, luego de que organizara un intento para derrocar al régimen de Meléndez en 1922.

26 Las ciudades provinciales, y en especial Sonsonate y San Vicente, son buenos ejemplos de la alianza reformista entre las clases dominantes provinciales y los artesanos. En Sonsonate, además de contar con el apoyo de los sectores populares, el araujismo también contaba con apoyo de algunos de los terratenientes y empresarios de la región. En San Vicente, por otra parte, una coalición de artesanos y líderes trabajadores mantuvo el poder del municipio durante muchos años apoyados por la burguesía de la ciudad.



consecuencia la expansión de la organización laboral. El FRTS constituyó una parte vital de la corriente reformista. En una sola manifestación, el FRTS movilizó a 10.000 personas en San Salvador, con oradores de la **Liga Antiimperialista** de la clase media alternando con obreros. Los oradores creaban amplias conexiones ideológicas, que abarcaban desde la oposición a la intervención norteamericana en Nicaragua hasta el apoyo al presidente mexicano Calles en su confrontación con los intereses estadounidenses.<sup>22</sup> Carlos Gregorio López ha llamado la atención hacia el fuerte desarrollo del nacionalismo radical antiestatal y antiimperialista en el movimiento obrero salvadoreño. Un manifiesto del FRTS de 1926 enumeró así sus objetivos: la independencia de Puerto Rico y las Filipinas, la internacionalización del Canal de Panamá y la nacionalización de los ferrocarriles y otros servicios públicos.<sup>23</sup>

Estas tendencias de la década de 1920, impulsadas por la crisis económica, resultaron eventualmente en el apoyo masivo a la campaña presidencial del reformista Arturo Araujo. La participación masiva de miles de campesinos que votaron por Araujo en las elecciones de 1931 (no obstante la oposición del PCS), llevó a la creación de un movimiento de relativa autonomía entre los defensores de los artesanos, los obreros y los campesinos. Quizás el mayor despliegue de fuerza de la base araujista, fue la marcha masiva de campesinos que lo escoltaron en su ingreso a la ciudad de Sonsonate, como parte de la campaña presidencial de 1931:

*“Don Arturo, quien encabezó el desfile, montaba una yegua de pura sangre, importada de Inglaterra, marchaba a paso corto, con el sombrero en la mano, y saludaba la multitud que se aglomeraba en aceras, puertas y balcones... Seguían a don Arturo unos tres mil hombres a caballo, en filas de cuatro en fondo, con los sombreros bien calados, las cabalgaduras “sofrenadas”... Detrás de aquel impresionante desfile de jinetes y caballos, venía un inmensa masa de gente a pie, compuesta de campesinos. Vestían como era entonces usual, pantalón de dril y camisa de manta, e iban limpios y con las ropas bien planchadas. Destacaban los grandes sombreros de paja.”<sup>24</sup>*

Entre 1930 y principios de 1931, el araujismo surgió como un

22 López, “Tradiciones inventadas,” Cap. 3.

23 Ibid.

24 Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate, 149.

de Colón<sup>2</sup>.

Otra víctima fue el doctor Jacinto Colacho Bosque de Chalatenango; tuvo noticias de que la situación en Santa Ana era peligrosa e iba de camino a ocuparse de la seguridad de su familia que vivía en esa ciudad. En el carro viajaban con él su chofer, su esposa, doña Soledad, y su buen amigo Víctor Durán, ex-alcalde de Chalatenango. Al pasar por un lugar llamado El Zanjón, en las afueras de Colón, sobre la carretera que viene de Santa Tecla, se toparon con una turba de unos 300 hombres. Eran las 10.30 P.M. de la noche del 22 de enero Muchos otros miembros de las clases altas habían encontrado a grupos como ese y habían tenido la suerte de sólo recibir algunos insultos y amenazas. Pero en este caso, o bien los hombres del carro le gritaron de regreso a la muchedumbre, o ésta se encontraba más excitada, porque sacaron a los tres hombres del vehículo y los hicieron pedazos a machetazos. La señora fue herida pero pudo escapar viva<sup>3</sup>.

Tal vez este mismo grupo, u otro de igual fiereza, se encontró con un pobre campesino llamado Jesús Cruz, mozo de una tal Sra. Nuila. El hombre tiraba de unas muías cargadas con mercadería de la señora. Cuando se negó a entregarlas a la muchedumbre, lo mataron. Cerca de la finca Las Delicias, casi a la entrada de Santa Tecla, se encontraron con una pobre mujer que tenía una pequeña venta y la mataron. También se les cruzó el Dr. Abraham Chavarría, que iba a caballo. Sabiamente no les ofreció resistencia y sólo le robaron el dinero, su caballo y la pistola<sup>4</sup>.

Gracias a que sus molestos visitantes no permanecieron mucho tiempo en la ciudad, los vecinos de Colón se armaron para defenderse de otro ataque. Portillo y otros ciudadanos reunieron todas las armas que había en la localidad, y luego esperaron. El 23 de enero, como a las 8 de la mañana, se divisó un grupo como de 400 hombres que avanzaban en dirección al pueblo. Los defensores de Colón les ordenaron el alto, pero los rebeldes respondieron abriendo fuego. Cuando los ciudadanos contestaron los disparos, los campesinos se desbandaron y huyeron: Entre las filas campesinas uno de los primeros

2 Colección de Osmin Aguirre. Esta información emana de un documento policial. El comandante era el coronel Domingo Campos.

3 La Prensa, 28 de enero de 1932. El mismo periódico anunció el 6 de febrero la captura de los asesinos.

4 Diario Latino, 28 de enero de 1932.

en caer fue Isabel Zalade, de 78 años de edad, candidato del PC para alcalde de Sacacoyo en las recientes elecciones<sup>5</sup>.

La explicación de por qué este segundo ataque pudo ser repelido con tanta facilidad puede ser el hecho de que, poco antes, los rebeldes habían intentado infructuosamente tomarse Santa Tecla, la capital del departamento de La Libertad. Un grupo, estimado por algunos observadores en varios miles, salió temprano por la mañana por la pendiente rumbo a Santa Tecla. Cerca de una finca del Sr. Guirola, uno de los más conocidos latifundistas del país, situada entre Colón y Las Delicias, la fuerza rebelde se encontró con una patrulla bajo el mando del capitán Salvador Iraheta, del ejército regular, que formaba parte de la guarnición de la capital provincial. Para dispersar a la multitud, el capitán Iraheta ordenó a sus hombres que dispararan al aire, pero esto sólo produjo disparos de parte de los campesinos, que se lanzaron con los machetes desenvainados contra la pequeña patrulla. La tropa disparó entonces a los cuerpos, pero la situación se puso crítica. Los soldados comenzaron a retirarse lentamente, para evitar el encuentro cuerpo a cuerpo, disparando sus anticuados fusiles Mausers de cerrojo con la mayor velocidad posible. En el último momento llegó una unidad de guardias de refuerzo bajo la dirección del coronel Salvador Ochoa. Los guardias nacionales traían además una ametralladora montada en el camión, que abrió fuego contra los rebeldes causando grandes estragos en sus filas. De esa manera fue derrotado el ataque a Santa Tecla (o Nueva San Salvador)<sup>6</sup>. Probablemente fue este mismo grupo de rebeldes fuertemente golpeados y diezmados el que se enfrentó a Portillo y los valientes ciudadanos de Colón. Entre el ejército, la guardia y los civiles que combatieron contra los campesinos en estos dos encuentros no se reportaron muertos. Las bajas de los rebeldes fueron evidentemente altas.

Aunque Colón y Santa Tecla derrotaron a los atacantes, un buen número de aldeas del departamento de La Libertad fueron sobrepasadas por los insurrectos: Los Amates, Finca Florida, Teotepeque, y Tepecoyo. El propio pueblo de Martí, Teotepeque, fue tomado por corto tiempo el 23, por un pequeño grupo armado únicamente de machetes. Una unidad de guardias los desalojó rápidamente el 26, según La Prensa. En Jayaque, una de las zonas cafetaleras más ricas del país, una

5 Méndez, Sucesos comunistas, p. 158.

6 Ibid., pp. 175 - 176

préstamos extranjeros.<sup>19</sup>

Los proponentes de la ideología del “Vitalismo”, así como el movimiento estudiantil, formaron también parte de la corriente reformista. Alberto Masferrer promovió su programa vitalista a través de la organización “Unión Vitalista” y de su diario Patria. El movimiento buscaba maneras de “garantizar las necesidades básicas” a la clase trabajadora del país, impulsando un equilibrio armonioso entre el capital y la mano de obra, mediante una reforma agraria moderada.<sup>20</sup> También los estudiantes universitarios desempeñaron un papel relevante durante este período. En la década de 1920, estudiantes reformistas organizaron el “Movimiento Renovación” y la **Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS)**. Sus esfuerzos organizativos se extendieron más allá del campus universitario, en la forma de protestas y marchas en contra de los préstamos extranjeros, los alquileres altos, las tarifas de tranvía y de servicios eléctricos, los monopolios extranjeros y el militarismo.<sup>21</sup>

El clima reformista propició el surgimiento y el éxito de la **Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS)**. La crisis económica de finales de la década de 1920 dio impulso a los artesanos para unirse a las filas de la mano de obra asalariada, alentando en

19 La Epoca, 17 Junio 1931.

20 Ver: Karen Racine. “Alberto Masferrer and the Vital Minimum: The Life and Thought of a Salvadoran Journalist, 1868-1932”. The Americas 54 (2), 1997, p. 225. El Vitalismo “capturó la imaginación de los humanitarios reformistas en todo el istmo” (225). Masferrer también asoció el reformismo social de esos años a su antiimperialismo. En uno de sus textos escribió: “Si se buscaran dos palabras exactas, aunque duras, para caracterizar la actitud mental y material de los pueblos centroamericanos ante los Estados Unidos, habría que escoger estas dos: imbecilidad y servilismo (...) Esta es la hora, tan honda y tan ancha es nuestra incomprensión, en que la inmensa mayoría de los centroamericanos no advierte, no sospecha siquiera, que Centroamérica está amenazada de absorción definitiva y total.” Alberto Masferrer. “En la hora de crujir de dientes”. La Prensa, 3 feb. 1927, p. 1; citado en Jaime Barba. “Masferrer, vitalismo y luchas sociales en los años veinte”. Región. Centro de Investigaciones, (1997). Más información sobre Masferrer y Patria y su relación con movimientos reformistas más amplios en: Barba, “Masferrer”; García Giráldez, “El Unionismo”; Casaus, “Las Influencias de las redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1870-1930)”. Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002); López, “Tradiciones inventadas;” y en especial Racine’s “Alberto Masferrer.”

21 Ver más información sobre el movimiento estudiantil de la época en: Ricardo Antonio Argueta Hernández. “Los estudiantes universitarios y las luchas sociales en El Salvador (1920-1931)”. Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002).

sandinista obtuvo apoyo en El Salvador: los comités de campesinos y artesanos recaudaron fondos para Sandino, hubo protestas frecuentes, y docenas de voluntarios se unieron a sus filas, entre ellos el reconocido Farabundo Martí.<sup>15</sup> El fervor antiimperialista no se limitaba al área capitalina, según narra Reynaldo Galindo Pohl en sus memorias sobre la vida provincial: *“Hubiera sido difícil encontrar en Sonsonate una persona que no manifestase ideas antiimperialistas”*.<sup>16</sup> Asimismo, miles de salvadoreños provenientes de diversos sectores asistieron a las marchas antiimperialistas convocadas por el movimiento, que para 1929 mostraba una clara conexión con las organizaciones de izquierda. Por ejemplo, la represión ejercida por el gobierno durante una marcha antiimperialista en Santa Tecla, incidió directamente en la creación de un ramal salvadoreño del Socorro Rojo Internacional, una organización izquierdista que brindaba auxilio a víctimas de la represión política.

Durante la década de 1920, la clase dominante se vio aún más cuestionada por las persistentes críticas públicas sobre el aumento en la distribución desigual de la riqueza. Algunos periódicos nacionales, como Patria y el Diario Latino, continuamente publicaban editoriales sobre la necesidad urgente de reformas a favor de los campesinos, los trabajadores rurales y los indígenas. Por otro lado, los periódicos provinciales como el Heraldo de Sonsonate, también protestaban en contra del sistema económico. Uno de estos artículos, por ejemplo, manifestaba que las *“empresas explotadoras forman la peste maldita que estrangula la justicia (y) que aumenta el porcentaje de miserables”*. Defensores de la fuerza laboral rural también condenaban a los terratenientes, afirmando que *“la vida en las fincas... es pesada por la monotonía del trabajo diario y por la manutención que se reduce a dos tortillas grandes y frijoles con estiércol de gallinas, cocidos sin sal ni cebollas, duermen bajo los árboles del café”*.<sup>17</sup> Los periodistas también criticaban la concentración de la tierra en la economía cafetalera, y apoyaban las medidas en pro del disminuido grupo de pequeños caficultores.<sup>18</sup> Estas críticas al capitalismo agrario coincidieron con los ataques al monopolio ferroviario, en manos extranjeras, de los Ferrocarriles Internacionales de Centro América, así como contra los

15 Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate, 329; Diario de Ahuachapan, 10 Julio 1928; Arias Gómez, Farabundo Martí.

16 Galindo Pohl, Recuerdos de Sonsonate, 329.

17 El Heraldo de Sonsonate, 9 Enero. 1931, firmado Sandokao.

18 Choussy citado en Wilson, “The Crisis,” 120-121.

muchedumbre se dispersó y huyó cuando un avión gubernamental picó sobre ellos. Ninguno de estos ataques produjo más daños que el saqueo de unas cuantas tiendas.

En el puerto de La Libertad (la principal conexión marítima que tiene el país y puerto de la capital), la población fue presa del pánico. Pero el comandante de la localidad, coronel Santiago Ayala, organizó una guardia cívica que colocó barricadas en las tres carreteras que conducían al puerto. Únicamente en una ocasión distinguieron algo que podría haber sido un ataque, y con un par de tiros los dispersaron.

Al este de San Salvador había considerable actividad. La región alrededor del Lago de Ilopango había sido la cuna del PC de El Salvador, y los comunistas tenían fuerza en Ilopango y Soyapango, un suburbio de la capital. El 29, **Diario Latino** dio la alarma sobre un supuesto intento de envenenar las reservas de agua de la ciudad en esa zona, mientras que un día antes, **La Prensa** informó que habían sido atacados los cuarteles de la capital, pero que los atacantes habían sido rechazados después de sufrir fuertes pérdidas. En esa ocasión los rebeldes dejaron 17 cadáveres, y evidentemente las tropas no sufrieron bajas. En el caserío de Asino, a la orilla del lago, se podían ver bandas de rebeldes desorganizados que merodeaban después de esas infructuosas correrías, que evidentemente acontecieron el 23. Entretanto, cerca de Panchimalco, el histórico poblado Pipil con su ancestral iglesia colonial, los rebeldes robaron algunas cabezas de ganado que además se comieron, pero no causaron ningún otro daño.

En la parte más occidental, en la región fronteriza alrededor de Ahuachapán, hubo serios disturbios. En Chalchuapa, asiento de las ruinas indígenas de Tazumal, en la carretera entre Ahuachapán y Santa Ana, fueron incendiadas varias fincas. Parece ser que se dieron casos semejantes en el Congo, al sur de Santa Ana. Sin embargo, en ninguno de los dos lugares hubo más actos de violencia.

Pero la propia ciudad de Ahuachapán tenía ya, buen tiempo de ser centro de desórdenes inspirados por los comunistas. La “universidad popular” había permitido que millares de campesinos de la localidad escucharan a oradores izquierdistas, incluyendo al joven Alfonso Luna, nativo de ese lugar. Para las elecciones municipales del 3 de enero, los comunistas postularon como alcalde a un tal Marcial Contreras,

un connotado vocero de la izquierda radical, y habían desfilado por la ciudad en una imponente demostración de fuerza. Con sólo ver esas hordas disciplinadas, el gobernador departamental, coronel José Guevara M., supo que iba a haber problemas. “La tormenta estaba en el ambiente” -le recordó después a Joaquín Méndez h.- “en los gestos y los actos de los individuos”.

El día de las elecciones un grupo de unos 200 izquierdistas rodearon el edificio de la gubernatura en actitud amenazante. Reaccionando con prontitud, el gobernador hizo que la guardia nacional los desarmara; les confiscaron 96 corvos bien afilados. (“Esto me hizo pensar que eran peligrosos” —comentó escuetamente el gobernador). Los comunistas “perdieron” las elecciones y, por supuesto, esto los enardeció como nunca. El 4 de enero hubo disturbios en la finca Santa Rita, situado a 8 kilómetros al este de la ciudad. El gobernador envió tropas y guardias que rompieron la espina dorsal del movimiento, aunque también murieron dos soldados y un guardia nacional.

Sin embargo, se continuó propalando el rumor de un levantamiento inminente. Primero circuló la noticia de un plan para asaltar el cuartel de Ahuachapán el 12; cuando la fecha pasó sin incidentes, se rumoró que el ataque había sido pospuesto para el 24. A medida que crecía la sensación de amenaza, los propietarios más ricos de las fincas cercanas comenzaron a trasladarse a Ahuachapán. Se presentaban al cuartel donde se les daba una breve preparación militar y se les proveía de armas. Una parte de esta guardia cívica fue retenida en dicho cuartel, junto al contingente regular de tropas, unos 200 hombres que constituían el Sexto Regimiento de Infantería.

El cuartel de Ahuachapán era una estructura lóbrega, de aire medieval, situado en una colina en las afueras de la ciudad. Una sólida construcción de adobe con murallas almenadas y torres góticas de estrechas boquillas. La entrada era una formidable estructura de madera sólida reforzada con barras de hierro. En pocas palabras, un fortín que podía ser fácilmente defendido contra todo lo que no fuese artillería. Pero, de acuerdo al teniente Timoteo Flores, la guarnición no simpatizaba con el gobierno ya que había sido penetrada por la propaganda comunista, y generalmente los guardias cívicos eran demasiado novatos como para ser efectivos. El día antes del ataque, el capitán Vicente Hidalgo, comandante del destacamento

e ideológicas, junto con la creciente confrontación llevada a cabo por trabajadores y campesinos, obligaron a las élites a estar a la defensiva.

Al igual que en otros países latinoamericanos, los artesanos urbanos —conocidos como “obreristas”—, así como los estudiantes e intelectuales, desarrollaron fuertes críticas reformistas, que eran al mismo tiempo nacionalistas, unionistas (centroamericanistas), antiimperialistas y anticapitalistas. Los artesanos y obreros calificados constituían una parte importante de la población urbana de El Salvador, y por lo menos desde la década de 1880 desempeñaron un papel crítico en la política local y nacional, a menudo articulando demandas de reformas sociales y políticas.<sup>12</sup> Los obreros y los estudiantes también jugaron un papel relevante al vincular el nacionalismo y antiimperialismo con otras luchas relacionadas con salarios, alquileres, tarifas eléctricas, préstamos extranjeros y tarifas de ferrocarril más favorables.<sup>13</sup>

La intervención política, militar y económica de Estados Unidos en la región, también contribuyó significativamente al surgimiento de discursos y organizaciones reformistas y revolucionarias. Aún antes de la lucha armada de Sandino en contra de las fuerzas estadounidenses en Nicaragua, El Salvador se destacaba por su oposición a cualquier forma de intervención estadounidense en el istmo.<sup>14</sup> *La resistencia Modernization*, pp. 293-316; Alvarenga, Cultura y ética, cap. 7.

12 En la siguiente protesta de 1913 se observa un ejemplo de liberalismo radical obrerista: “En países democráticos como El Salvador, donde la igualdad borra los límites civiles entre los ciudadanos...es injusto que algunas tareas las realice una sola clase social...los trabajadores, aquellos que trabajan la tierra son los que siempre han respondido en el servicio...incluso algunos residentes europeos de aquí van a Europa a servir en la milicia.” Los obreros también demandaban que el gobierno creara un sistema de reclutamiento militar “sin distinción de clases sociales ni económicas.” El servicio militar obligatorio, 1913, AGN-Fondo Impresos. Ver más información sobre la participación de los intelectuales en movimientos pro-unionistas, antiimperialistas y reformistas en: Teresa García Giráldez, “El Unionismo y el Antiimperialismo en la Década de 1920,” Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002). En López, “Tradiciones inventadas” se presenta una discusión amplia del obrerismo.

13 Ver más sobre el “Obrerismo” en Nicaragua en Jeffrey L. Gould. *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990, caps. 1-3.

14 Casi la totalidad de la economía orientada a la exportación y las instituciones financieras de El Salvador estaban en manos de nacionales; esto facilitó el desarrollo del reformismo y el nacionalismo ya que los trabajadores, los artesanos, los pequeños burgueses y hasta algunos sectores de la burguesía agroindustrial coincidían, aunque brevemente, en un discurso de reforma que era posible gracias a la relativa ausencia de una fuerte influencia extranjera.



sobrevivientes, y el grueso de la población salvadoreña identificada como indígena, se ubicaban en el occidente.<sup>8</sup> Los antiguos conflictos sobre la tierra y el control político local contribuyeron en gran medida a su movilización.<sup>9</sup> Esa historia de la tensión étnica también ayudó de manera significativa a moldear la dimensión incuestionablemente racista de la represión.<sup>10</sup> Los estudiosos sostienen que el liderazgo indígena de las cofradías jugó un papel vital en el movimiento revolucionario, pero estuvo aunado a las tensiones, la ambigüedad y diferencia social implícita en su alianza con dirigentes izquierdistas que eran ladinos y urbanos.

### (...) El reformismo del sector medio y la radicalización de la década de 1920

Una creciente ola de sentimientos reformistas y antiimperialistas coartó la capacidad del Estado para responder a las movilizaciones de las clases trabajadoras urbanas y rurales ocurridas a finales de la década de 1920. De hecho, durante ese decenio una importante crítica a las estructuras políticas y económicas de El Salvador surgió entre los crecientes sectores urbanos de clase media.<sup>11</sup> Estas corrientes políticas the Military and the Rebellion of 1932 in Revista Historia N° 51-52, enero-diciembre 2005, pp. 287-355. /287 El Salvador». Journal of Latin American Studies 30, 1998, pp. 121-56; Erik Ching. «From Clientelism to Militarism: The State, Politics and Authoritarianism in El Salvador, 1840-1940». Tesis doctoral, Universidad de California, Santa Bárbara, 1997; Patricia Alvarenga. Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932. San José: EDUCA, 1996; Pérez Brignoli. «Indians, Communists, and Peasants.». Relatos anteriores enfatizan el papel de los indígenas: Anderson, Matanza...; McClintock, The American Connection...

8 Según las estadísticas oficiales para el periodo, Sonsonate contaba con el mayor porcentaje de su población clasificada como “indios” (35%), Ahuachapán — otro departamento envuelto en el levantamiento— contaba con un 26%. En 1920, el promedio de población indígena a nivel nacional era de un 20%.

9 Anderson, en su trabajo clásico de la revuelta, resalta este punto. Anderson, Matanza...

10 Recientemente, nuevos estudiosos de la historia salvadoreña han proporcionado nuevos argumentos y materiales sobre este periodo. Eric Ching y Virginia Tilley se refieren a la etnicidad, la política y el estado en las décadas de 1920 y 1930, argumentando que después de la represión, la etnia indígena no fue tan diezmada como lo describen algunos comentaristas. “Indians, the Military and the Rebellion of 1932 in El Salvador”. Journal of Latin American Studies 30, 1998, pp. 121-56. Se puede encontrar evidencia útil en: Harvey Levenstein. «Canada and the Suppression of the Salvadoran Revolution of 1932». Canadian Historical Review 62 (4), 1981, pp. 451-69 y McClintock, The American Connection.

11 Diferentes aspectos de estas corrientes se muestran en Jeffery M Paige. Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997; Luna, Manual; Dunkerley, Power in the Isthmus; Guidos Vejar, El Ascenso; Marroquín, “Estudio sobre la crisis;” Wilson, “The Crisis;” Burns, “The

de ametralladoras, fue arrestado por sus ideas extremistas<sup>7</sup>. En otro informe, el coronel Julio Calderón, que encabezó el tribunal militar en Ahuachapán después del levantamiento, sostuvo que el mayor Miguel Ángel Bolaños había considerado necesario desarmar y expulsar del cuartel a muchos miembros del regimiento. La mayoría de los que permanecieron eran miembros de la banda regimental.

La primera alarma parece haberse dado cerca de las 10.00 P.M. del 22. Algunos hombres se acercaron al cuartel y los guardas de la entrada dispararon al aire para asustarlos. El incidente dio la voz de alarma en el cuartel. Poco después, el telégrafo trajo noticias de combates en las vecindades de Sonsonate. Luego, a las 12.45 A.M., según el relato del teniente Flores, tres cohetes se elevaron sobre el campanario de la iglesia de San Francisco. Más tarde se supo que había sido una señal para que los rebeldes del barrio de San Antonio se unieran al cuerpo principal de rebeldes. El tan esperado ataque se efectuó finalmente a la 1.30 A.M. del 23 de enero. Unos 800 hombres, según cálculos sobre los hechos, llegaron de los cantones orientales y otros 600 llegaron de Atiquizaya y Turín, situadas al noreste. Probablemente estos cálculos sean exagerados, pero lo cierto es que fueron muchos los hombres que participaron. Llegaron hasta los muros del cuartel y trataron de abrirse paso por la puerta o las paredes con picos y barras. Fue una empresa inútil. Porque si el mayor Bolaños no tenía hombres bien entrenados, al menos disponía de buenas armas automáticas. Tomó una metralleta y asomándose por las ventanas lanzó una lluvia de fuego contra los atacantes. Huyeron, pero a las 2.15 hicieron un segundo intento. Nuevamente fueron recibidos por una cortina de plomo. Se replegaron. Una vez reagrupados se lanzaron por tercera vez contra las murallas del cuartel. Los soldados estaban asombrados ante la tenacidad de los asaltantes. Cada ataque fue acompañado de señales al estilo «chino», soplando cuernos o caracoles y golpeando entre sí las barras de hierro<sup>8</sup>. Finalmente desistieron y se retiraron, pero **La Prensa** aseguró el 26 que a las 5.00 P.M. del 23 habían hecho otro ataque.

Mientras el principal grupo de los rebeldes asaltaba el cuartel en infructuosas oleadas humanas, sufriendo graves pérdidas, un grupo

7 “Narración del teniente Flores”, en Pineda, “Tragedia comunista”, Diario de Hoy, 9 de febrero de 1967.

8 Méndez. Sucesos comunistas, pp. 117 - 19.



del barrio San Antonio se dirigió al centro de la ciudad que estaba aislada del cuartel y tenía poca defensa. Como a las 2 de la madrugada irrumpieron en la alcaldía y la destrozaron, pero al fracasar el asalto al cuartel se retiraron. En la ciudad no murió ningún burgués.

Sin embargo un grupo que se encaminaba en dirección a la finca San Juan de Conacaste, al suroeste de la ciudad, se encontró con un anciano altivo y digno, don Tobías Salazar, “una persona” -según Jorge Schlesinger- “estimada por su edad y su posición social”. A don Tobías le habían advertido que los comunistas estaban en Ahuachapán, pero consideró que a un anciano inofensivo como él no le pasaría nada. De hecho se confió, al igual que Redaelli, en que era un conocido filántropo y un amigo de los pobres.

La multitud rodeó el caballo en que cabalgaba y comenzó las depredaciones quitándole los zapatos. Luego fue desmontado y arrastrado entre la muchedumbre. Cuando pasaban por la finca de café de San Juan del Conacaste, se cansaron de irlo cargando y lo sacaron del camino, entre los cafetales maduros para el corte. Le cortaron las orejas y la nariz, y finalmente lo mataron de una puñalada en el corazón.

En el mismo lugar también fue muerto don Juan V. Germán. Francisco Romero cabalgó a advertirle, pero no lo pudo convencer de que huyera de su finca. Romero apenas si pudo escabullirse, cuando la multitud que había dado muerte a Salazar apareció y, ante los horrorizados ojos de su familia, dio muerte al señor Germán. El principal autor del crimen fue un hombre llamado Juan Ramos, sirviente de la familia que había sido compañero en la juventud de don Juan, y había estado con su amo en Guatemala mientras este proseguía sus estudios. Ramos dirigió a la turba y supervisó cómo le daban muerte a pedazos a su antiguo patrón<sup>9</sup>.

Una vez derrotado su intento de tomarse la capital departamental, los rebeldes temieron la llegada de refuerzos militares y abandonaron con premura la zona cercana de Ahuachapán. Se refugiaron en las arrugadas y escabrosas montañas que se encuentran entre esa ciudad y Tacuba. Este último pueblo, situado en uno de los más lejanos

9 Jorge Schlesinger, *Revolución comunista*, pp. 186 - 88; *La Prensa*, 6 de febrero de 1932.

Bosque (1927-1931) rompió con el continuismo oficial, permitiendo elecciones locales y presidenciales relativamente libres y democráticas. Como resultado de esta apertura política, el candidato presidencial reformista, Arturo Araujo, fue elegido presidente y gobernó cerca de nueve meses en 1931, en medio de una exacerbada crisis económica y el creciente desasosiego social y político en las zonas rurales. Las élites y sus aliados militares propusieron deponerlo, debido principalmente a su incapacidad de detener el creciente movimiento dominado por la izquierda en las zonas rurales, pero también por el caos administrativo que imperaba en su gobierno.<sup>4</sup> El papel del Partido Comunista Salvadoreño representa la tercera área de investigación.<sup>5</sup> Dentro de la izquierda, los debates a menudo se han centrado en el asunto de la línea política del PCS. Más recientemente, los estudiosos han cuestionado el grado real de influencia del PCS sobre el movimiento.<sup>6</sup> La cuarta tesis interpretativa, el contenido étnico de la revuelta, se relaciona con la tercera, en el sentido de que algunos eruditos subrayan el distanciamiento del PCS de los problemas y la cultura de las comunidades indígenas.<sup>7</sup> La mayoría de las comunidades indígenas

4 Para un análisis a profundidad sobre el régimen de Araujo y sus deficiencias, véase: Guido Vejar, *El Ascenso del Militarismo*.

5 Para análisis de la revuelta que enfatizan en la participación campesina, véase: Italo López Vallecillos. “La insurrección popular campesina de 1932”. *ABRA* 2 (13), junio 1976; Segundo Montes. “Levantamientos Campesinos en El Salvador”. *Realidad Económico-Social* 1 (1), 1988; (aunque en su obra Segundo Montes. *El compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador* [San Salvador: UCA Editores, 1979] enfatiza las relaciones étnicas); Segundo Montes. “El Campesinado Salvadoreño”. *Revista Española de Antropología Americana* 11, 1981, pp. 273-84; Mario Lungo. *La lucha de las masas en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1987; Mario Flores Macal. *Origen, desarrollo y crisis de las formas de dominación en El Salvador*. San José: SECASA, 1983; Douglas A. Kincaid. “Peasants Into Rebels: Community and Class in Rural El Salvador”. *Comparative Studies in Society and History* 29 (3), July 1987, pp. 466-94. En una obra más reciente, Paige (Jeffery M Paige. *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America* [Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997]) pone énfasis en la movilización de lo que él denomina el «pobretariado.»

6 Véase Rodolfo Cerdas Cruz. *La hoz y el machete: la Internacional Comunista: América Latina y la revolución en Centroamérica*. San José: EUNED, 1986; Rodolfo Cerdas Cruz. *Farabundo Martí, la internacional comunista y la insurrección salvadoreña de 1932*. San José: Centro de Investigación y adiestramiento político administrativo, 1982); Benedicto Juárez. “Debilidades del movimiento revolucionario de 1932 en El Salvador”. *ABRA* 2 (13), 1976; Aldo Lauria-Santiago. “Una Contribución Biográfica a la Historia del Partido Comunista Salvadoreño”. *Revista de Historia* 33, enero-junio 1996, pp. 157-83. Erik Ching. “In Search of the Party: The Communist Party, the Comintern, and the Peasant Rebellion of 1932 in El Salvador”. *The Americas* 55 (2), octubre 1998, pp. 204-39.

7 La producción historiográfica más reciente ha hecho énfasis en la participación de las comunidades indígenas: Erik Ching y Virginia Tilley. “Indians,

En el transcurso de los últimos setenta años se han esgrimido cuatro tesis predominantes respecto a la interpretación del movimiento y la masacre, orientadas hacia distintos aspectos de los acontecimientos. La primera tesis interpretativa se centra en las causas estructurales de la revuelta. A finales de 1927, tras seis años de crecimiento desmedido, los precios y el volumen de las exportaciones de café empezaron a decaer. Esta disminución se fue incrementando en el curso de los siguientes años, provocando un golpe devastador a la economía salvadoreña, que dependía en gran medida de los altos precios y volúmenes de la exportación de café. La región occidental resultó ser la más afectada del país, tornándose en el principal sitio de la rebelión.<sup>3</sup>

La segunda tesis de importancia se enfoca en el aspecto político. Una enorme crisis política se inició cuando el presidente Romero

Alejandro Luna y Jorge Arias Gómez. San Salvador: Editorial Universitaria, 1964; Alejandro Marroquín. "Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador". En: América Latina en los Años Treinta, Pablo González Casanova, ed. México: Siglo Veintiuno Editores, 1970; Michael McClintock. The American Connection: State Terror and Popular Resistance in El Salvador. Londres: Verso, 1985; Thomas Anderson. Matanza: The Communist Revolt of 1932. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971; Jorge Arias Gomez. Farabundo Martí. San José, 1972; Rafael Menjivar. Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982; Rodolfo Cerdas Cruz. La hoz y el machete: la Internacional Comunista: América Latina y la revolución en Centroamérica. San José: EUNED, 1986; Rafael Guidos Vejar. El ascenso del militarismo en El Salvador. San Salvador: UCA Editores, 1980; Leon Zamosc. "The Definition of a Socio-Economic Formation: El Salvador on the Eve of the Great World Economic Depression". Tesis de maestría, Universidad de Manchester, 1977; Alan Everett Wilson. "The Crisis of National Integration in El Salvador. 1919-1935". Tesis doctoral, Universidad de Stanford, 1969; Héctor Pérez Brignoli. «Indians, Communists, and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador,» eds. William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach. Coffee, Society, and Power in Latin America. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1995; Leon Zamosc. «Class Conflict in an Export Economy: The Social Roots of the Salvadoran Insurrection of 1932». En Sociology of «Developing Societies»: Central America, ed. Edelberto Torres Rivas. Nueva York: Monthly Review Press, 1988; James Dunkerley. Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America. Londres: Verso, 1988; Andrew Jones Ogilvie. «The Communist Revolt of El Salvador, 1932.» Tesis, Harvard College, 1970.

3 David Luna. Manual de historia económica de El Salvador. San Salvador, 1971; Víctor Bulmer-Thomas. The Political Economy of Central America Since 1920. Cambridge: Cambridge University Press, 1987; Dunkerley. Power in the Isthmus...; Edelberto Torres Rivas. Interpretación del desarrollo social centroamericano: Procesos y estructuras de una sociedad dependiente. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1981; Gerardo Iraheta Rosales, Vilma Dolores López Alas y María del Carmen Escobar Cornejo. "La crisis de 1929 y sus consecuencias en los años posteriores" La Universidad, No. 6 (1971), pp. 22-74, #755; Zamosc, "Class Conflict..." y Zamosc, "The Definition.;" Bradford Burns. "The Modernization of Underdevelopment: El Salvador, 1858-1931". Journal of Developing Areas 18 (3), (April 1984), pp. 293-316.

valles cerca de la frontera con Guatemala, había sido ocupado por los rebeldes al comenzar la insurrección. El grupo más prominente de los radicales de la localidad lo constituían los hermanos Cuenca, destacados ladinos. En aquellos momentos se encontraban todavía en Tacuba, Abel Antonio y su hermano adolescente Leopoldo. Efraín y Alfonso Cuenca también participaron en las luchas de Ahuachapán.

A Tacuba sólo la defendían 9 guardias nacionales bajo el mando del mayor Carlos Juárez. El pánico hizo presa de ellos cuando supieron que iba a haber una insurrección, y seis desertaron antes del combate. Impávidos, el mayor y dos oficiales sin comisión trataron de rechazar a los atacantes desde el local del puesto de guardia. Dispararon hasta quedarse sin municiones, mientras oleada tras oleada de campesinos enarbolando sus machetes se lanzaban contra el puesto. Finalmente, después de que los tres guardias habían sido gravemente heridos, el puesto fue arrasado. Los guardias fueron arrastrados fuera y rematados, después de lo cual se les mutilaron las "partes nobles" del cuerpo, y los rebeldes "*hicieron cosas tan obscenas que ningún mortal se atrevería a relatar*"<sup>10</sup>. Al mayor Juárez lo decapitaron formalmente.

Esta no fue la única resistencia que encontraron en Tacuba. El comandante local era el general Rafael Rivas, un viejo veterano que se había retirado a Tacuba; de pronto se encontró con que lo atacaban los rebeldes. Tenía una pistola y abrió fuego en el momento en que cedía la puerta. Según noticias periodísticas posteriores, antes de caer seriamente herido dio muerte a cuatro campesinos. Fue sacado a rastras de su residencia y, al igual que el mayor Juárez, tuvo que hincarse mientras le cortaban la cabeza de un machetazo. Luego la ataron a un palo y desfilaron por las calles del pueblo mostrándola como un trofeo. Más tarde, cuando los rebeldes fueron desalojados, la cabeza no se pudo encontrar, y se tuvo que enterrar el cuerpo descabezado del general. Es probable que algunos de los muchos cerdos que correteaban por las calles de Tacuba la hayan devorado.

El coronel Julio Calderón asegura que por lo menos otra persona fue asesinada en Tacuba, un anciano, "el padre de Angélica, de Fortín Magaña." La muchedumbre lo desnudó, le ató una soga al cuello y

10 La cita proviene de "Narr. del tnte. Flores", Diario de Hoy, 9 de febrero de 1967. Joaquín Méndez h., dice que el primer nombre del valiente mayor era Estanislao, en Sucesos comunistas, pp.128- 29.

le obligó a andar a rastras “con un feroz indio sobre los hombros.” Luego lo decapitaron<sup>11</sup>.

Tacuba permaneció en manos de los rebeldes más tiempo que ninguna otra población de importancia, ya que las fuerzas gubernamentales no llegaron sino hasta el 25 de enero. Por ello, los dirigentes del movimiento tuvieron más oportunidad de organizar un verdadero gobierno. El encargado de hacerlo fue Abel Cuenca, de veinte años, estudiante de la Universidad de Guatemala. Obligó a que los terratenientes hicieran numerosas concesiones a los rebeldes en materia de redistribución de la tierra y de una participación más justa de los campesinos en la riqueza de la región. Cuando comenzó tenía unos 1,800 hombres a su disposición, pero a medida que la insurrección iba fracasando en otras partes, el número de rebeldes de Tacuba se incrementó a 5.000. La alimentación se volvió un verdadero problema y se hicieron grandes esfuerzos para asegurar que su distribución fuera justa. Además, muchos aseguran que también evitó que se cometieran más atrocidades.

A pesar de todo lo que sucedió en Ahuachapán y Tacuba, la otra ciudad que la imaginación popular ha colocado junto a Juayúa como mártir de la rebelión ha sido Izalco. En aquella época. Izalco era el poblado más indígena de El Salvador. Se encuentra situado a sólo 8 millas de la cabecera departamental de Sonsonate, al lado de la carretera que conduce a San Salvador. Desviándose hacia el norte de dicha carretera, se sube por una pronunciada colina sobre la calle principal del pueblo. En la cúspide de la subida se encuentra la iglesia parroquial de la Asunción, la parroquia indígena de Izalco. Aislada de la iglesia propiamente dicha se encuentra un campanario, que tiene gran cantidad de campanas que se supone fueron regaladas por Carlos V. en el siglo XVI. Mirando desde Asunción, se puede apreciar en la lejanía el océano. Frente a la iglesia hay una plaza y al otro lado, la alcaldía. Más arriba sobre la misma calle central, con el volcán asomándose por sobre su hombro derecho, está la iglesia parroquial de Dolores. Frente a la iglesia de los ladinos hay otro parquecito con un viejo quiosco, y al otro lado, en un edificio ruinoso, la comandancia. Al norte del pueblo, ya sobre las faldas del Izalco, comienzan las fincas de café. En la actualidad el pueblo, como cualquier otro de alguna importancia

<sup>11</sup> Julio Calderón, “Memorial histórico”, p. 3. Esta es la única mención de tal incidente.

## HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA MOVILIZACIÓN RURAL SALVADOREÑA, 1929-1931

Por Aldo Lauria Santiago y Jeffrey L. Gould

¡Quien mandará aquí será el cambio!

Dicho campesino, 1931

Los hechos fundamentales del levantamiento ocurrido en enero de 1932 son bien conocidos y en general indisputables. Miles de trabajadores y campesinos de un sinnúmero de municipalidades de las regiones central y occidental de El Salvador se sublevaron en la noche del 22 de enero y tomaron varios poblados en los departamentos de Sonsonate y Ahuachapán.<sup>1</sup> El Partido Comunista Salvadoreño (PCS) había planeado la insurrección tan solo dos semanas antes, pero para cuando la revuelta empezó, sus principales colaboradores en el ejército y muchos de sus dirigentes ya habían muerto o se encontraban en prisión. La respuesta de las élites de la región, así como la del gobierno central, fue rápida y brutal. El ejército tomó nuevamente todos los poblados en un plazo de tres a cinco días, y durante el siguiente mes las fuerzas gubernamentales y las milicias civiles asesinaron a miles de campesinos y obreros, particularmente en las áreas de mayor población indígena del occidente.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> A lo largo de este artículo utilizaremos el término occidente en referencia a los departamentos de Ahuachapán, Santa Ana, Sonsonate, La Libertad y San Salvador.

<sup>2</sup> Las contribuciones más importantes en el análisis de la revuelta y sus orígenes son: Mario Salazar Valiente, David Alejandro Luna y Jorge Arias Gómez. El Proceso Político Centroamericano: Ponencias de Mario Salazar Valiente, David

en El Salvador, tiene un servicio de buses, frecuente aunque poco puntual. Los viejos y destantalados vehículos parecen conducidos por pilotos Kamakazi frustrados. En aquellos días, la carretera hacia Izalco era de tierra, y el lazo más inmediato que comunicaba con el mundo exterior, además del telégrafo, era un tranvía tirado por muías que corría paralelo a la carretera para Sonsonate.

Los dirigentes radicales de Izalco eran José Feliciano Ama, el cacique de la comunidad indígena, Eusebio Chávez, un carpintero ladino y su hijo Leopoldo. La familia Chávez era “evangélica” y muy respetada en la comunidad. Debido a la agitación que durante casi un año había sacudido a los indígenas, los habitantes de Barrio Dolores tenían certeza acerca del advenimiento de la revolución. Ya en diciembre comenzaron a formar una guardia cívica en la comunidad no indígena, pero la carencia de armas y dirección los hacía poco efectivos.

Como resultado de las elecciones de enero, a Rafael Carias Valdés lo sucedió como alcalde un joven animoso llamado Miguel Cali. A medida que se aproximaba el 22. Cali se sintió más y más alarmado. La mañana de ese día viajó a Sonsonate a suplicarle al comandante local de la guardia que restituyera en su puesto a los guardias de Izalco, los cuales habían sido retirados unos días atrás al recibir la guardia orden de reagruparse y concentrarse. Sin embargo, no le prestaron atención y por la tarde regresó al pueblo. Por la noche estaba invitado a cenar con Rafael Castro Cárcamo en celebración de su victoria electoral. Después de la cena, los dos hombres se quedaron hablando en la calle de Barrio Asunción, como a tres cuadras al oeste de la iglesia parroquial, cuando notaron que un grupo de hombres se les acercaban. A medida que la muchedumbre se fue acercando en la oscuridad, pudieron notar que eran indígenas y que estaban armados con machetes. La multitud, dirigida por el propio cacique, rodeó a los dos hombres. Durante unos instantes hubo una incómoda confrontación. Luego, los rebeldes de espíritu más fuerte avanzaron con sus machetes alzados y, a una señal, comenzaron a machetear a los dos ladinos, que trataron de defenderse con las manos. En dos o tres minutos todo había terminado. El gentío retrocedió horrorizado de lo que había hecho. Dejó a los cuerpos palpitantes a un lado y se dirigió a Asunción.

## ***HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA MOVILIZACIÓN RURAL SALVADOREÑA, 1929-1931***

**Por Aldo Lauria  
Santiago y Jeffrey L.  
Gould**

Según sus propias declaraciones, Alfonso Díaz Barrientos salió de su casa situada en las cercanías y, auxiliado por algunos vecinos, arrastró a Miguel Gall y Rafael Castro adentro. El primero murió casi instantáneamente. Pero don Rafael, cuidado por los familiares de Alfonso Días, sobrevivió a la rebelión y murió varias semanas después en un hospital de Sonsonate. Se arregló un sepelio temporal para el cuerpo de Miguel Cali, en el vecino jardín de Juan Hocking, ya que en aquellos momentos era imposible salir a la calle. Desenfrenados campesinos recorrían las calles de Izalco, especialmente en el Barrio Dolores, irrumpiendo en tiendas, cantinas y farmacias. Con una Victrola que le robaron a Francisco Álvarez, empezaron a poner música y a bailar salvaje y frenéticamente, emborrachados con el licor sacado del almacén de los hermanos Llorca. El padre Castillo, párroco de Asunción, que tenía mucho prestigio entre su rebaño, trató de persuadirlos que moderaran su conducta, y hacia el amanecer estaban más quietos. A pesar de los esfuerzos de Ama y Eusebio Chávez, poca fue la labor revolucionaria y constructiva que se pudo hacer, y la mayor parte del tiempo que los rebeldes estuvieron en Izalco, lo gastaron en el pillaje. Parece ser que el saqueo, y no las violaciones o los asesinatos, fueron la regla de comportamiento en Izalco como en otros lugares.

El pueblo no estaba completamente pacificado. Díaz Barrientos tenía dos o tres rifles, se subió con ellos al techo de una casa vecina, y desde allí obligó a los rebeldes a que no se acercaran a su cuadra, disparando sobre cualquiera que se asomara. Permaneció en el techo durante tres días, auxiliado a veces por un misterioso hombre que nunca había visto antes, que llegó una noche, vestido “como carpintero”, y le ayudó a practicar la puntería. El hombre se escurrió nuevamente antes de que llegaran las tropas y nadie supo jamás su nombre<sup>12</sup>.

Muchos otros ciudadanos importantes se vieron obligados a esconderse en sótanos y áticos para escapar de las turbas. Más tarde, algunos de ellos lograron salir del pueblo protegidos por la oscuridad de la noche, y se escondieron en los montes cercanos hasta que el gobierno recapturó el pueblo el 25 de enero. El 23 el gobierno envió un avión que bombardeó la población. Los proyectiles cayeron en una zona que ya estaba parcialmente quemada, aumentando la destrucción

<sup>12</sup> El testimonio de Alfonso Díaz Barrientos fue grabado por mis colegas Ernesto Sol Trujillo y Andrew J. Ogilvie.

más en común entre ellos mismos que con un obrero industrial de Nueva York o Manchester. Al parecer, sus diferencias determinaron las formas particulares en que percibieron su condición social y los méritos del partido comunista local. Los historiadores de los movimientos obreros le están prestando más atención a las variables locales, como comunidad y etnia, y se están centrando en los aspectos culturales, más que institucionales, en las vidas y las movilizaciones de los pueblos. El caso de la rebelión de 1932, en El Salvador, sugiere que esas líneas de investigación no son solo correctas, sino indispensables.



del PCS en occidente, fue la contradicción entre su ideología y la realidad social de las zonas rurales. El partido rechazó la pequeña propiedad e ignoró a los indígenas, en tanto que las masas del agro occidental eran campesinos indígenas principalmente.

Cuando se compara con otros movimientos comunistas de comienzos del siglo XX, en Mesoamérica, el fracaso del PCS en establecer vínculos duraderos con las zonas rurales no fue una constante. En México, por ejemplo, el PCM trabajó afanosamente en la región de La Laguna, a mediados de la década de 1930 y forjó, de acuerdo con el historiador Barry Carr, una alianza “obrero-campesina”<sup>123</sup>. Cuba, por su parte, ofrece un ejemplo contrario. El Partido Comunista Cubano (PCC) tuvo una presencia dispareja en las regiones azucareras del centro y oriente del país. Esto se evidenció con claridad durante la movilización intempestiva de mediados de 1933, cuando los obreros del azúcar se tomaron varias decenas de ingenios y haciendas azucareras. Los activistas y las consignas del comunismo estuvieron presentes durante las ocupaciones, y los dirigentes locales a menudo superaron a los cuadros del partido en la conducción de los acontecimientos<sup>124</sup>. Otro ejemplo contrastante es Costa Rica, donde el partido comunista (PC de CR) jugó un papel central en la organización de los trabajadores de las bananeras de la Costa Atlántica, durante la huelga en contra de la United Fruit Company, en 1934. A pesar de la movilización exitosa de miles de trabajadores, el partido no pudo unir a los obreros mestizos y afrocaribeños bajo la bandera de una causa común<sup>125</sup>.

Estos ejemplos destacan los resultados diversos de los esfuerzos organizativos de los comunistas, a comienzos de la década de 1930. Un cortador de café, en el occidente salvadoreño; un obrero de los algodones, de La Laguna; un cortador de caña, en Cuba oriental; y un obrero de las bananeras, en la Costa Atlántica de Costa Rica tenían

123 Carr, *Marxism*, capítulo 3

124 Barry Carr, “Mill Occupation and Soviets: The Mobilization of Sugar Workers in Cuba, 1917-1933”, *Journal of Latin American Studies* 28 (1996), pp. 129-58; “Identity, Class and Nation: Black Immigrant Workers, Cuban Communism and the Sugar Industry, 1925-1934”, *Hispanic American Historical Review* 78:1 (1998); y “From Caribbean Backwater to Revolutionary Opportunity: Cuba’s Evolving Relationship with the Comintern, 1925-1934”, en Tim Rees (Ed.), *International Communism and the Communist International* (Manchester: MVP, 1998).

125 Philippe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1989); y Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996), capítulo 9.

y produciendo mayor pánico, no sólo entre los rebeldes, sino también entre los habitantes de la ciudad. El resplandor de los incendios que se desataron en Izalco se podía ver claramente desde Sonsonate, y todo el mundo sabía que sólo era cuestión de tiempo hasta que la cabecera departamental fuera atacada.

## EL ATAQUE A SONSONATE Y LA REPRESIÓN

Sonsonate estaba en el centro del huracán. En todos los alrededores de la ciudad los rebeldes habían obtenido victorias, pero para controlar los departamentos occidentales de El Salvador era absolutamente necesario capturar esa cabecera. Por aquellos años, Sonsonate era una de las ciudades más florecientes del país. Aunque era el principal centro comercial para toda la región cafetalera situada al sur del volcán, la zona inmediata alrededor de la ciudad era demasiado baja y demasiado caliente para el cultivo del café. En el valle de Sonsonate crecían árboles de coco y frutas tropicales, y grandes sectores estaban (y están) dedicados al pastoreo. La propia ciudad era notable por la elegancia de su arquitectura. Eran comunes las arcadas y las barandas, para aplacar el bochornoso calor del sol sonsonateco, que muchas veces elevaba la temperatura en julio y agosto a más de 100 grados F. (30 grados C.). No era, pues, aquella ciudad un villorrio adormitado, sino un centro de 20.000 almas, con ricos almacenes y tiendas que parecían esperar con las puertas abiertas la llegada de los rebeldes.

Desde el momento en que se anunció la captura de Martí, la población había vivido en terror permanente. Había amplia evidencia acerca de lo que estaba sucediendo en los alrededores de la ciudad, pero las tropas de la guarnición departamental, el Octavo de Infantería, parecían no preocuparse de ello. La gente comenzó a creer en el rumor de que estaban infiltrados por los comunistas. Ni un piquete de soldados rondaba la ciudad<sup>13</sup>.

Según el mayor Castillo, oficial de la Guardia Nacional, en la

13 Pineda, "Tragedia comunista", Diario de Hoy, 20 de enero de 1967.

matizado de la estructura y el funcionamiento de la sociedad indígena, así como de su historia de actividad política. Por todo lo que se sabe, esto era precisamente lo que le faltaba a la FRTS, el PCS y el SRI.

### Conclusión

La rebelión de 1932 en El Salvador muestra semejanzas con la historia del levantamiento indígena en Estados Unidos, la del pueblo algonquiano contra los británicos, en el valle del río Ohio, en 1763. Los investigadores trataron de identificar a un líder, alguien a quien asignarle el papel de *agent pro-vocateur* y símbolo de todas las aspiraciones de los rebeldes. Se fijaron en la figura de un indígena llamado Pontiac. Las investigaciones más recientes sugieren que el tradicional énfasis en la figura de Pontiac ignora la complejidad del acontecimiento. El levantamiento no fue una sola rebelión, inspirada desde un centro y dirigida por una sola persona, sino "un conjunto de rebeliones separadas y débilmente vinculadas" de pueblos dispares a todo lo largo del río Ohio. Las semejanzas con la rebelión de 1932 son evidentes, en el sentido de que los análisis se han centrado en un individuo, Martí, o en alguna organización, como el PCS o el SRI<sup>122</sup>.

El desenlace precipitado de los acontecimientos en El Salvador, en enero de 1932, obligó a muchas personas a tomar decisiones difíciles y potencialmente mortales. Los miembros del PCS tuvieron que determinar qué era lo más conveniente para su organización y decidir si ellos, como individuos, estaban dispuestos a convertir su retórica en praxis, en especial por una causa que muchos pensaban que estaba condenada al fracaso. No obstante la fortaleza personal que se requirió para unirse a la rebelión, los miembros del PCS fueron actores periféricos. Al cabo de seis meses previos de actividad organizativa poco sistemática en el agro occidental, no habían logrado establecer sino pocos vínculos duraderos con los campesinos. La rebelión fue ideada y organizada, más bien, por habitantes del occidente y, a pesar de la evidencia limitada, parece que una de las fuerzas principales que la impulsó fue el conflicto de origen étnico, en torno al gobierno municipal. Una de las razones principales del poco éxito organizativo

122 Richard White, *Indians, Empires and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815* (Cambridge: Cambridge University Press, 1991 [1995]), P- 271.

encabezada por Francisco Brito, mientras que Pablo Cruz estaba al frente de la planilla indígena. Cuando llegó la hora de votar, los ladinos tomaron el control del sitio de votación y permitieron que los indígenas entraran, pero asentaron sus votos a favor de Brito. Los indígenas exigieron anulación. Enviaron su primera solicitud al gobernador de Sonsonate, el 16 de enero. Los indígenas sabían que los procedimientos de anulación tomaban, por lo general, dos meses, y que las decisiones rara vez llegaban antes de cuatro meses; pero ellos querían resultados inmediatos. Así que, cuatro días más tarde, el 20 de enero, enviaron otra carta a Sonsonate. Una tercera petición llegó al día siguiente. Decía que la inacción tendría graves consecuencias: “Ciertamente por un olvido involuntario se invirtió fechas en ese memorial, pero ello no es óbice para que el recurso se deniegue en cuanto que aún verbalmente puede tramitarse un curso de esta naturaleza cuanto que es un asunto de orden político social”<sup>120</sup>. No se recibió respuesta y, al día siguiente, Nahuizalco fue tomado por campesinos armados.

Existe evidencia de que los indígenas de Izalco también estaban activos en el proceso político de la región. Después de las elecciones de diciembre de 1929, Feliciano Ama envió al gobierno una solicitud de anulación en la que acusaba a los candidatos ladinos, recientemente victoriosos, de irregularidades electorales. Sin embargo, el gobierno rechazó la solicitud<sup>121</sup>.

La evidencia de Nahuizalco es incompleta, pero muy sugerente. Si bien es cierto que no identifica a los insurgentes ni los detalles de la rebelión, sí revela una larga historia de conflicto político intenso entre indígenas y ladinos que culminó en enero de 1932. La impaciencia indudable de los indígenas ante su última solicitud de anulación confirma la rapidez con la cual se estaban desarrollando los acontecimientos. Esta evidencia, combinada con nuestros conocimientos previos acerca de la contracción económica y la reducción de salarios producto de la Gran Depresión, ofrece explicaciones convincentes de las causas tanto inmediatas como de largo plazo de la rebelión. La evidencia revela, al menos, la movilización autónoma de los indígenas y su capacidad para identificar objetivos políticos y luchar por ellos de manera incansable. Un extraño que se propusiera establecer vínculos con la comunidad indígena de Nahuizalco necesitaría un conocimiento detallado y

120 Nulo, enero de 1932, Nahuizalco, AGN, CN, caja No. 9.

121 Nulo, diciembre de 1929, Izalco, AGN, CN, caja No. 7.

primera hora de la madrugada del 23 se recibió una llamada de Izalco, diciendo que el pueblo se encontraba amenazado por los rojos. En verdad, a esa hora, Izalco ya había caído en poder de ellos. En vista de lo anterior, el comandante departamental, coronel Ernesto Bará, le ordenó al mayor Mariano Molina que organizara una brigada de rescate entre los miembros del Sexto Regimiento, para la mañana siguiente.

El antiguo cuartel de Sonsonate se hallaba en el extremo sureste de la ciudad, al lado de la carretera principal de Izalco a Acajutla, y al lado también de la vía férrea, aproximadamente a la altura en que la carretera que viene de Nahuilingo la cruza y empalma con la principal calle oriente-poniente de Sonsonate. A corta distancia de él había un puesto de la policía de aduana, que contaba con 11 hombres bien armados. También había un puesto de guardia en la ciudad, algunos policías de línea (hoy policías nacionales), y policías locales.

Antes del amanecer, Molina hizo que sus soldados desfilaran en la plaza ante el cuartel, y comenzó el decomiso de vehículos (automóviles y camiones) para el supuesto viaje de Izalco. Envío un carro camino adelante, con el fin de buscar vehículos que fueran en esa dirección. Sin embargo, este carro se encontró de golpe ante una gran muchedumbre de rebeldes que venían en dirección de Sonsonate. El chofer y los otros ocupantes lo abandonaron y huyeron a pie ante la turba, que decomisó el vehículo y lo llenó con su propia gente. Tan pronto como el destacamento de soldados llegó a la plaza, se divisó la turba. Los soldados rompieron filas y formaron una desigual línea de escaramuza, disparando sobre la multitud de indígenas que blandían sus machetes. Pero el impulso de asalto fue tan fuerte que, a pesar de que por todos lados caían hombres, los rojos penetraron en la plaza. Se inició una enconada lucha cuerpo a cuerpo, de bayonetas y culatas de fusil contra machetes. En la plaza había unos 50 soldados y fácilmente unos 500 rebeldes. Estos últimos obligaron a los soldados a huir de la plaza y refugiarse en el cuartel, que como en casos anteriores era una fortaleza de tipo medieval, desde donde los soldados podían disparar con mayor facilidad sobre sus oponentes. Algunos campesinos lograron penetrar el portón pero fueron eliminados sin problema. Sobre promontorios de muertos y heridos los rebeldes lanzaron asalto tras asalto contra las puertas y las ventanas de la estructura, siendo una y otra vez rechazados por los rifles y un par de ametralladoras. El

coronel Bará en persona dirigió la defensa, a pesar de estar herido de un machetazo en la mano.

Antes de llegar al cuartel el populacho había irrumpido en la aduana tomando completamente por sorpresa a la policía. En la oscuridad del recinto hubo una sangrienta lucha. El cabo Gregorio Peñate y cuatro subalternos murieron despedazados; el oficial en comando de la tropa, Mariano Guzmán, el cabo Francisco Martínez y cuatro sargentos lograron escapar con vida, aunque sufrieron heridas antes de poder hacerlo. Los cadáveres de los muertos fueron sacados del edificio y como en otras ocasiones se les ultrajo bárbaramente. La turba capturó un depósito de armas en el edificio y las utilizó, sin ninguna efectividad, contra el cuartel militar y puesto de guardias. Un pequeño grupo de rebeldes, más inclinado al pillaje que al combate, bajó corriendo la calle del cuartel y cruzó el río Grande de Sonsonate, penetrando hasta la plaza central de la ciudad. Allí rompieron las puertas de un par de tiendas y les dieron fuego, pero no se produjo el saqueo general de la ciudad, pues al poco rato el poder de fuego superior de las tropas, la guardia y la policía empezó a decidir la situación. Los soldados salieron del cuartel persiguiendo a sus enemigos que huían, mientras unidades de la policía limpiaban el centro de saqueadores. Los invasores se retiraron dejando gran cantidad de muertos y heridos, de tal manera que ya para las 10 A.M. todo había terminado.

Los rebeldes tuvieron entre 50 y 70 muertos. Las pérdidas gubernamentales además de los policías de aduana, incluyeron 4 guardias muertos y 4 heridos, uno de los cuales murió posteriormente de sus lesiones; 1 soldado del Octavo Regimiento muerto y varios heridos, entre ellos tres oficiales; también murieron dos choferes civiles<sup>14</sup>.

Aunque las fuerzas rebeldes fueron expulsadas de Sonsonate por las tropas, se alojaron con relativa seguridad en Sonzacate, a sólo 2 millas de la cabecera departamental sobre la carretera hacia Izalco. Este pueblo se convirtió en un bastión comunista. La figura más destacada entre los rebeldes de ese lugar fue una mujer conocida como Camarada Julia, o “Julis la Roja”. El 23 habían en aquel lugar unos 5.000 rebeldes reunidos, sin decidirse entre intentar un nuevo ataque contra

<sup>14</sup> Méndez, Sucesos comunistas, pp. 11 - 12. Las pérdidas gubernamentales aparecieron en La Prenda del 26 de enero de 1932.

de su éxito inicial en 1927. Los ladinos manejaban un poder en desproporción a su número, tenían acceso a recursos financieros considerables y controlaban la policía municipal. También tenían otros elementos a su favor. El gobierno de Romero, si bien era favorable a los ideales democráticos, se encontraba lejos de las complejidades locales de Nahuizalco. Las autoridades del gobierno eran presas fáciles y quizá compartían las mismas actitudes estereotipadas sobre los indígenas que los ladinos de Nahuizalco esgrimían en sus denuncias. Es posible que semejantes influencias convencieran con facilidad a cualquiera de que Mendoza era un borracho, independientemente de que ingiriera alcohol o no.

El gobierno de Romero también se enfrentaba a un torrente de solicitudes de anulación que recibía de todo el país. Los funcionarios del gobierno no tenían tiempo ni recursos para efectuar investigaciones adecuadas y, en situaciones críticas, les resultaba más fácil identificarse con el *statu quo* que, en el caso de Nahuizalco, después de 1926, significó alinearse con los ladinos. Hubo un caso excepcional, y es que el desconocimiento del gobierno obró a favor de los indígenas. En las elecciones de diciembre de 1929, los ladinos ganaron en un inicio, y en una irónica inversión de roles, los indígenas acusaron de embriaguez al ganador, Rodolfo Brito, y exigieron la anulación de las elecciones. El gobierno, a su vez, despachó al vicegobernador departamental, quien, recargado como estaba de trabajo, dejó de lado toda pretensión de descubrir la condición real de Brito. Entonces, falló a favor de los indígenas simplemente porque “es el caso de resolver conforme a los dichos del mayor número”<sup>119</sup>. Esta extraña forma de democracia rara vez favorecía a los indígenas. Cuando se aproximaban las elecciones de enero de 1932, se les acababa la paciencia.

Las elecciones municipales que se realizaron en enero de 1932 habían sido pospuestas desde su fecha original, en diciembre de 1931, debido a los acontecimientos políticos suscitados a nivel nacional, en especial el golpe de Estado que llevó al general Martínez al poder. El momento no era propicio porque, en toda la región de occidente, las comunidades indígenas y campesinas se estaban movilizandando para la insurrección, y el día de las elecciones casi coincidía con el día previsto para comenzar el levantamiento. La planilla de los ladinos estaba

<sup>119</sup> Nulo, diciembre de 1929, Nahuizalco, AGN, CN, caja No. 7.

Cuando Pío Romero Bosque asumió la presidencia en 1927, los indígenas tuvieron la oportunidad de retomar el control del concejo municipal de una vez por todas. A partir de la insistencia de Romero de respetar los procedimientos democráticos, y en virtud de su abrumadora mayoría, los indígenas debieron haber gozado de una gran ventaja. Efectivamente, ganaron las elecciones de diciembre de 1927, pero la camarilla de Brito exigió su anulación porque el indígena vencedor, Pedro Mendoza, era analfabeta y, por lo tanto, no estaba calificado para ocupar un cargo público. El gobierno de Romero investigó y falló a favor de Brito, a pesar de los consejos del comandante del departamento de Sonsonate, en el sentido de que *“le conviene tener contentos a más de cuatro mil indios y no a cuatro ladinos —que la Alcaldía les ha servido para estafarle a esa pobre gente— cuando he necesitado gente en este cuartel jamás se ha presentado ninguno de esos ladinos que toda la vida han sido los trastornadores del orden público en aquella población”*<sup>116</sup>.

Durante los siguientes cuatro años, Nahuizalco se convirtió en un hervidero de conflicto político. El grupo en el poder era acosado en forma constante por las denuncias y demandas de anulación del otro<sup>117</sup>. Una de las solicitudes presentada por Brito acusaba a Pedro Mendoza, para entonces miembro del concejo municipal —no obstante su supuesto analfabetismo—, de embriaguez, otra acusación que lo podría descalificar para ocupar un cargo público. Mendoza respondió que la acusación de Brito era producto de su rencor por haber perdido las últimas elecciones<sup>118</sup>. El gobierno falló en contra de Mendoza.

Las esperanzas que despertaron las reformas de Romero chocaron contra la realidad de las relaciones de poder en Nahuizalco. A excepción de un solo caso en 1929, los indígenas fracasaron en sus intentos de retomar el control del gobierno municipal, después

paz, y agrega el siguiente comentario acerca de Brito: “comete tantas venalidades y abusos que es para los pobres, indígenas, una pesadilla”. La carta también expone que Contreras y Brito se las arreglaban para que solo sus amigos y familiares fueran nombrados al cuerpo de policía.

116 Nulo, diciembre de 1927, Nahuizalco, AGN, CN, caja No. 5.

117 Por ejemplo, entre diciembre de 1929 y enero de 1932, se presentaron cinco solicitudes de anulación desde Nahuizalco. Las fechas correspondientes son: diciembre de 1929, agosto de 1930, septiembre de 1930; diciembre de 1930; y enero de 1932. Véase AGN, CN, cajas No. 7 y 9.

118 Solicitud de anulación de Pedro Mendoza en su capacidad de regidor, 9 de septiembre, 1930, Nahuizalco, AGN, CN, caja No. 7.

Sonsonate, o esperar la llegada de las tropas gubernamentales<sup>15</sup>.

Después de que Sonsonate fue asegurado, el coronel Bará ordenó que una fuerza de reconocimiento bajo la dirección del coronel Tito Calvo explorara en dirección a Izalco. La unidad, compuesta en su mayoría por guardias nacionales, chocó con el grueso de las fuerzas rojas estacionadas en Sonzacate, y trabó fiero combate con ellas. El teniente Francisco Platero, que dirigía la ametralladora, y varios soldados más murieron, así como un buen número de enemigos. Las tropas se vieron obligadas a retirarse, llevándose sus muertos y heridos<sup>16</sup>.

Naturalmente, todos estos sucesos habían alarmado al gobierno del general H. Martínez. Tan pronto como se supo en la capital que había estallado la insurrección, el dictador nombró al general José Tomás Calderón encargado de sofocar a los revoltosos. Era el mismo militar que había visitado Sonsonate en mayo del año anterior, informando al gobierno de Araujo sobre la situación en los departamentos de la zona occidental. Mientras Calderón organizaba sus fuerzas para atacar a los rebeldes, se hizo un llamamiento a los ciudadanos civiles para que formaran guardias cívicas, unidades locales de defensa de la zona, en toda la parte occidental del país. En todos los pueblos que no controlaban los comunistas, surgieron grupos con esa finalidad. En Ahuachapán y Santa Ana, y otros cuantos lugares, las guardias cívicas estaban en proceso de formación desde el mes de diciembre. El coronel José Ascencio Menéndez recuerda que días antes de que estallara la insurrección, había sido enviado a Santa Ana a platicar con los caficultores de la zona en un intento por organizarlos.

En las ciudades más grandes como San Salvador, Santa Ana, etc., las guardias cívicas crecieron enormemente después de que estalló la rebelión. Su composición variaba. En algunos lugares se dice que las unidades estaban compuestas principalmente de señoritos, mientras que en los lugares más grandes se nutrían mayormente de pequeños tenderos y artesanos prominentes. En general, en las guardias cívicas estaban representadas todas las clases que tenían algo que perder con el triunfo de la revolución. El equipo y uniforme de estos grupos fue muy heterogéneo. Cada hombre tenía que suministrar su propio

15 Méndez. Sucesos comunistas, p. 10.

16 Pineda, “Tragedia comunista”. Diario de Hov, 28 de enero de 1967.



uniforme, y algunas veces hasta su propia arma. En la mayor parte de las fotografías que he visto de ellos parecen estar disfrazados para actuar en una película de aventuras en la selva, con pantalones de montar, botas altas, camisas de cuello abierto y cascos de explorador o sombreros de vaquero.

Fuera del hecho de que relevaron a unidades militares en la vigilancia de zonas bajo control, los cívicos jugaron un papel muy secundario en la lucha. La leyenda les atribuye gran parte de las matanzas que siguieron a la rebelión, pero las personas más reflexivas consideran que quienes probablemente las ejecutaron fueron los guardias nacionales. Un aspecto interesante de las guardias cívicas fue que, al solo terminar la represión, se convirtieron más en algo así como hermandades religiosas; organizando misas, procesiones y bendiciones lo mismo que desfiles militares. En alguna medida estos grupos se asemejaban a las unidades fascistas que surgieron durante la época de Mussolini, y qué prefiguraron a los falangistas que después nacieron en España, haciendo énfasis de Dios, la patria, la familia y el orden. También es interesante notar a ésta respecto que durante los primeros momentos de histeria que siguieron a las noticias de la rebelión, en **La Prensa** del 27 y especialmente del 28 de enero, se hacen unos llamamientos a la instauración de un gobierno más o menos fascista.

Una vez organizadas las guardias cívicas las fuerzas del gobierno salieron de San Salvador y Santa Tecla para recapturar la zona alrededor de Colón y limpiar de rebeldes el departamento de La Libertad. Al mismo tiempo, los cuarteles Je Sonsonate y Ahuachapán, que prácticamente se encontraban sitiados, empezaron a contratacar. El coronel Marcelino Galdámez fue encargado de una segunda expedición desde Sonsonate. Después de escuchar el informe sobre la derrota del coronel Calvo, Galdámez partió en la mañana del domingo, 24 de enero. Esta vez las tropas gubernamentales ocuparon a Sonzacate sin pelea. El pueblo estaba en llamas pues los rebeldes le habían dado fuego a unos depósitos de petróleo que habían en el lugar.

Desde Sonzacate la expedición partió, en camiones militares y vehículos particulares, en dirección a Izalco. Otra columna convergía sobre el mismo lugar proviniendo de Colón, de manera que las fuerzas enemigas iban a quedar atrapadas entre ellas. En lugar de tomar de

comunes entre los indígenas de la región. Desafortunadamente, ninguno de los nombres aparece en documentos que permitan corroborar su origen y rastrear las lealtades étnicas o políticas. Lo cierto es que ninguno de ellos pertenecía a familias ladinas conocidas. Si este fue un ejemplo de alianza interétnica, parece haber sido un caso aislado, porque en las elecciones siguientes el enfrentamiento se perfiló en términos estrictamente étnicos.

El resultado de la siguiente elección no se conoce, pero, en 1905, los ladinos ganaron de nuevo. Diversos miembros de las familias Valdés y Brito controlaron el directorio, y Sebastián Valdés fue electo alcalde<sup>112</sup>. Los resultados de las siguientes dieciocho elecciones no se conocen, pero parece que los indígenas se agenciaron algunas victorias. Por ejemplo, un testigo de la localidad explicó que *“En esta Villa, compuesta en su gran mayoría de indígenas, el Municipio ha estado casi siempre a cargo de éstos”*<sup>113</sup>. Se sabe con seguridad que los indígenas ganaron una elección muy reñida en 1923. En esa fecha, los ladinos estaban liderados por Rodolfo Brito, heredero del imperio político de Eduardo, y Antonio Contreras, su sobrino. Los dos convencieron a los integrantes del puesto cercano de la Guardia Nacional que impidieran el acceso de los indígenas al puesto de votación, para asegurar que Contreras fuera electo alcalde<sup>114</sup>. Sin embargo, los indígenas lograron anular la victoria de Contreras. Después, las facciones de indígenas y ladinos se movieron en forma constante para obtener la mejor posición política y desplazar al contrario en el poder. Un documento con fecha de septiembre de 1926 revela que el alcalde era un indígena de nombre Pedro Rodríguez, pero una carta fechada cinco meses antes revela que Brito y Contreras se habían hecho del poder<sup>115</sup>.

112 Junta de Elección, Nahuizalco, 14 de diciembre de 1903, AGN, MG, SS, caja “Política, 1890-1899, 1900-1908”.

113 Ministro de Gobernación al Gobernador de Sonsonate, 26 de abril de 1926, AGN, MG, 1926, caja No. 2.

114 Juan Avilés, Nahuizalco, al Ministro de Gobernación, 23 de diciembre de 1896, AGN, MG, 1896, caja No. 5; véase también Nulo, Nahuizalco, 14 de diciembre de 1923, AGN, CN, caja No. 5; y Lista de electos, Departamento de Sonsonate, Gobernador Departamental al Ministro de Gobernación, 13 de diciembre de 1923, AGN, MG, 1923, caja No. 4.

115 La referencia a Rodríguez se encuentra en una nota del Gobernador de Sonsonate al Ministro de Gobernación, 9 de septiembre de 1926, AGN, MG, 1926, caja No. 6. La carta es de los tres ladinos (Leónidas Durán, Manuel González y Alfredo Alvarado) y está transcrita en una nota del Ministro de Gobernación al Gobernador de Sonsonate, 26 de abril de 1926, AGN, MG, 1926, caja No. 2. La carta dice que Antonio Contreras ha sido nombrado alcalde y Rodolfo Brito, juez de

un clan de terratenientes destacados, dueños de cinco fincas en los alrededores de Nahuizalco<sup>110</sup>.

En las elecciones de 1896, esta alianza ladina solicitó al gobierno nacional la anulación del triunfo indígena en las elecciones. Un ciudadano de la localidad describió el conflicto en términos claros, aunque sus simpatías se inclinaban hacia los indígenas:

*El domingo próximo pasado se practicaron en esta población las elecciones de autoridades locales en las que algunos cuantos ladinos se proponían elegir como alcalde a don Sebastián Valdéz; pero el pueblo o sean los indígenas no conmoviéndoles dicho Señor para que ejerciera las funciones de tal, eligieron Alcalde al indígena José María Tepaz, y todos los demás que componen estas autoridades. Con este motivo los interesados a la candidatura de Valdéz, están desagradados y han comenzado sus trabajos para nulificar dichas elecciones, contrariando con éste procedimiento la voluntad del pueblo. Yo, Señor, amigo como soy del orden y bien estar de los pueblos, le ruego altamente se digne ordenar a quien corresponde, hacer caso omiso a las pretensiones de los opositores<sup>111</sup>.*

Los ladinos fracasaron en su intento de encontrar aliados en el gobierno nacional, porque el presidente en ese momento era el general Gutiérrez, quien había liderado a los indígenas de Nahuizalco en 1885. Los ladinos también fracasaron en su segundo intento de tomarse el poder, en 1901; pero dos años más tarde tuvieron éxito en las elecciones de 1903. Ganaron porque se tomaron el puesto de votación, y la junta a cargo de la votación le asignó a Eduardo Brito el cargo de presidente del directorio. Otro miembro de la familia Valdés, Arcadio, fue electo alcalde. Es posible que los ladinos se hayan aliado con una facción indígena, porque los otros siete miembros del concejo municipal (Martín Hernández, Eulalio Guzmán, Ambrocio Pérez, Andrés Mauricio, Pedro Cruz, Eulalio Tadeo y José Zacapa) tienen apellidos

110 Las propiedades de las familias Brito y Valdés se encuentran en Lista de agricultores principales, Nahuizalco, 8 de marzo de 1912, AGN, MG, SS, caja No. 3; y Directorio comercial, pp. 494-6.

111 Juan Aviles, Nahuizalco, al Ministro de Gobernación, 23 de diciembre de 1896, AGN, MG, 1896, caja No. 5.

inmediato por asalto al pueblo, los soldados lo rodearon y tomaron posiciones desde donde podían emboscar a los rebeldes que salieran del lugar. Cortésmente, las tropas rebeldes no tardaron mucho en salir masivamente, bajando por la colina hacia la carretera de Sonsonate, cayendo por completo en la trampa. El fuego de rifles y ametralladoras los aniquiló. Al ver que los muertos se amontonaban, “El Indio” Ama ordenó a sus fuerzas que se desbandaran y trataran de ganar la región del volcán. El propio Ama fue capturado en Izalco por unos soldados, y junto con Leopoldo Chávez fue llevado a la comandancia. El padre de Leopoldo, Eusebio, estuvo entre los que lograron escapar a las faldas del Izalco. La comandancia tiene una vieja celda que da al patio interior, un lugar sucio y lúgubre, con una puerta pesada y asegurada con barrotes. Allí metieron a Ama y Chávez. Pero los burgueses del pueblo, que habían sido ofendidos por Ama, llegaron a sacarlo para lincharlo. Los soldados se hicieron los desentendidos.

En un artículo que apareció en **La Prensa** el 2 de febrero de 1932, el reportero Alfonso Rochac aseguró que había hablado con Ama poco antes de que fuera colgado. Describió al anciano indígena como un próspero terrateniente que “siempre vestía bien”. Agregó que durante la rebelión Ama había lucido una corbata roja. Rochac le preguntó por qué había dirigido la rebelión, y aseguró que Ama le había respondido que no había dirigido nada. “Usted me conoce. Yo soy un pacifista. No tuve nada que ver con la rebelión. Estaba en mi casa cuando me llegaron a traer”. Al preguntarle quiénes más estaban comprometidos en la revuelta, el anciano jefe respondió: “No sé, no los conozco ni a ellos ni sus nombres”. Repitió esto cuando fue llevado al parque, fotografiado y colgado. El ahorcamiento de Ama y Chávez se llevó a cabo en la pequeña plaza frente a la iglesia de la Asunción, en unos olivos que ya fueron cortados. Según el actual cacique de Izalco, un amigo personal de Ama, que no fue involucrado en la rebelión porque fue casualmente arrestado en Coatepeque antes de la insurrección, el reportaje de Rochac omite el hecho de que mientras Ama fue llevado de la comandancia (que se encuentra en la plaza frente a la iglesia de Dolores, a una media milla de distancia) al parque donde se le colgó, fue golpeado tan brutalmente que murió antes de llegar a su destino. Los ciudadanos, pues, ahorcaron su cadáver. Lo cual no parece improbable debido al odio que los ladinos y terratenientes tenían contra él.

Otro horrendo detalle señalado por **La Prensa** es que mientras

se trataba de ahorcar a Leopoldo Chávez, la cuerda se reventó dos veces. Después de la rebelión se vendieron en El Salvador fotografías de tamaño de una tarjeta postal, que mostraban a Ama colgado y su nombre escrito en tinta blanca a un lado. También se vendieron otras fotos igualmente horrendas.

Aunque Eusebio Chávez estaba herido, logró llegar hasta Santa Ana, donde se refugió en casa de otro su hijo. La policía de línea lo arrestó allí el 3 de febrero. La policía, bajo el mando del coronel J. Mariano Castellanos, tuvo que luchar contra el hijo de Chávez, que disparó e hirió a uno de los agentes. El 4 los diarios también decían que otro, destacado dirigente de la rebelión, Federico Delgado, había sido capturado en Nueva Concepción, Chalatenango, en la misma fecha. Ambos fueron ejecutados el mismo día de su captura.

Después de asegurarse que Izalco quedaba en manos amigas, las tropas bajo el mando del coronel Galdámez se dirigieron a Nahuizalco, donde llegaron a las 5.30 P.M. De acuerdo con el relato de José Mariano Alarcón (un civil que fue reclutado como chofer para la expedición), en el momento en que llegaban al punto donde la carretera de Sonsonate a Juayúa tiene un desvío para Nahuizalco, las tropas se encontraron con varios vehículos llenos de rebeldes que se dirigían hacia Sonsonate. Las fuerzas gubernamentales detuvieron la caravana rebelde y se entabló una fiera lucha que duró como media hora. Los rojos tenían algunas armas, probablemente los Mausers de Araujo, y se batieron tenazmente antes de ser derrotados. En la balacera fueron destruidos varios vehículos. Después de que el enemigo huyó por las barrancas cercanas, las tropas continuaron su viaje a Nahuizalco, lugar que ocuparon sin encontrar resistencia<sup>17</sup>.

Al día siguiente, domingo 25 de enero, las fuerzas gubernamentales prosiguieron hacia Juayúa. Allí era donde las fuerzas rebeldes habían decidido resistir. Las carreteras de acceso al pueblo habían sido obstaculizadas con troncos de árboles, y los rebeldes habían cavado trincheras para defender el poblado. En algunos lugares se habían cavado fosos a través de la carretera, y luego se les había recubierto de hojas con la esperanza de que los vehículos gubernamentales cayeran en ellos. Teniendo en cuenta todos estos hechos, el avance sobre Juayúa debe haber sido lento.

17 Méndez, Sucesos comunistas, pp. 73 - 74.

Los indígenas retomaron el poder en 1885, quizá como resultado del derrocamiento del presidente Rafael Zaldívar (1876-1885), en mayo de ese año. El golpe de Estado fue encabezado por el general Menéndez, quien fue auxiliado por un número de otros generales, incluyendo el general Rafael Gutiérrez, quien, de acuerdo con informes del cónsul de Estados Unidos, comandaba una fuerza de indígenas reclutados en Nahuizalco<sup>106</sup>. Es posible que los nahuizalqueños hubieran prestado servicio militar en ocasiones anteriores, porque los testigos oculares de la rebelión de 1884 atestiguaron que algunos rebeldes vestían uniformes militares<sup>107</sup>. También es probable que a los indígenas les hayan entregado el control político de su municipalidad a cambio de sus servicios durante el golpe de Estado.

En cualquier caso, un indígena llamado Nicolás Lúe llegó a ser alcalde en diciembre de 1885. Diversos apellidos indígenas, como Lúe, Tepas, Lipe y Cumil, abundan en las listas de funcionarios municipales durante los próximos 18 años<sup>108</sup>. Un par de solicitudes de anulación de elecciones, en 1887 y 1894, sugieren que los indígenas estaban divididos en al menos dos facciones políticas, porque ambas solicitudes fueron presentadas por indígenas que denunciaron a otros indígenas<sup>109</sup>. La ausencia de material que permita corroborar estas teorías impide reconstruir estas redes rivales. No obstante, es evidente que los indígenas estaban al mando.

Los ladinos mantuvieron un perfil bajo durante la primera década de dominio indígena, después de 1885. Pero en las elecciones de 1896 suspendieron su inactividad. La familia Brito estuvo a la cabeza y, en particular, Eduardo Brito, patriarca de la familia, un ganadero emprendedor que de forma eventual se hizo de dos fincas grandes en la región de Nahuizalco. Los Brito estaban aliados con otra familia ladina, los Valdés, cuyo principal representante era Sebastián, dueño de la finca "Santa Teresa". La familia Valdés también se convirtió en

106 Rodolfo Cardenal, *El poder eclesiástico en El Salvador* (San Salvador: UCA Editores, 1980), p. 127.

107 El asunto de los rebeldes vestidos con uniformes militares también ha sido extraído de la tesis doctoral de Launa, "An Agrarian Republic", pp. 514-9, así como de conversaciones con Lauria, quien describió el contenido de la evidencia con mayor detalle. El autor agradece a Aldo por compartir esta información.

108 Ching, "From Clientelism to Militarism: The State, Politics, and Authoritarianism in El Salvador, 1840-1940", tesis doctoral, Universidad de California, Santa Barbara, 1997.

109 Junta de Elección, Nahuizalco, 1887, AGN, MG, SS, caja "Política 1890-1899, 1900-1908"; Nulo, 1894, AGN, CN, caja No. 1.

Los indígenas de El Salvador rara vez pudieron ocupar cargos municipales o competir con los ladinos por el control de los gobiernos municipales, aun cuando hayan sido la mayoría de la población. El racismo y los prejuicios étnicos tuvieron que ver en esta separación política, como también el legado del colonialismo español, que dividió a la sociedad en una “república de los indios” y una “república de los españoles”. Después de la independencia, las agrupaciones indígenas de El Salvador estuvieron sujetos al mandamiento de la ley nacional junto con los ladinos, pero conservaron un grado de autonomía sobre sus comunidades. Los ladinos, a su vez, esperaban que los indígenas aceptaran los límites de su dominio y permanecieran sujetos al gobierno formal, sin aspiración alguna de participar en su gestión. En algunos casos infrecuentes, sin embargo, los indígenas traspasaban estos linderos. Nahuizalco fue uno de los pocos lugares donde los indígenas compitieron de manera directa con los ladinos por el control del gobierno local.

En los archivos, la evidencia en torno a la actividad política de los indígenas de Nahuizalco arranca en el año de 1884 con una revuelta. En la noche del 5 de octubre, cerca de 2 000 indígenas atacaron el pueblo, mataron a los funcionarios municipales y quemaron la alcaldía, los archivos y la casa de habitación de un ladino de la localidad, a quien se le conocía como un gran opresor de los indígenas. Los rebeldes mataron a más de dos decenas de individuos, todos ladinos. Después de suprimir la revuelta y reinstalar a los ladinos en el poder, el gobierno inició una investigación y, de manera eventual, ejecutó a diez presuntos cabecillas<sup>105</sup>. La importancia de esta revuelta es doble: demuestra la existencia de conflictos en función de barreras étnicas, y revela que, a partir de 1884, los ladinos controlaban el concejo municipal. Sin embargo, apenas un año después, en las elecciones de 1885, los indígenas recuperaron el control del concejo y lo retuvieron durante los próximos dieciocho años.

1934 puede consultarse en AGN, MG, SS, caja No. 3, p. 3.

105 Los pormenores de estos acontecimientos se han tomado de la tesis doctoral de Aldo Lauria, que proporciona más información que su libro. Véase “An Agrarian Republic: Production, Politics and the Pea-santry in El Salvador, 1740-1920”, tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1990, pp. 514-9. La evidencia que presenta ha sido extraída de los informes de la investigación oficial de la rebelión. La rebelión también se menciona en el censo de Cerritos, Ciudad de Sonsonate, ibíd.

Después de unos combates cuerpo a cuerpo alrededor de los puestos avanzados, las fuerzas gubernamentales ocuparon lentamente el pueblo y Francisco (Chico) Sánchez huyó hacia las montañas. Con unos cuantos seguidores, el dirigente rebelde rodeó a las tropas gubernamentales y se dirigió a San Pedro Puxtla, a unas cuantas millas hacia el sur. Lo capturaron hasta el 15 de febrero. Fue llevado a Juayúa y colocado frente al pelotón de fusilamiento; imploró amargamente el perdón. También fueron capturados otros dirigentes rebeldes, entre quienes estaban José Domingo Mate y su padre, Juan, que fueron ejecutados después de la batalla, y Rafael Borjas, Nicolás Sánchez y Rogelio Nerio, que posteriormente fue acusado de ser el mayor responsable de la muerte del comandante coronel Vaquero<sup>18</sup>.

A pesar de que las fuerzas rebeldes fueron expulsadas de Nahuizalco y Juayúa, durante varios días continuaron activas en la zona. El coronel Francisco Salinas, comandante de las tropas de la guardia nacional en esa región, informó de francotiradores y apedreamientos en la carretera entre Nahuizalco y Juayúa.

Mientras las tropas de Sonsonate pacificaban el departamento, una columna salió el 25 de Ahuachapán con órdenes de recapturar Tacuba. El grupo era dirigido por el mayor Saturnino Cortez y constaba de unos 50 u 80 guardias nacionales y el personal de una ametralladora Hotchkiss. Según el teniente Flores, llegaron al pueblo como a las 5 P.M. del mismo día. “*El mayor Cortez atacó por el lado este del pueblo, cerca de un lugar llamado Las Pirámides. Era imposible avanzar por la carretera de acceso a Tacuba porque los comunistas la habían cerrado con barricadas. Hubo una enorme matanza cuando la ametralladora abrió fuego sobre los comunistas que atacaban en oleadas gritando salvajemente*”<sup>19</sup>.

El inspirador de la defensa de Tacuba era Abel Cuenca, de quien ya hemos dicho era un joven estudiante universitario de unos 20 años, junto con su hermano menor, Leopoldo. Para defenderse de las fuerzas gubernamentales, los rebeldes de Tacuba contaban con cerca de 100 fusiles Mauser, tomados del puesto de la guardia nacional que había sido capturado días antes, y otras cuantas armas para un total de

18 Ibid., pp. 74 - 75.

19 “Narración del teniente Flores”, en Pineda, “Tragedia comunista”, Diario de Hoy, 10 de febrero de 1967.



5.000 hombres. La batalla duró unas dos horas y media. Algunas casas y sembrados cogieron fuego y varios campesinos muertos o heridos se quemaron. Las tropas gubernamentales vencieron la resistencia y pasaron a las secciones campesinas del pueblo, limpiándolas de rebeldes por medio del sencillo expediente de darle fuego a las chozas y ametrallar a la gente que salía de ellas. Dicen que una gran cantidad de mujeres y niños murieron de esa manera. Leopoldo Cuenca h. fue capturado herido en casa de su madre, y fue asesinado de tres tiros por el coronel Francisco Rivas<sup>20</sup>.

Una razón que justificaría la furia de los soldados pudo haber sido el rumor de que en la noche del 25, los rebeldes habían estado planeando la violación en masa de las mujeres de Tacuba, “sin importar su edad o condición”<sup>21</sup>. Este rumor es muy semejante a la leyenda que se propaló en Juayúa, y puede que no haya sido cierto. Es quizá significativo que tales noches de boda siempre se iban a efectuar en la noche del día en que llegaban las tropas. Una persona como Abel Cuenca jamás hubiera tolerado cosa semejante. Sin embargo, lo cierto es que se habían cometido algunas atrocidades y que los ciudadanos burgueses y los militares tenían deseos de vengarse de las masas campesinas.

Varios miembros de la familia Cuenca participaron en la rebelión de los departamentos de la zona occidental. Efraín Cuenca, que había estado en la zona, pero no con Abel y Leopoldo, fue capturado por soldados de Ubico al solo cruzar la frontera de Guatemala, y fue entregado a las autoridades salvadoreñas. Fue llevado a Tacuba y ahorcado del campanario de la iglesia el 30 de enero. Alfonso Cuenca fue capturado en las profundidades del territorio guatemalteco; el tirano Ubico, en uno de sus accesos de humorismo negro, ordenó que lo condujeran a pie de regreso a territorio salvadoreño por la misma ruta que había entrado. Allí lo entregaron a las autoridades que lo fusilaron, junto con su amigo Hércules Martínez, el 19 de febrero. Abel Cuenca logró cruzar la frontera a pie a las 48 horas. Allí se encontró con una muía a la que “tomó prestada” y la montó hasta la ciudad de Guatemala. De allí tuvo que irse a Honduras, pero los hondureños lo descubrieron y lo encarcelaron acusándolo de actividades comunistas.

20 Buezo, Sangre de hermanos, pp. 94 - 96

21 “Narración del teniente Flores”, en Pineda, “Tragedia comunista”, Diario de Hoy, 10 de febrero de 1967.

A Nahuizalco se le reconoce desde hace tiempo como centro de identidad indígena. Una investigación reciente, en los registros de nacimientos del pueblo, confirma que su población fue indígena en casi el 90 por ciento, durante la primera mitad del siglo XX<sup>103</sup>. También era un pueblo de tamaño considerable, con más de 15 000 habitantes, en 1930, lo cual representaba más del 10 por ciento de la población total del departamento de Sonsonate. Las fuentes sobre tenencia de la tierra en el pueblo revelan un predominio de pequeñas parcelas de origen comunal. Los datos censales de 1858 clasifican a casi el 100 por ciento de los varones adultos del pueblo como “jornaleros”, que en la usanza de aquellos tiempos significaba agricultor campesino. Los decretos de privatización, en las décadas de 1880 y 1890, afectaron en forma negativa el régimen de pequeñas propiedades en el pueblo. No obstante, al igual que sus congéneres en otras regiones, los campesinos de Nahuizalco lograron obtener los títulos de gran parte de sus antiguas tierras comunales, bajo la modalidad de parcelas de propiedad individual. Sin embargo, aparecieron algunas fincas de propiedad ladina. Una medición de tierras, realizada por el gobierno, en 1913, se refiere a los nuevos terratenientes ladinos y a los indígenas que les trabajaban. El informe de la medición también hace referencia a la persistencia de la pequeña propiedad: “Unas de las circunstancias que más favorecen al desarrollo y bienestar de esta comarca es la manera como está dividida la propiedad rústica; ahí cada habitante posee un pedazo de terreno donde hace sus siembras de primera necesidad para proveerse en el año”. Lo que demuestra este conjunto de evidencias es que Nahuizalco estaba poblado, en su mayoría, por indígenas, cuya presencia económica era considerable, a pesar de los decretos de privatización y el ascenso económico de los ladinos<sup>104</sup>.

103 Ching y Tilley, “Indians, the Military”.

104 Las cifras de población de 1930 se encuentran en Población de la República de El Salvador (San Salvador: Imprenta Nacional, 1930). La población de Nahuizalco pasó de 5 000, en 1858, a 9 000, en 1900, y a 14 000, en 1913. Véase Lorenzo López, Estadística general de la República de El Salvador (San Salvador: Ministerio de Educación, 1974 [1858]), pp. 160-2. Las cifras de población de 1900 se encuentran en Informe, Gobernador de Sonsonate, 12 de enero de 1903, AGN, MG, caja sin clasificar. La privatización de las tierras comunales y el predominio de la pequeña propiedad son analizados por Lauria, Una república agraria. Puede verse una lista de fincas y sus dueños ladinos en Directorio comercial, pp. 494-6. El censo de 1913 se encuentra en Cerritos, Ciudad de Sonsonate, al Ministro de Gobernación, 20 de septiembre de 1913, AGN, MG, SS, caja No. 5. Una medición efectuada en 1934 refleja una cantidad abundante de pequeñas propiedades sembradas con maíz y frijoles, y lista los nombres de los campesinos que, en su mayoría, tienen apellidos típicamente indígenas. La medición del 13 de julio de



Desde una perspectiva más amplia, el informe de julio de 1932 describe al SRI casi de la misma manera que el PCS, en el testimonio que “H” presentó ante el Buró del Caribe. Lo que emerge es una imagen de dos organizaciones que trabajaban más o menos en paralelo y que conocieron algunos altibajos en su actividad de organización, durante su primer año de existencia. Ambas experimentaron un incremento en cuanto apoyo y membresía, en la medida que el impacto de la crisis creaba un entorno propicio para el activismo radical. No obstante, siguieron siendo organizaciones relativamente pequeñas, urbanas y ladinas, que no planificaron ni ejecutaron la tarea monumental de organizar una insurrección armada en los campos de occidente.

### Nahuizalco: elecciones e insurrección

Si se acepta la tesis de la ausencia del papel directo del comunismo, entonces hay que enfrentarse a profundas lagunas en las fuentes históricas en torno a quiénes eran los rebeldes, cómo se organizaron y qué buscaban a través de la insurrección armada. Los indígenas y los campesinos, ya sea como individuos o comunidades, rara vez dejaron documentos, debido, en parte, a que el gobierno no investigó la rebelión, sino que la aplastó con lujo de violencia. Un miembro del comité investigador del **Comintern** observó, en 1932, con visos proféticos, que *“es imposible enfrentarnos en este momento a las lecciones de la insurrección misma... porque no sabemos prácticamente nada de cómo se desarrolló el levantamiento en los diversos sitios”*<sup>101</sup>. Sin embargo, se puede obtener evidencia valiosa en los archivos de El Salvador, en particular en los documentos referentes a las elecciones y las disputas políticas en el pueblo de Nahuizalco, un punto focal de ambas, de la rebelión y la matanza. La evidencia revela que la comunidad indígena de Nahuizalco tenía una larga historia de organización autónoma y que competía con los ladinos de la localidad por el control del gobierno municipal. Resulta interesante descubrir que la rebelión estalló justo cuando este conflicto persistente alcanzó un punto álgido<sup>102</sup>.

101 Ibid., p. 22.

102 Una apreciación alternativa del caso de Nahuizalco basada parcialmente en algunas de las mismas fuentes puede encontrarse en Alvarenga, Cultura y ética.

En 1940 fue puesto en libertad y regresó a Guatemala. Allí trabajó con el gobierno de Jacobo Arbenz Guzmán, siendo un importante funcionario del partido político del presidente. Después de la debacle de 1954, viajó a Chile, visitó a El Salvador clandestinamente durante la presidencia de Lemus, y finalmente recibió la amnistía por medio de un acto especial de la Asamblea en 1968. Otro hermano más, el Dr. Max Ricardo Cuenca, químico, era uno de los dirigentes del movimiento revolucionario en San Salvador. Escapó a Honduras, y de allí viajó a la Unión Soviética, donde estudió durante tres años. Luego regresó a Honduras y, como Abel, le ayudó a Arbenz. Con la caída de ese régimen marchó a Chile, lugar donde se suicidó en 1965. El padre de los Cuenca también estaba implicado en el movimiento y fue fusilado en Nahuizalco después de su captura en Sonsonate. Un último hermano”, como me dijo el Sr. Cuenca con evasivas, “no participaba en política”<sup>22</sup>.

Además de los dirigentes rebeldes que hemos mencionado anteriormente, la mayor parte de los jefes más destacados del movimiento fueron matados en pocos días. Según un documento que tengo en mi poder, Miguel Mármol y Rafael Bondanza fueron llevados a San Salvador y entregados a la policía nacional el 30 de enero. Poco después fueron fusilados en Soyapango, donde Bondanza gritó en el momento de su muerte: “Viva la Internacional Comunista”<sup>23</sup>.

Pero los pelotones de fusilamiento salvadoreños tienen una notoria mala puntería. Miguel Mármol, con 4 heridas de bala en el cuerpo, logró arrastrarse en la oscuridad y escapar. Más tarde, en Guatemala, le contó a Pedro Geoffroy Rivas la historia de su “fusilamiento”. Logró esconderse en las colinas cercanas a la capital durante varios días, al cabo de los cuales se deslizó a casa de su mamá. Su mamá había levantado un altar familiar en la sala y cuando él entró, estaba rezando por el alma de su hijo muerto. Lo escondió detrás del mismo altar, y durante varios días fue alabado por los rezos de sus amigos que oraban por su reposo. Más tarde, escapó del país, y

22 Buezo, Sangre de hermanos, pp. 97 - 102, ampliada y corregida en conversaciones de Abel Cuenca.

23 De la Selva, “Lucha”, p. 214; pero de acuerdo a los papeles de Osmin Aguirre, la ejecución no se puede haber llevado a cabo el 27 de enero porque hay documentos capturando a Bondanza y Mármol en el cuartel de la Policía de San Salvador el 30 de ese mes.

actualmente vive en la ciudad de México<sup>24</sup>.

Inocente Rivas Hidalgo, el dirigente estudiantil también fue capturado después de la rebelión, pero por provenir de una familia importante no se le ejecutó. Le permitieron que saliera calladamente al exilio, yéndose a Londres, donde se graduó de abogado. Murió en Inglaterra en 1968.

Joaquín Rivas, Ismael Hernández y la mayor parte de los rojos más importantes también fueron eliminados, aunque después del 25 de enero todavía habían varias personas escondidas en los cerros. El gobierno permaneció en guardia. El 24 de enero hubo un intento de tomarse a San Antonio Abad, en las afueras de la capital, y el 28 estallaron disturbios en la ciudad de Santa Ana, que había permanecido en calma durante la insurrección principal. El 18 de febrero unos 300 campesinos indígenas se tomaron Nahuizalco una vez más y la ocuparon por un día, pero el gobierno contrató rápidamente y los obligó a retirarse con grandes bajas. Del 20 al 24 de febrero hubo una seria alarma en la zona de Sonzacate, en las afueras de Sonsonate, pero no pasó a mayor cosa pues los rebeldes fueron dispersados antes de que pudieran pasar a la ofensiva<sup>25</sup>.

En la frontera con Guatemala el nerviosismo cundía por dos razones. De un lado, el gobierno de El Salvador esperaba cualquier día un ataque laborista desde el vecino país. El 27 de enero, La Prensa informó falsamente que Luis Felipe Recinos había sido muerto cuando dirigía una fuerza de araujistas invadiendo El Salvador. La tensión bajó cuando más o menos por aquellos días, Ubico expulsó de Guatemala a su viejo amigo Araujo, junto con Recinos y Masferrer.

Por el otro lado, el gobierno guatemalteco mantenía estrechamente vigilada la frontera, porque esperaba una invasión masiva de comunistas salvadoreños. La prensa guatemalteca informó el primero de febrero que grandes contingentes de hombres habían atravesado la frontera el día anterior y que estaba preparando una insurrección. La verdad es que los rebeldes que lograban llegar a

<sup>24</sup> Geoffroy Rivas había escrito en Estrella Roja, y estaba en la lista de los que debían ser exterminados. Sin embargo, las conexiones francesas de su familia lo salvaron y se logró deslizar a Guatemala. Allí encontró a Mármol, y trabajó durante los periodos de Arévalo y Arbenz.

<sup>25</sup> Méndez, Sucesos comunistas, pp. 16 - 17.

esto se debe a que la familia Cuenca era de Tacuba, y varios de sus miembros estaban inscritos en el partido. Dos o más miembros de la familia se encontraban en Tacuba al momento de la revuelta, lo que podría explicar por qué este lugar fue el único pueblo ocupado que supuestamente organizó un soviet antes de que el ejército lo retomara. En los otros centros principales con presencia rebelde, no había células comunistas ni ninguna presencia comunista de la que se tenga conocimiento, aunque es posible que miembros del PCS y/o del SRI se hayan congregado en esas regiones anticipando el estallido de la revuelta.

Al igual que en el caso del Buró del Caribe, las oficinas del SRI, en la ciudad de Nueva York, decidieron evaluar la situación de El Salvador después del levantamiento de 1932. Un informe fue entregado al secretariado del SRI, el 12 de julio de 1932. Este fue redactado y leído por el camarada "Hernández", cuya identidad se desconoce. No se sabe si provenía de El Salvador o si era un agente del SRI quien lo redactó con base en la correspondencia acumulada que se intercambiaba con El Salvador. Tampoco se sabe si fue el mismo Hernández quien presentó un informe al Buró del Caribe con el pseudónimo de "camarada H.". En cualquier caso, este documento resume las actividades del SRI hasta enero de 1932. En términos similares al testimonio de "H" ante el Buró del Caribe, el informe de Hernández dice que el SRI y el PCS actuaron bastante unidos, aunque hace notar el problema de "la confusión entre el SRI en El Salvador y otras organizaciones revolucionarias como el Partido Comunista". Después de describir el auge y la mengua de los éxitos organizativos previos a mayo de 1931, el informe se centra en la intensificación de las actividades durante la segunda mitad del año. Destaca la represión creciente contra los obreros organizados y la abundancia de oportunidades para que el SRI cumpliera con su papel de proveer asistencia a los obreros que sufrían. El informe reconoce el aumento impresionante del apoyo al SRI después de abril y mayo de 1931, tal como se reflejó en la venta de tarjetas de afiliación, pero lamenta las limitantes regionales de la organización. Este fue el informe citado con anterioridad, que criticaba "la falta de trabajo entre los indios nativos"<sup>100</sup>.

<sup>100</sup> Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández de la junta del Secretariado del Caribe del SRI, 12 de julio de 1932. RGASPI, 495:119:12, p. 25.

pequeño, unas doscientas personas, y mal organizado, de manera muy insuficiente en el sector estratégico de la economía salvadoreña. Un partido que manifestaba un liderazgo débil, sin preparación en la aplicación de los métodos leninistas de organización estratégica de las masas. Sin movimiento campesino organizado que valiera la pena, y con una organización de masas revolucionarias nada fuerte... El CC, como tal, estaba prácticamente fuera de servicio durante el levantamiento. No había CC que liderara las masas... ninguna dirección central, ninguna dirección nacional, solamente una serie de insurrecciones locales”<sup>97</sup>. Pero cuando el miembro aconsejó al camarada H sobre lo que debió haberse hecho, la recomendación fue tan vaga que no representó una alternativa práctica: “En mi opinión, esto es lo que el CC debió haber decidido en su plenaria del 10 de enero. No comenzar los preparativos para un toma del poder por la vía de la lucha armada sino iniciar un despliegue sistemático de las luchas de masas más amplias posibles en respaldo a las demandas inmediatas, políticas, económicas y otras como mencioné anteriormente, mediante la organización de organizaciones revolucionarias en el proceso, mostrándole a las masas cómo proceder, y preparando al partido en esos sitios donde la lucha armada parecía inevitable con miras a colocarse a la cabeza de estas luchas y liderarlas de acuerdo a estas demandas y en función de estas demandas”<sup>98</sup>.

En cuanto al número de miembros del partido que participaron en los ataques, no se tiene ninguna información. Los rebeldes se contaron por miles y se concentraron en seis lugares: Juayúa (que también incluía a Nahuizalco y Salcoatitán), Izalco, Tacuba, Ahuachapán, Sonsonate/Sonzacate y Colón. Solo dos de estos lugares tenían células del PCS, Ahuachapán y Sonsonate, con menos de cien miembros del partido entre las dos. Existen indicios de que el SRI tenía seccionales en Nahuizalco e Izalco<sup>99</sup>, pero no se sabe si sus afiliados participaron en los ataques a estos dos pueblos. La remota municipalidad de Tacuba no contaba con una célula del partido como tal, pero de todos los lugares donde hubo actividad rebelde de cierta magnitud, en este sitio se dieron las expresiones más radicales. Quizá

97 Ibid., pp. 19 y 21.

98 Ibid., p. 20.

99 Un informe preparado por Anaya, en octubre de 1930, hace referencia a que grupos del SRI “existen en formación en Comasagua, Los Amates, La Joya, Izalco y otros muchos lugares”. En ese mismo informe menciona que el Comité Central “funciona aún deficientemente”, 495:119:12, p. 16.

Guatemala se encontraban bastante deteriorados, y parece poco probable que pudieran estar amenazando al Estado guatemalteco. Ubico permaneció en el poder hasta el año de 1944, el mismo año que cayó Martínez.

Los “imperialistas yanquis” contra quienes se suponía que iba dirigida la rebelión, no habían estado inactivos mientras los comunistas trataban de apoderarse del país. El *charge d'affaires* en la capital, W.J. McCafferty (que no debe confundirse con el enviado especial Jefferson Caffery), envió inmediatamente un informe a su gobierno notificándole acerca de la gravedad de la situación. Como resultado de ello, varios navíos estadounidenses y canadienses que navegaban en aguas del Pacífico cercanas a El Salvador recibieron orden de dirigirse al convulso país. Llegaron el 25 de enero. El grupo incluía al crucero estadounidense *Rochester*, a los destructores *Wickes* y *Philips*, y a los destructores canadienses Vancouver y Skeena. Los dos destructores estadounidenses anclaron en La Libertad, y el comandante de la escuadra, vice-almirante Arthur St. Clair Smith preguntó por radio al general Calderón si las fuerzas estadounidenses y canadienses deberían desembarcar infantes de marina y marineros armados para apoyar al gobierno.

Eso era lo último que podían desear tanto el general Calderón como el tirano Martínez. Para ellos, la idea de una intervención yanqui era sólo poco menos desagradable que la de la insurrección comunista. Por esos días, la infantería de marina estaba empezando a retirarse de la vecina Nicaragua, y su historial de largas intervenciones en Honduras, la República Dominicana, Haití y Cuba los hacía huéspedes indeseables en cualquier parte de América Latina. Los salvadoreños recordaban sin mucho esfuerzo que varias de las intervenciones señaladas arriba habían tenido su origen en una situación similar: el deseo de mantener el orden. Por eso mismo, el general José Tomás Calderón telegrafió indignado de regreso que no necesitaba ninguna ayuda y que la rebelión ya había sido aplastada. Sin embargo, de aquí surgió una confusión de primera clase. El general aseguró que la revuelta estaba bajo control y que “ya han sido liquidados 4.800 comunistas”. Estas horrendas estadísticas llegaron pronto a oídos de la prensa mundial, la cual comenzó a describir el baño de sangre contrarrevolucionario y el terror blanco. El general Calderón se enfureció. Cuando Joaquín Meléndez h. lo entrevistó unos cuantos días después, dijo: “*He sabido*

que mi despacho de Acajutla ha sido malinterpretado en algunos países. Para aclarar eso, he enviado a todos los periódicos del país un telegrama que dice así: 'Ahuachapán, 3 de febrero de 1932. En varios periódicos he visto publicado la noticia que dice que 4,800 comunistas han sido muertos - lo cual no es un dato correcto. En el lacónico mensaje que fue mandado de Acajutla como saludo al comandante de los barcos de guerra, yo decía 4.800 liquidados; es decir, quebrantados totalmente y dislocados en su diabólico complot'<sup>26</sup>. La explicación clarificaría mucho, excepto que parece ser que el general no era tan cándido (un hombre versado en ciencias sociales y estadística). Su afirmación de que tantos habían sido liquidados probablemente quería decir que tantos habían sido muertos. Pero cuando la reacción de la prensa extranjera horrorizada llegó a sus oídos, quiso cambiar el significado por «quebrantados y dislocados». Por el otro lado, probablemente el general estaba exagerando su propia hazaña como exterminador de comunistas, porque parece bastante improbable que hubiera podido acabar con tanta gente en tan pocos días.

¿Qué estaba pasando exactamente en El Salvador después de que había sido aplastada la insurrección? Para responder a esta pregunta es preciso entender primero el estado de ánimo de la burguesía y el ejército en el país. Durante bastante tiempo habían percibido oscuros rumores entre las masas populares, de la misma manera que los deben haber percibido los propietarios de las plantaciones del Sur de los EE.UU. el siglo pasado. La rebelión de enero de 1932 significó la realización de sus peores temores. El descontento de los indígenas y los campesinos se vinculó con el terrible fantasma del comunismo internacional. Por eso no es sorprendente que su reacción contra los ahora dudosos indígenas "rojos" fuese histórica y violenta. En el **Diario Latino** del 4 de febrero, Guillermo Herrador Tejada habló en nombre de muchos salvadoreños de las clases altas, al denunciar al gobierno por su previa lenidad con los "elementos criminales.", y exigirle que decomisara todos los machetes de los campesinos.

Si ese era el estado de ánimo de la gente que ahora tenía el sartén por el mango, la matanza que se llevó a cabo es cosa que no puede sorprender. En los alrededores de Izalco empezó una redada de sospechosos. Como, a excepción de los dirigentes, la mayor parte

26 Ibid.

levantamientos de comunidades discretas, quizá en contacto entre sí, que atacaron las instancias del poder local. En apariencia, el PCS ejerció la influencia que tenía para convencer a las comunidades de sincronizar sus ataques para crear la impresión de una sola revuelta masiva. Hernández declaró que después de que el CC votó a favor de unirse a la rebelión, el 10 de enero, de inmediato envió instrucciones a occidente, a través de mensajeros, desde San Salvador<sup>92</sup>. Las memorias de Miguel Mármol se refieren a "llevar esta nueva disposición a la masa enardecida", y trasladar propuestas a la dirigencia en las áreas de operación a las cuales habían sido asignados miembros individuales del Partido Comunista<sup>93</sup>. Los destinatarios de estas instrucciones eran los llamados Comandantes Rojos, a quienes nunca se identificó, pero se presumía eran personas residentes en la localidad, ya fueran cuadros del partido o personas de su confianza<sup>94</sup>.

El partido también hizo un llamado a sus simpatizantes dentro del ejército. El PCS había estado buscando adeptos dentro del ejército durante los últimos seis meses. La mayoría de soldados eran reclutas jóvenes de las zonas rurales y el partido estimó que eran candidatos ideales para unirse a la causa comunista. Los dirigentes del partido informaron que sus esfuerzos habían producido frutos, pero no mencionaron ni la identidad ni el número de conversos. Parece que un número de soldados acató el llamado del partido de dominar a sus compañeros de armas. Hernández atestiguó que "esos soldados con quienes teníamos contacto participaron en los acontecimientos". Pero eran minoría y fueron detectados y fusilados o encarcelados<sup>95</sup>.

Los funcionarios que presidieron el comité investigador del Buró llegaron a la conclusión de que el PCS se había equivocado al unirse a la rebelión. Tal como se expresó un miembro del comité: "*Digo que el análisis presentado por el CC el 10 de enero era muy incompleto e incorrecto y, por lo tanto, condujo a una decisión equivocada*"<sup>96</sup>. A continuación resumió las debilidades del partido: "*El partido era muy*

92 El envío de estas instrucciones se menciona en el testimonio de la investigación del Buró del Caribe. RGASPI, 495:119:4, pp. 47-9. También se hace referencia a ellas en otro testimonio en RGASPI, 495:119:1, p. 13.

93 Dalton, Miguel Mármol (2005), p. 248.

94 Se analiza el papel de los Comandantes Rojos en los testimonios de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:1, p. 21. El testimonio de Mármol también los menciona, p. 246.

95 RGASPI, 495:119:4, pp. 52 y 65; y 495:119:1, p. 22.

96 RGASPI, 495:119:1, p. 20.



del partido no sabían cómo responder ante la revuelta inminente. En las reuniones del partido reinaba la confusión y el mismo CC estaba dividido. Algunos miembros insistían en que una participación en la rebelión era absurda, mientras que otros razonaban que la revuelta era inevitable y que el partido no tenía más opción que incorporarse. Por último, el 10 de enero, apenas diez días antes del estallido de la revuelta, el CC decidió participar. Refiriéndose a la decisión, el camarada H declaró que *“las masas estaban muy ansiosas de liberarse, y el Partido Comunista [era] débil... y [dejó] llevarse por el impulso de las masas... Ni un solo camarada podía anticipar las repercusiones de los acontecimientos... Estimamos que saldrían bien las cosas. Nos equivocamos, y los más aguerridos de nuestro movimiento pagaron con sus vidas... Pusimos lo mejor de nuestra parte... lo que se hizo fue necesario”*<sup>89</sup>.

En la medida que se acercaba la fecha de la revuelta, los mandos del PCS se dividieron aún más. Un camarada propuso que la rebelión se postergara, pero sus contrarios en el CC eran mayoría y votaron seis contra tres, a favor de seguir adelante. Hernández opinó sobre la votación: *“Tantos de nuestros camaradas estaban presos en casi todas las ciudades del país, se efectuaban más capturas y era evidente que todos nuestros camaradas iban a ser fusilados y ellos [los que apoyaban la rebelión] pensaban que sería mejor que todos nosotros compartiéramos el mismo destino. Ninguno de ellos manifestó lógica alguna ni un análisis claro, [ni podían explicar] por qué se justificaba esta acción”*<sup>90</sup>. A pesar de esta incertidumbre, Hernández reconoció que era inútil tratar de frenar la rebelión: *“Si la insurrección, por una razón u otra, hubiera sido pospuesta por el CC, el impulso de las masas era de lucha, y ésta [fue la situación] desde el comienzo, de tal manera que, en cualquier caso, este [levantamiento] solamente podía terminar como efectivamente terminó”*<sup>91</sup>.

En los días finales antes de la revuelta, el partido puso a su disposición los pocos recursos que tenía para influir en la dirección. La evidencia es escasa en relación con lo que se hizo en concreto, pero parecería que el partido dirigió sus esfuerzos principales a la coordinación. La rebelión parece haber sido un conglomerado de

89 RGASPI, 495:119:1, p. 1; y 495:119:4, p. 2.

90 RGASPI, 495:119:4, p. 59.

91 *Ibid.*, p. 67.

de los rebeldes no se podían identificar con facilidad, se establecieron las más arbitrarias clasificaciones. A todos los que se les encontraba portando machete se les consideraba culpables. Todos aquellos que tenían fuertes rasgos de raza indígena, o que vestían los sucios trajes de manta de los campesinos, eran culpables. Para facilitar la tarea, se invitó a todos aquellos que no habían participado en la insurrección a que se presentaran a la comandancia para obtener salvoconductos. Cuando llegaron fueron examinados, y los que presentaban las características arriba mencionadas, fueron apresados. Les ataron los dedos pulgares por la espalda, según la costumbre salvadoreña, y luego amarrados en fila uno tras otro, fueron llevados en grupos de 50 al muro posterior de la iglesia de la Asunción en Izalco y allí fueron abatidos por los pelotones de fusilamiento. En la plaza frente a la comandancia, otras víctimas selectas fueron obligadas a cavar una tumba común, y luego, según un testimonio, fueron exterminados por el fuego de las ametralladoras montadas sobre los camiones. En ocasiones las mujeres y los niños que se negaban a abandonar a sus padres, esposos o hermanos también era asesinados<sup>27</sup>. Un antiguo residente de Izalco, que en aquel entonces era soldado del ejército, asegura que no cabe duda que la guardia se comportó mucho más bárbaramente que los rebeldes, *“disparando sobre cualquiera que se les cruzara”*.

En Juayúa las autoridades gubernamentales usaron el mismo truco que en Izalco, ordenándole a los campesinos que recogieran un salvoconducto para luego asesinarlos, a hombres, mujeres y niños sin distinción<sup>28</sup>. En toda la zona occidental ocurrieron incidentes similares. Desde Turín hasta Acajutla, desde Tacuba hasta Ilopango, e incluso hasta lugares tan apartados como al este de Jiquilisco. En Tacuba la gente todavía señala unos ausoles cerca del pueblo donde se dice que eran arrojados los cuerpos de las víctimas.

Las carreteras quedaron tapizadas de cadáveres en muchas zonas, y las fosas de drenaje a los lados sirvieron como sepulturas improvisadas. En algunos casos los entierros fueron muy a flor de

27 Bustamante, *Historia militar*, p. 106; Darwin J. FLakoll y Claribel Alegria, *Cenizas de Izaleo*, (Barcelona, 1966) p. 164. Esta novela que tiene considerablemente más mérito literario que *Ola Roja*, da una descripción gráfica de la matanza de Izalco.

28 Bustamante, *Historia militar*, p. 106. Este historiador no ofrece garantía completa, pero me parece que este cuadro es exacto.



tierra, o simplemente no se pudieron llevar a cabo, por lo que, como me lo dijo una persona que entrevisté, *“los cerdos y zopilotes se dieron el gran banquete durante un tiempo”*. Es imposible decir cuántos fueron asesinados en cada lugar particular, pero un historiador profesional, bien informado acerca de asuntos locales, y un viejo indígena residente del pueblo, coincidieron en calcular unos 2.000 solamente para Nahuizalco. Cantidad que, aun cuando fuese excesiva, testifica que no fueron unos cuantos los ejecutados.

Hace poco un anciano se atrevió a dar su versión de la matanza en Nahuizalco<sup>29</sup>. Se trata de un campesino, Dionisio Nerio. De acuerdo con su relato, iba pasando por Colón cuando los rebeldes atacaron y lo obligaron a que se incorporara. Los acompañó durante un trecho en dirección a Santa Tecla, pero luego se las ingenió para escabullirse y se fue de prisa a su casa en Nahuizalco. Por el camino se encontró con grupos de rebeldes que trataban de romper las puertas de las casas, y -así le pareció— mataban a quien se les cruzara por el camino. Cada grupo portaba una bandera roja y negra. Llegó a Nahuizalco el 25 de enero, un día después que las tropas del gobierno. Allí permaneció tranquilo hasta el 13 de febrero. Ese día el capitán Flores Argumedo, el comandante militar del pueblo, envió una orden para que todos los que no tuvieran salvoconductos llegaran a la comandancia, donde se les extenderían los papeles necesarios. Como Nerio había estado fuera del pueblo cuando las tropas habían entrado, no tenía ningún pase.

Cuando se presentó al cuartel general militar junto con otros centenares de hombres, fue arrestado al igual que todos ellos. Esa noche los sacaron a fusilarlos de ocho en ocho, amarrados de los pulgares. El pelotón de fusilamiento compuesto por sólo 6 soldados tenía que disparar varias veces para acabar con los ocho, que luego eran empujados de espaldas sobre los cadáveres apilados en una tumba común. Nerio, sin el menor daño, permaneció en la fosa durante horas enteras escuchando las descargas y soportando el peso de los cuerpos que le caían encima. Finalmente, con los dientes cortó las ataduras que lo ligaban a los cuerpos vecinos y se arrastró alejándose en la oscuridad. Logró irse hasta la finca de su patrón, quien lo ocultó hasta que la matanza había pasado. Jura que fueron 985 el número de

<sup>29</sup> “Fusilado relata episodio de 1932”, Diario de Hoy, 11 de mayo de 1969. Nótese que el fusilado tiene el mismo apellido que varios cabecillas de Nahuizalco, circunstancia que muy bien puede haber tenido que ver con su “ejecución”.

resultaron heridos<sup>84</sup>. El gobernador del departamento de Sonsonate se refirió al activismo creciente del campesinado, pero lo atribuyó a *“la Secta llamada impropriamente Comunismo, que no es otra cosa que la contienda abierta del proletariado contra el potentado, por razón no más de su misma situación de miseria en que se encuentra, agravada con la crisis económica porque atravesamos. Pues bien, esas ideas malsanas están arraigadas principalmente entre las personas indígenas que es [entre] las que más se acentúa la pobreza y de quienes se entre saca por lo regular el número indispensable para llenar los individuos de Tropa”*<sup>85</sup>.

¿Qué debía hacer el partido: apoyar una rebelión condenada al fracaso, u observar pasivamente mientras las masas se enfrentaban solas al enemigo de clase? Los dirigentes del partido se encontraban enfrascados en un dilema serio, tal como lo revela el Secretario General en uno de sus informes: *«las condiciones en que nos encontramos son insuperables»*<sup>86</sup>. Para descubrir cómo el partido respondió a esta pregunta, se utiliza una fuente documental con una riqueza sin precedentes, las transcripciones de un comité de investigación que organizó el Buró del Caribe, a finales de 1932<sup>87</sup>. Durante las seis semanas previas a la rebelión, el partido se distanció del Buró y solo le envió los mensajes breves que se mencionaron antes. El Buró envió numerosas cartas que no fueron contestadas en ningún momento. Hasta despachó a dos agentes desde México para reestablecer contacto, pero el PCS los desestimó con el argumento de que carecían de las credenciales necesarias<sup>88</sup>. El Buró conformó un comité investigador para enterarse de lo que había sucedido, durante el tiempo en que las comunicaciones estuvieron interrumpidas. El testigo se identificó como el camarada “H” o “Hernández”, un miembro del CC que sobrevivió a la matanza y logró escapar de El Salvador.

Las transcripciones de la investigación revelan que los miembros

<sup>84</sup> Finley al Secretario de Estado, 3 de octubre de 1931, USNA, RG 59, 816.00B/42, Caja 5507, archivo No. 1. También se hace referencia al ataque a estos trabajadores en RGASPI, 495:119:12, p. 28.

<sup>85</sup> Gobernador de Sonsonate al Ministro de Guerra, 23 de noviembre de 1931, AGN, MG, SS, caja No. 4.

<sup>86</sup> Secretario del CC del PCS, San Salvador, al Buró del Caribe, Nueva York, 8 de octubre de 1931, RGASPI, 495:119:7, p. 16.

<sup>87</sup> Testimonio de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:1 y 495:119:4.

<sup>88</sup> RGASPI, 495:119:1, P- 5.

a sus superiores que había enviado a un delegado a occidente para recabar información, pero que este no había regresado aún ni se había comunicado. La dirigencia del PCS se mostró también desconectada de los acontecimientos de occidente.

El partido, a excepción de una pequeña minoría de sus miembros, se oponía a una rebelión armada. Los dirigentes del partido estaban convencidos de que las condiciones apropiadas para una revolución todavía no existían en El Salvador. Anaya había escrito, en septiembre de 1930, que *“hoy día nosotros no podemos considerar que existen las verdaderas condiciones revolucionarias, lo que existe es una fuerte agudización de la crisis que terminara en una verdadera situación revolucionaria”*<sup>81</sup>. El partido no se desvió de esa línea después de la partida de Anaya. Los dirigentes del partido reconocieron que sus cuadros carecían de experiencia, las masas no compartían sus perspectivas ideológicas y, aún más importante, ni el partido ni las masas poseían el armamento necesario para enfrentarse al ejército salvadoreño.

A pesar de la oposición del partido a la insurrección armada, diversos elementos del campesinado de occidente estaban empeñados en rebelarse. Tal como lo expresó después uno de los miembros del CC, que sobrevivió a la matanza, *“las masas estaban hastiadas de recibir golpes y querían pasar a niveles más altos de enfrentamiento”*<sup>82</sup> [traducción del inglés]. Los informes enviados en esos momentos desde El Salvador indicaban que la represión militar contra el campesinado occidental iba en aumento, durante las últimas semanas de 1931. El ministro británico, por ejemplo, informó “de buena fuente” que la Guardia Nacional había matado a sesenta trabajadores en huelga, en una finca del occidente<sup>83</sup>. El encargado de negocios de Estados Unidos escribió sobre otro incidente, en el cual la Guardia Nacional desarticuló una huelga en una finca cerca de Zaragoza, en el departamento de La Libertad. En ese enfrentamiento murieron catorce obreros, y sus cuerpos fueron lanzados a una zanja; mientras que otros quince

81 Anaya, Guatemala, al compañero Alberto Moreau, Secretario General del Departamento Colonial del Partido Comunista de Estados Unidos (P.C.E.E.U.U.), 8 de septiembre de 1930, 495:119:12, p. 10.

82 Testimonio de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:1, p. 19.

83 Rodgers a Sir John Simón, Foreign Office, 7 de enero de 1932, PRO, FO 371/15812, A612/918.

campesinos que se capturó y asesinó en el día 13 únicamente.

El coronel Julio C. Calderón, hermano del general a cargo de la pacificación, dirigió el tribunal militar en Ahuachapán. Según su propia versión<sup>30</sup>, presidió el enjuiciamiento, y se debe presumir la ejecución, de 250 “comunistas” en esa ciudad. Para justificar la actitud del gobierno, recita todos los crímenes que efectivamente cometieron los rebeldes, y luego pregunta: *“¿Quién se podía quedar de brazos cruzados ante esos crímenes? No, no eso no podía ser, los que capturamos eran tan fieros, y pagaron por sus crímenes en el mismo lugar donde habían matado a sus víctimas”*. Algunos de los que juzgó eran desertores militares de la guarnición local.

Un incidente curioso que relata con respecto a los juicios en Ahuachapán fue la llegada de un sacerdote dominicano español, con cartas de Martínez y el arzobispo de San Salvador, donde lo autorizaban a hablar con los prisioneros. El coronel Calderón, que esperaba un sermón edificante, reunió a los presos, pero el sacerdote comenzó: *“Hermanos, no habéis pecado y no deberíais estar aquí, en el banquillo de los acusados, sino que en vuestro lugar debería estar la burguesía de Ahuachapán, los dueños de las fincas, las haciendas y las minas”*. El coronel Calderón le ordenó que saliera del cuartel. Más tarde el mismo sacerdote trató de causarle problemas al coronel y lo acusó de ser teósofo, como el tirano. Únicamente después de varios días de negociaciones pudo el ejército convencer al dominico de que abandonara la localidad.

No toda la matanza tuyo lugar en el campo. Las autoridades de San Salvador utilizaron las listas de votantes para encerrar a todos los que habían votado por los comunistas, o los que por otros motivos eran sospechosos. Muchas personas fueron víctimas de venganzas personales. *“Todas las noches salían camiones llenos de víctimas de la Dirección General de Policía a la ribera del río Acelhuate, donde las víctimas eran fusiladas de inmediato y enterradas en grandes zanjas sin que ni siquiera se les tomaran los nombres”*<sup>31</sup>.

Joaquín Castro Cañizales nos ha dado un relato vivo de los sucesos de la capital:

30 Julio Calderón, “Memorial histórico”, pp. 1 - 2, 4 - 5.

31 Bustamante, Historia militar, p. 106.

*La ley marcial... fue aplicada excesivamente en las ciudades. Cuántas venganzas se cumplieron en esa ocasión! Una simple broma contra fulano de tal era suficiente para que uno fuera a dar a las celdas de la Policía y de allí al olvido. Un empleado de don Juan Lüders, el propietario de "El Fénix", fue muerto mientras sacaba a pasear a un perrito, y dos muchachos que se fueron a bañar a buena mañana a El Coro, fueron abatidos por los cívicos. La ley marcial de 1932 terminó para siempre con la alegre vida de la ciudad —los muchachos llevando serenatas a las románticas muchachas en las noches estrelladas, «as bandas estudiantiles como Los Cheros o Guanatica, o las marimbas llamadas ticusieras que iban de un lado a otro.... Convirtió a la capital en un cementerio... nadie salía por miedo»<sup>32</sup>.*

¡Y esto lo dice el hombre cuyo golpe de Estado llevó a Martínez al poder!

Buezo asegura que en ocasiones se invadían los hoteles y las pensiones y los que tenían cabello rubio eran arrastrados y muertos por sospechosos de ser rusos<sup>33</sup>. Pero debemos señalar que no existe ninguna información de estadounidenses muertos por el gobierno.

Nunca se sabrá a ciencia cierta cuántas personas fueron asesinadas en la matanza. La verdad es que el general Martínez no tenía escrúpulos para matar. Parece que en esto le ayudaron mucho sus caprichosas concepciones religiosas. A su culto lo llamaba Teosofía, y según él le enseñaba *"que era mayor crimen matar a una hormiga que a un hombre, ya que el hombre al morir reencarnaba, mientras que la hormiga se moría para siempre"*<sup>34</sup>. Durante la revuelta, uno de sus ayudantes le increpó por la ferocidad de la represión, a lo cual respondió citando un texto religioso hindú (probablemente el Bhagavad Gita), que daba a entender que él no mataba con malicia, sino en forma desapasionada. *"Sólo soy el instrumento con que la*

32 Quino Caso, "Acontecimientos", Tribuna Libre, 25 - 26 de enero de 1952.

33 Buezo, Sangre de hermanos, p. 67.

34 Martz, Central America, p. 82

*Sonsonate especialmente los camaradas sólo hablan ya de insurrección, no creemos del caso perder la acción de esa fuerza contenida sino que esperamos ligarla más y no hacer que aborte desconectada"*<sup>76</sup>.

En vista de que sus cartas eran solicitudes de ayuda material, tanto el PCS como el SRI aseguraron a sus superiores que controlaban la situación, y que cualquier ayuda produciría resultados tangibles. El Secretario General del SRI se refirió a *"nuestros campesinos organizados"* y manifestó que *"las masas responden inmediatamente pero para controlar la acción urgen los fondos suficientes para que se puedan menear con desahogo todos los camaradas, activar las delegaciones, editar mas material, etc."*<sup>77</sup>. También hizo ver que *"cada camarada que milita en ellas, no piensa que lo hace simplemente por ayudar a los que caen, ni a las víctimas, ni a sus familias, ellos entienden que los carnets son como las boletas del Ejército Rojo, eso piensan y nada mas"*<sup>78</sup>. El PCS escribió que *"los trabajadores agrícolas están esperando las órdenes del CC del Partido Comunista de esta sección para comenzar la insurrección agraria [...] Estamos a la espera de que nos envíen inmediatamente todo el material necesario para nuestra insurrección agraria anti-imperialista"*<sup>79</sup> [traducción del inglés].

No llegó ningún dinero o asistencia, lo cual no es para sorprenderse. Nueva York y Moscú habían proporcionado solo apoyo nominal a Centroamérica, hasta ese momento, y los encargados del Buró del Caribe seguramente se extrañaron ante las noticias de una revuelta a punto de estallar. Hasta las solicitudes de ayuda del PCS y el SRI denotan su poco dominio de la situación. Una de las cartas del Secretario General del SRI, en San Salvador, reconocía su incapacidad para proporcionar más información sobre la situación en occidente debido al *"completo divorcio entre la ciudad y el campo"*<sup>80</sup>. Informó

76 Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 22 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 7.

77 Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, diciembre 8 de 1931, RGASPI, 539:3:io60, p. 11. La referencia a "campesinos organizados" se encuentra en la página 8.

78 Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 29 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 9.

79 Secretario del CC del PCS, San Salvador, al Buró del Caribe, Nueva York, 8 de octubre de 1931, RGASPI, 495:119:7, p. 15.

80 Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 29 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 8.

sin descanso, lo cual obligó al partido a mantenerse al margen de la movilización electoral<sup>73</sup>.

El segundo momento en que el partido mostró su incapacidad para controlar a las masas fue en los últimos meses de 1931, cuando el PCS y el SRI se dieron cuenta de una insurrección en ciernes de proporciones potencialmente enormes, en las zonas rurales de occidente. Enviaron una serie de cartas a sus superiores de Nueva York, entre octubre y diciembre de 1931, en solicitud de consejo, armas, combatientes internacionales y dinero. El tono de las cartas sugiere una situación desesperada: **“La situación es apremiante”**, escribió el PCS en octubre de 1931, *“... estos camaradas están bajo la ilusión de que con sus machetes estarán suficientemente preparados para sostener un movimiento de esta clase”* [traducción del inglés]. La misma carta revela la resignación del partido ante su incapacidad para impedir que se materializara la insurrección: *“Estuvimos de acuerdo desde un principio con el propósito de combatir con nuestras teorías revolucionarias de clase todas las tendencias izquierdistas que comenzaban a desarrollarse al comienzo de nuestro movimiento, pero ahora hemos llegado al momento en que no podemos frenar la ola revolucionaria que está surgiendo por todas partes, dispuesta a alcanzar el poder, vivos o muertos”*<sup>74</sup>.

El SRI hizo eco de la urgencia expresada por el PCS. En una carta a Nueva York, fechada el 29 de noviembre de 1931, el Secretario General del SRI escribió: *“La situación es grave y tiende a ponerse más grave cada vez. No deben ustedes ver con indiferencia estas cuestiones, ni tampoco a concretarse a simples resoluciones teóricas”*<sup>75</sup>. En una carta fechada una semana antes, el Secretario General había escrito: *“... en*

encuentran en la colección de recortes de prensa del AGN, SI, capítulo 1, caja No. 17.

<sup>73</sup> La influencia más evidente del partido en las elecciones se aprecia en los nombres de algunos partidos políticos. Un par de ejemplos son el del “Partido Sindicalista de Trabajadores”, en Juayúa, y el “Sindicato de Trabajadores del Campo”, en Izalco. Véase Emilio Redaelli, alcalde de Juayúa, al Gobernador de Sonsonate, 18 de diciembre de 1931, AGN, MG, SS, caja No. 3; y telegrama de Valdez, alcalde de Izalco, al Gobernador de Sonsonate, 15 de diciembre de 1931, AGN, MG, SS, caja No. 1.

<sup>74</sup> Secretario del CC del PCS al Buró del Caribe, 8 de octubre de 1931, RGASPI, 495:119:7, pp. 14-16.

<sup>75</sup> Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 29 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 9.

*providencia forja el destino”*<sup>35</sup>.

Sin embargo, tal como lo sugirió **Opinión Estudiantil** el 8 de julio de 1944, poco después de su derrocamiento, es posible que las motivaciones que lo impulsaron a sus acciones hayan sido más prácticas y menos religiosas. Es posible que Martínez haya estado tratando de aparecer ante la opinión pública mundial, y en especial ante la de los Estados Unidos, como el campeón del anticomunismo.

En lo que se refiere a cálculos globales, existen opiniones muy diversas. Los salvadoreños, como la gente de la Edad Media, tienden a utilizar números como 50.000 simplemente para indicar una gran cantidad —sin mucho fundamento estadístico. López Vallecillos dice que en la insurrección tomaron parte unas 16.000 personas, y que 40.000 fueron asesinadas. Mauricio de la Selva dice que el gobierno asesinó a unas 30.000 personas. Jorge Schlesinger admite la muerte de 25.000, y el coronel Bustamante señala 24.000. Rodolfo Buezo asegura que vio estadísticas gubernamentales que daban un total de 20.000; el Dr. David Luna acepta este número también<sup>36</sup>.

Sin embargo, fuentes que tal vez tuvieron mejor oportunidad de juzgar sugieren menores cantidades. Joaquín Castro Cañizales me dijo que sería correcto más o menos unas 16.000. Osmín Aguirre, que comandaba la policía, dice que el número de ejecutados no excedía los 6 ó 7.000. Y el general Peña Trejo dice que sólo murieron de 2 a 3.000. También él estaba en situación de saber, ya que era el encargado de la organización de la guardia cívica en gran parte de la zona insurreccional. Miguel Pinto h., el editor de **Diario Latino** parece creer en la veracidad de este último cálculo.

Por supuesto que se puede argumentar que algunos de los cálculos más bajos han sido motivados por consideraciones partidarias. Rollie Poppino, que toca el problema en su estudio general sobre el comunismo latinoamericano, acepta la cifra de 25.000<sup>37</sup>. Pero debo admitir que a mí me parece demasiado alta por la simple razón de los

<sup>35</sup> Esto me lo contó el periodista Serafin Quiteño.

<sup>36</sup> López Vallecillos. El periodismo, p. 106; De la Selva, “Lucha”, p. 196; Jorge Schlesinger, Resolución comunista, p. 4; Bustamante Historia militar, p. 107; Buezo, Sangre de hermanos, pp. 84 - 86; Luna, “Trágico suceso”, p. 63.

<sup>37</sup> Rollie Poppino. International Communism in Latin America: A History of the Movement, 1917 - 1963 (Nueva York, Free Press, 1964), p. 141.



problemas físicos implicados en la tarea de deshacerse de un número tan grande de gente en un tiempo tan corto. El número de tropas y policías disponibles, la cantidad de municiones y el tiempo utilizado, además del número de gente que puede haber caído en sus manos, parecen indicar como un cálculo más razonable la cifra de 8 a 10.000.

La cifra de las bajas en el otro bando también son difíciles de estimar. El gobierno jamás dio a conocer el número total de civiles muertos, ni el de militares caídos. Recientemente, fui con el Director de los Archivos Nacionales a ver al jefe del Estado Mayor del Ejército, sólo para que se me dijera que los registros habían desaparecido! Sin embargo, no es tan difícil de acertar cifras aproximadas para las bajas del gobierno como para las de los rebeldes. El presente trabajo registra 21 personas, incluyendo a los policías locales, pero excluyendo a los guardias, a los policías de línea, a los de aduana y a los soldados, muertos por los rebeldes en la insurrección. Fui a los principales centros de la revuelta y traté que el mayor número de gente se recordara el número de personas muertas, y esa cifra fue la mayor que pude obtener. Hay una o dos posibles confusiones de nombres, y además es posible que se me hayan escapado hasta 8 ó 10 ciudadanos muertos, pero el número total de gente que cayó bajo los golpes de machete o los disparos de los rebeldes no puede exceder de ninguna manera los 35<sup>38</sup> (26).

En cuanto a las bajas militares, en el ataque a Sonsonate murieron 5 policías de aduana. No hay noticias de que murieran más agentes aduaneros. El propio coronel Osmín Aguirre y Salinas me dijo que sus policías de línea no perdieron más de 10 hombres, incluyendo 6 en Sonsonate y 3 en Santa Tecla. En Sonsonate mataron a 5 guardias, y en Tacuba a 3 más. El 6 de febrero de 1932, La Prensa publicó la lista de todos los guardias nacionales muertos en la insurrección, dando sólo 9 nombres, y 10 más heridos. Dejando un amplio margen por posibles errores, es muy difícil que el número de policías y guardias muertos en la rebelión sea mayor que 30.

Las cifras del ejército regular son más difíciles de estimar. Peña Trejo considera en entre policías y soldados murieron un centenar de hombres, mientras Castro Cañizales, que se encontraba también

38 Esta es por supuesto una cifra totalmente alejada de los "centenares de terratenientes y comerciantes" que Poppino dice fueron muertos (Ibid., pág. 142).

La participación masiva en las elecciones de 1931 fue posible gracias a las reformas políticas del presidente Pió Romero Bosque (1927-1931). Su sucesor, Arturo Araujo (marzo-diciembre de 1931) fue producto de las reformas. No debe causar sorpresa que el PCS haya denigrado a ambos individuos; se refirió a Araujo, entre otras cosas menos agradables, como un "demagogo filantrópico"<sup>68</sup>. Cuando decidió en un inicio no presentarse a las elecciones, el partido subestimó el grado de identificación de los sectores populares con la política local. Ante la posibilidad de quedar distanciado de su base entre las masas, el partido cedió y se unió a la competencia electoral. Así se expresó un miembro del CC más tarde ante un comité del Buró del Caribe: "¿Qué alternativa tuvimos?"<sup>69</sup>

El partido elaboró una plataforma electoral bastante modesta para estos comicios al centrarse en temas políticos más que económicos. La plataforma hacía referencia a la asistencia a la niñez y a los desempleados, pero obvió toda referencia a ideas revolucionarias e incluso socialistas. Los dirigentes del partido llegaron a la conclusión de que una plataforma con referencias a doctrinas comunistas solo terminaría alienando a las masas y provocaría a las fuerzas de la represión<sup>70</sup>. El partido obtuvo cierto éxito en algunas zonas urbanas, donde su número era más grande. En San Salvador, por ejemplo, el candidato comunista para alcalde alcanzó un apretado tercer lugar y recibió más de 1400 votos<sup>71</sup>. El partido logró este buen resultado en San Salvador porque el nuevo régimen del general Martínez había concretado una tregua de facto con el partido en las zonas urbanas. Esta "tregua" provocó abundantes comentarios en los editoriales de los periódicos, en tanto los columnistas se dedicaron a debatir la conveniencia de dejar que los comunistas participaran en las elecciones<sup>72</sup>. Pero en las zonas rurales, la represión gubernamental continuó

68 Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 117.

69 Testimonio de la investigación llevada a cabo por el Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:4, P- 47.

70 La plataforma es analizada por un miembro del CC en su testimonio en la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:4, pp. 24-6. Los analistas del Buró del Caribe criticaron mucho esta estrategia, RGASPI, 495:119:1, PP-11-16.

71 Diario Latino, 5 de enero de 1932, p. 1, en una colección de recortes de prensa en el Archivo General de la Nación (AGN), SI, capítulo 1, caja No. 17. La elección en San Salvador también fue analizada por un miembro del CC en su testimonio en la investigación del Buró del Caribe. RGASPI, 495:119:4, p. 44.

72 El tema de la anuencia del nuevo gobierno de Martínez de permitir la participación del PCS en las elecciones se analiza en el Diario Latino, 12 y 22 de diciembre de 1931; y Patria, 21 de diciembre de 1931. Todas estas referencias se



tiempo, la importancia de haber recabado su testimonio adquiere todavía más relevancia.

Pese a la sofisticación y los matices de su planteamiento, además de lo novedoso de sus fuentes, el autor se mantiene algo escéptico sobre cualquier argumento que se incline por el enfoque de la causalidad comunista, porque considera que tiene que abordar ciertas preguntas claves: ¿Cuándo, cómo y bajo qué condiciones pudo el PCS y/o el SRI cerrar la brecha que separaba al campo de la ciudad, a los ladinos de los indígenas, y a los proletarios de los pequeños propietarios? ¿Fueron capaces de lograr esto en el corto lapso de seis meses, después que resolvieron sus propios problemas internos y comenzaron a orientar sus esfuerzos hacia la organización? La búsqueda de respuestas a estas preguntas dará pie a un debate historiográfico intenso durante los próximos años. No obstante, los perfiles del debate ya adquieren forma cuando se compara *Cicatriz de la memoria* con otra película sobre 1932, *Ama: la memoria del tiempo*, del cineasta Daniel Flores<sup>67</sup>. Basada también en entrevistas personales con ciudadanos mayores, la película de Flores sostiene que Feliciano Ama, el supuesto líder de la insurrección de Izalco, no era un comunista, sino un “comunero” que luchó por defender los derechos del pueblo indígena. La película cuestiona el grado de su participación en el levantamiento y sugiere que su asesinato pudo haber sido motivado por los ladinos de la localidad, que se aprovecharon del levantamiento para eliminarlo.

### La rebelión

Pese a sus logros organizativos, el PCS fracasó, en última instancia, en la obtención de su objetivo de convertirse en la vanguardia de las masas de occidente. De manera recurrente, tuvo que hacerle frente a su influencia limitada sobre el campesinado, pero dos casos son ilustrativos. El primero fueron las elecciones municipales de diciembre de 1931. El partido consideraba que dichas elecciones eran “burguesas”, y decidió boicotearlas en un inicio para que sus militantes pudieran permanecer anónimos y seguir centrados en la labor de organización. Resultó decepcionante para el partido enterarse del fuerte apoyo de las masas al proceso electoral.

<sup>67</sup> Daniel Flores, *Ama: la memoria del tiempo*, 2003

en una posición buena para saber, ya que era oficial de la escuela militar y persona cercana al régimen, asegura que sólo murieron unos cuantos soldados. Tomando en cuenta estas opiniones, e incluyendo los soldados que fueron ejecutados como traidores entre los rebeldes, el mayor número de soldados muertos que se podría calcular sería de 40. Quizás sería más exacto la mitad de esa cantidad.

Reuniendo todas estas cifras resulta que los rebeldes mataron durante la insurrección cerca de unas 100 personas en total. En la matanza que siguió al levantamiento, o en éste mismo, puede ser que hayan muerto unos 10.000 rebeldes, de los cuales es fácil que el 90 por ciento haya caído en la matanza. Esto significa que el gobierno ejecutó represalias en una relación de 100 por 1. Además, se puede apreciar que el número total de muertos en la insurrección constituía aproximadamente el 0.7 por ciento de la población global de El Salvador, lo cual es una cifra considerable.

La rebelión, que se inició con sangre, terminó ahogada en una sangría todavía mayor. Carecería de sentido discutir si las atrocidades cometidas por los revolucionarios justifican o no las cometidas por el gobierno. Ambos bandos pensaron que estaba en juego todo y que se justificaba la utilización de cualquier medio. El impacto en el país, ya seriamente afectado por la depresión, fue incalculable.

Para todos los propósitos prácticos, la rebelión ya había terminado el 25 de enero, y para esa fecha era la matanza la que estaba en su furor. Pero todavía se tenía que representar un último acto del drama de 1932, y éste era el que más captaba la imaginación de los salvadoreños en medio de todos los acontecimientos.

## ***Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932***

**Por Erik Ching**  
UCA editores 2007

la participación del SRI. La película documental 1932: **Cicatriz de la memoria** es, quizás, la versión más conocida de sus planteamientos disponible hoy en día en El Salvador. Cualquier estudioso que adopta la perspectiva de la “causalidad comunista” en relación con el levantamiento de 1932, ha debido explicar cómo los cuadros ladinos y urbanos del partido establecieron vínculos de organización fuertes y duraderos con el campesinado indígena de occidente. Las versiones anteriores de la causalidad comunista, como las elaboradas por Anderson, Mármol/Dalton, Schlesinger y Méndez, entre otros, le atribuían a la FRTS, el PCS y/o Martí el haberse hechos presentes entre el campesinado de occidente para convertirlos a la causa del radicalismo militante, y después encabezarlos durante la rebelión en enero de 1932. Gould, Henríquez Consalvi y Lauria presentan una variación sobre este planteamiento, cuando le atribuyen un papel organizativo determinante al SRI en lugar de atribuírselo al PCS. Sin embargo, enseguida argumentan que el SRI, en vez de conservar las características originales de una organización de orientación urbana encabezada por ladinos, fue tomado por el campesinado occidental, que asumió el control de las seccionales del SRI y les imbuyó un significado propio de la localidad. Los pobres de las zonas rurales aceptaron el nombre del SRI y sus vinculaciones con militantes urbanos con la esperanza de formar alianzas políticas más extensas, pero en última instancia reconfiguraron el SRI a su propia imagen y semejanza. En lugar de acatar las directrices de comunistas urbanos o países extranjeros, los indígenas y los campesinos utilizaron al SRI para expresar sus propias creencias y defender sus identidades locales, en especial lo indígena. Dentro del contexto de este argumento étnico más amplio, Gould, Henríquez Consalvi y Lauria explican de manera novedosa la revuelta con base en las interpretaciones étnicas en torno al género y la violencia sexual. En breve, plantean que los hombres indígenas resentían las pretensiones de los ladinos de ejercer un control sobre las normas sexuales de las mujeres indígenas. Uno de los principales aportes de estos estudiosos ha sido la enorme cantidad de entrevistas personales, efectuadas a finales de la década de 1990 y comienzos de la de 2000, con residentes ya mayores del campo occidental, quienes conocieron de primera mano los acontecimientos de 1932. En la medida que estas personas fallecen con el paso del

Thieves and Steal our Wage.’ Toward a Reinterpretation of the Salvadoran Rural Mobilization, 1929-1931”, *Hispanic American Historical Review* 84:2 (2004), pp. 191-237. Gould y Lauria se encuentran preparando un libro sobre sus planteamientos

entre el PCS y el SRI. Expresó que el SRI entendía que el objetivo de la labor organizativa era la creación de un partido “bolchevique”, que solo se lograría mediante la organización efectiva de las masas en sindicatos específicos. En resumen, Ramírez acusaba al PCS de inacción proselitista y de no asumir una postura activa ante la organización de las masas obreras<sup>65</sup>.

Los conflictos entre el SRI y el PCS, y entre Martí y la dirigencia principal del PCS sugieren la posibilidad de que Martí y el SRI estaban organizando al campesinado de occidente con independencia del partido. El autor expresa su escepticismo ante semejante posibilidad, porque no existe evidencia alguna que lo sugiera, pese a la posición insurreccional de Martí. Por otro lado, sería lógico suponer que si Martí había estado intentando organizar al campesinado, su impacto habría sido limitado. Él y sus seguidores habrían comenzado su labor con el mismo atraso que el partido, eran igualmente pocos y enfrentaban los mismos obstáculos como los miembros del partido. También es lógico suponer que los activistas del PCS se habrían dado cuenta de cualquier avance importante dentro del campesinado de parte de una facción del SRI, y lo habrían calificado como una amenaza grave para el partido. Además, como se verá a continuación, Martí trabajó de cerca con el partido en los últimos meses de 1931, en especial durante las dos semanas críticas previas a la fecha prevista para la insurrección. Por lo que se sabe, Martí no fue capaz de aportar más en aspectos específicos a la causa insurreccional que cualquiera de los otros dirigentes del partido, por ejemplo, en el establecimiento de vínculos directos y muy desarrollados con los líderes campesinos de occidente. A pesar de su popularidad y la muy visible naturaleza de algunas de sus acciones, incluyendo su encarcelamiento y la huelga de hambre de mayo de 1931, al autor le parece que atribuirle la rebelión a Martí o al SRI nos conduce a los mismos errores de argumentación que si se le atribuyera al PCS.

Hace poco, Jeff Gould, Carlos “Santiago” Henríquez Consalvi y Aldo Lauria<sup>66</sup> presentaron una variante importante de la tesis de

<sup>65</sup> Gregorio Ramírez, Santa Ana, 22 de abril de 1931, al Compañero A. Herclat, París, Francia, RGASPI, 534:7:455, P-18.

<sup>66</sup> Jeff Gould, “Revolutionary Nationalism and Local Memories in El Salvador”, en Gilbert M. Joseph (Ed.), *Reclaiming the Political in Latin American History* (Durham: Duke University Press, 2001), pp. 138-71; Jeff Gould y Carlos Henríquez Consalvi, 1932: Cicatriz de la memoria, Museo de la Palabra y la Imagen, 2002; y Jeff Gould y Aldo Lauria, “They Cali us

## Comunismo, indígenas y la insurrección de 1932

Por Erik Ching

### Introducción

El levantamiento y la matanza de 1932 son un parte-aguas en la historia de El Salvador, no solo para los académicos que se interesan en el estudio de esos acontecimientos, sino también para la población salvadoreña en general que, en su memoria colectiva, retiene con firmeza los hechos de 1932. A pesar de su gran importancia para El Salvador y, de manera más específica, para el sentimiento de identidad nacional de las salvadoreñas y los salvadoreños como personas, el significado de los hechos de 1932 sigue siendo un tema bastante polarizado. Para la izquierda política, 1932 simboliza la intransigencia de las elites económicas del país, su alianza con los militares y su disposición colectiva de llevar a cabo actos brutales de represión frente a una movilización popular. Para la derecha política, 1932 confirma los planteamientos de una real amenaza comunista a la soberanía nacional.

Sin embargo, uno de los aspectos sorprendentes de la memoria de 1932 es que la izquierda y la derecha, pese a sus diferencias fundamentales, han coincidido en un aspecto básico, que tuvo una naturaleza comunista, en el sentido de que el Partido Comunista Salvadoreño (PCS) y/o sus aliados internacionales lo propiciaron y organizaron, y que dirigieron a los rebeldes campesinos en los ataques. Las razones de esta coincidencia entre la derecha y la izquierda es que ambos se benefician cuando presentan su argumento. La izquierda fortalece su imagen de vanguardia histórica de las masas, con independencia del desenlace trágico del levantamiento o, quizás, gracias al mismo. La derecha se presenta como el defensor histórico

de un país que rechazó una arremetida comunista. Esta línea de argumentación puede identificarse como “causalidad comunista”.

Los estudiosos y los legos han adoptado la “causalidad comunista” como respaldo, en parte, a sus propias agendas políticas, pero también porque la evidencia que tenían a la mano era limitada en extremo y respaldaba esa línea de argumentación. Ahora bien, los tres trabajos más citados sobre 1932 son: (a) el vistazo periodístico de occidente, de Joaquín Méndez, inmediatamente después del levantamiento: **Los sucesos comunistas de 1932 en El Salvador**; (b) el análisis periodístico de Alfredo Schlesinger, publicado en Guatemala en 1946, **Revolución comunista: ¿Guatemala en peligro?**; y (c) el testimonio personal de Miguel Mármol y Roque Dalton, **Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador**, publicado por vez primera en 1972<sup>1</sup>. Si bien es cierto que estos tres escritos se publicaron como libros, también cumplen un papel importante como fuentes de información primaria. El libro de Méndez incluye muchas entrevistas a testigos oculares; Schlesinger basó su estudio en documentos proporcionados por el gobierno salvadoreño, además de que reprodujo muchos de estos documentos; y Miguel Mármol y Roque Dalton proporcionan lo que es ostensiblemente una narrativa, en primera persona, de las experiencias de Mármol durante y después de la masacre.

También se encontraron con facilidad otras fuentes de evidencia primaria, entre estas, reportajes periodísticos, editoriales, testimonios de testigos oculares e informes de las legaciones de Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin embargo, la información de fuentes primarias sobre estos acontecimientos no ha sido nada abundante, razón por la cual los tres escritos, de Méndez, Schlesinger y Mármol/Dalton, han figurado de manera tan recurrente entre las obras citadas en todo estudio que intenta analizar estos hechos en cuestión. Estas tres obras se han complementado con otros estudios notables tomados de las pocas fuentes primarias disponibles. Uno de los más conocidos es el estudio del historiador estadounidense Thomas Anderson, publicado en inglés, en 1971<sup>2</sup>.

1 Joaquín Méndez, *Los sucesos comunistas de 1932 en El Salvador* (San Salvador: Imprenta Funes y Ungo, 1932); Alfredo Schlesinger, *Revolución comunista: ¿Guatemala en peligro?* (Guatemala: Unión Tipográfica Castañeda, Ávila y Cía., 1946); Roque Dalton, *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador* (San Salvador: UCA Editores, 2005 [San José: EDUCA, 1972]).

2 Thomas Anderson, *El Salvador, 1932* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 2001) [Matanza: *El Salvador Communist Revolt 0/1932*,

y la línea oficial del PCS y el Buró del Caribe. No es fácil precisar las diferencias específicas entre Martí y Anaya en torno al tema de la insurrección, pero es evidente, al leer los informes de Anaya, que Martí era partidario de una postura insurreccional más agresiva. Esto condujo a críticas reiteradas por parte de Anaya, a veces a través de la correspondencia que le enviaba directamente a Martí, y otras en los informes que enviaba a sus superiores. Por ejemplo, a finales de 1930, Anaya le escribió a Martí y lo acusó de ignorar las líneas de mando establecidas y de adherirse a una gama de posturas ideológicas falaces, en especial en lo referente al momento propicio de la insurrección. En una carta, Anaya cita en forma repetitiva a Marx y Lenin para demostrarle a Martí los errores en su forma de actuar. En informes que envió después a sus superiores, Anaya acusó a Martí de ser un “oportunista”, una acusación grave. Aun después de la muerte de Martí, en 1932, y a finales de su vida, Anaya insistió en sus críticas contra él. En una entrevista, publicada en una revista mexicana en la década de 1980, el anciano Anaya recordó sus tiempos en El Salvador y dijo: “*el problema con Farabundo Martí era su impulsividad. A veces pienso que ese fue uno de los problemas graves que hubo allí*”<sup>64</sup>. Martí también fue criticado por la dirigencia del PCS después de la partida de Anaya, en 1930, en particular por su reunión con Araujo en agosto de 1931. Martí había ignorado la jerarquía del partido y se reunió con Araujo sin permiso o instrucciones del partido.

Desafortunadamente, la documentación histórica no proporciona las respuestas personales de Martí a estas acusaciones, pero los informes de otros dirigentes del SRI revelan que las acusaciones no pasaron desapercibidas. En un informe a sus superiores en Nueva York, Gregorio Ramírez, otro dirigente del SRI, expresó su desprecio hacia el PCS cuando afirmó que sus líderes “se sienten Dictadores, su palabra es ley y nada más”. A continuación, atribuyó al SRI una serie de avances en cuanto a la organización entre las masas obreras, pero acusó a los “comunistas sin preparación” por destruir ese progreso. Al precisar sus críticas, Ramírez resaltó las diferencias ideológicas

64 Véase Carlos Figueroa Ibarra, “El ‘bolchevique mexicano’ de la Centroamérica de los veinte”, *Memoria* 4:31 (septiembre-octubre de 1990), p. 220; también puede verse el testimonio del propio Anaya en Fernández Anaya, “La fundación del Partido”, p. 237. Las críticas de Anaya a Martí también se encuentran en un informe de Anaya a Alberto Moreau, Secretario General del Departamento Colonial del Partido Comunista de Estados Unidos (“Colonial Department of the Communist Party USA”), RGASPI, 495:119:12, p. 8.



compleja de depuración ideológica como el PCS. No obstante, después de la reunión de reorganización, en mayo de 1931, las afiliaciones al SRI crecieron con rapidez. Un informe menciona que el número de sus sedes aumentó a 49, incluyendo ocho en Sonsonate y doce en Ahuachapán, y que había entregado casi 6 000 credenciales. El encarcelamiento y la huelga de hambre de Martí le proporcionaron un fuerte ímpetu a esta afluencia de miembros <sup>63</sup>.

Si bien es cierto que el PCS y el SRI eran aliados y bregaban juntos para alcanzar los objetivos revolucionarios, manifestaban importantes diferencias personales e ideológicas que se asemejaban a una disputa de facciones. Gran parte de esta disputa estaba personificada en sus dos dirigentes principales: Martí por el SRI y Anaya por el PCS. Tal como se analizó antes, Anaya era el jefe de facto del PCS, y aun después de su salida, a fines de 1930, el partido siguió reconociendo su influencia y seguía adherido a la postura ideológica que había contribuido a formular como fundamento del partido. Entre sus muchos aportes a la postura ideológica del partido, una de las más importantes tenía relación con el tema del potencial insurreccional de El Salvador. Como leninista estricto y seguidor leal de la línea del **Comintern**, Anaya propugnaba por un enfoque vanguardista dentro del trabajo de organización. Insistía, al igual que el **Comintern**, en que las condiciones económicas y sociales de El Salvador no estaban maduras para la revolución, y que el PCS necesitaba más tiempo para preparar a las masas y convertirse en su líder reconocido. Si una revolución estallara en forma prematura, solo atrasaría el éxito revolucionario a largo plazo, porque expondría al partido y a sus aliados de la clase obrera a un terror contrarrevolucionario antes de que estuvieran preparados para defenderse. El **Buró del Caribe** definió los movimientos revolucionarios prematuros como “insurreccionales de izquierda” o “putchista de derecha”, ambas acusaciones serias que rara vez dejaban de castigarse.

Como eran compañeros de lucha de línea radical y activistas del comunismo internacional, Anaya y Martí trabajaron de cerca en varias ocasiones, pero como adversarios ideológicos no sentían mucha simpatía el uno por el otro. Martí, en particular, era proclive a una postura insurreccional más inmediata en comparación con Anaya

<sup>63</sup> Ibid. Véase también 495:119:12, p. 12, que contiene un informe previo de Anaya que hace referencia al número de locales del SRI, en 1930.

Con independencia de su origen en la derecha o la izquierda, estas fuentes, tanto primarias como secundarias, se han inclinado por definir a los rebeldes como comunistas y han descrito la rebelión como una conspiración comunista. Por ejemplo, el subtítulo original del libro de Thomas Anderson fue **La revuelta comunista de El Salvador de 1932**<sup>3</sup>. El estudioso costarricense, Rodolfo Cerdas Cruz, le asigna a la Internacional Comunista una “influencia determinante” dentro del PCS y en el estallido de la revuelta<sup>4</sup>. Una tercera estudiosa plantea que la rebelión ocurrió porque el comunismo se tornó “hegemónico” entre el campesinado occidental, entre 1930 y 1932<sup>5</sup>. Con pocas excepciones, el enfoque de causalidad comunista ha prevalecido en las interpretaciones más aceptadas de la insurrección<sup>6</sup>. Y entre las excepciones se encuentra el breve estudio de Héctor Pérez Brignoli, que centró su atención en las comunidades indígenas y dejó a un lado el comunismo, aunque no tuvo disponible ninguna evidencia nueva cuando escribió a comienzos de la década de 1990<sup>7</sup>.

publicación original] (Lincoln: University of Nebraska Press, 1971).

<sup>3</sup> Ibid.

<sup>4</sup> Rodolfo Cerdas Cruz, *The Communist International in Central America, 1920-1936* (Houndsmill: Macmillan Press, 1993), p. 126, publicado en español, *La hoz y el machete: la Internacional Comunista, América Latina y la revolución en Centro América* (San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1986).

<sup>5</sup> Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932* (San José: EDUCA, 1996).

<sup>6</sup> El grado en que predomina esta interpretación dentro de los conocimientos actuales sobre 1932, se manifiesta con claridad en los estudios que se fundamentan en fuentes secundarias. En su escrito sobre el Comintern, en América Latina, Manuel Caballero, por ejemplo, se refiere a la rebelión de 1932 como “la primera insurrección comunista en el hemisferio occidental”. Lo que resulta interesante es que Caballero minimiza el rol del Comintern: “El Comintern prácticamente no tuvo nada ver que con eso. Hasta donde sepamos, parece haber sido una iniciativa espontánea de los comunistas salvadoreños”. Manuel Caballero, *Latin America and the Comintern, 1919-1943* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), p. 52 y pp. 2 y 9. Otras obras que destacan el papel del PCS son: Jeffery Paige, *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1997); Jorge Arias Gómez, *Farabundo Martí: esbozo biográfico* (San José: Educa, 1972); y Alfredo Schlesinger, *ibid.*

<sup>7</sup> Héctor Pérez Brignoli, “La rebelión campesina de 1932 en El Salvador”, en Anderson, *El Salvador, 1932*, pp. 19-54 [“Indians, Communists and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador”, publicación original, en William Roseberry (Ed.), *Coffee, Society and Power in Latin America* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1995), pp. 232-61. Otros investigadores que han planteado un rol más limitado del PCS son Rodolfo Cerdas Cruz, “Farabundo Martí, la internacional comunista y la insurrección salvadoreña de 1932”, *Estudios del Centro de Investigación y Adiestramiento Político Administrativo* 7 (septiembre de 1982), y Liisa North, *Bitter Grounds: Roots of Revolt in El Salvador* (Toronto: Between the Lines, 1981).

El propósito de este capítulo no es encontrar errores en los estudios previos, en vista de que han aportado mucho al conocimiento sobre El Salvador y los acontecimientos de 1932. Más bien, el autor ofrece una nueva evidencia de los archivos recién abiertos en Rusia y El Salvador, los cuales cuestionan la hegemonía del enfoque de la “causalidad comunista”. La documentación rusa, fuente principal de este capítulo, emergió después de 1991, cuando el gobierno de Rusia comenzó a desclasificar el enorme acervo documental de la antigua Unión Soviética. Uno de los archivos abiertos de manera reciente es el del **Comintern**, ubicado en los pisos tres y cuatro del Centro para el Estudio y la Conservación de Documentos de Historia Reciente<sup>8</sup>. Allí se encuentra la correspondencia entre la Tercera Internacional y sus partidos comunistas y sindicatos obreros afiliados durante su existencia, entre 1919 y 1943. El archivo contiene material producido en Rusia, así como en los países con los cuales el **Comintern** mantuvo correspondencia, porque los afiliados tenían que enviar informes y documentación para que fuera analizado. Los materiales que con mucha probabilidad fueron destruidos en El Salvador se conservaron en Moscú. La nueva evidencia señala, en palabras de los mismos dirigentes del PCS, que el partido tuvo un papel más modesto en los acontecimientos de 1932 que el que se ha sugerido en la mayoría de estudios anteriores.

El autor de este ensayo tuvo la oportunidad de conversar sobre los nuevos materiales de Moscú en varios foros de El Salvador, en años pasados, pero aquellas disertaciones fueron más esquemáticas que el presente capítulo<sup>9</sup>. Y para valorar a plenitud la nueva evidencia, hay que examinar el crecimiento inicial del partido porque sus orígenes determinaron su capacidad para organizar una revuelta de la

8 Una descripción en inglés del archivo es el de Erik Ching y Jussi Pakkasvirta, “Latin American Materials in the Comintern Archive”, *Latin American Research Review* 35:1 (2000): 138-49. Conocido previamente como el Centro Ruso para la Conservación y Estudio de Documentos de Historia más Reciente (Rossiiskii tsentr khraneniia i izu-cheniia dokumentov noveishei istorii—RTsKhIDNI), el archivo recién ha cambiado su nombre al de Archivos del Estado Ruso de Historia Social y Política (Rossiiskii gosudarstvennyi arkhiv sotsialno-politiches-koi istorii—RGASPI). Los documentos están organizados por fondo, inventario, carpeta y página. De aquí en adelante, las citas de este archivo se abreviarán de la siguiente forma, por ejemplo: 495:119:10, p. 25.

9 Erik Ching, “Los Archivos de Moscú: una nueva apreciación de la insurrección del 32”, *Tendencias* 3:44 (septiembre de 1995), pp. 28-31. Este escrito fue publicado de nuevo en Anderson, El Salvador, 1932, pp. 57-63; “Suplemento Cultural Tres Mil”, *Diario CoLatino*, 16 de abril de 2005, pp. 5-6; y *El Diario de Hoy*, 21 de febrero de 1999, pp. 8-9.

vertebral de la revolución social venidera, el SRI tenía una presencia más pública y moderada. Su misión era fungir como una especie de Cruz Roja comunista, que proporcionaría asistencia a obreros que perdieran su empleo, sufrieran recortes de salario y fueran perseguidos por la policía, entre otros.

El jefe del SRI en El Salvador era el conocido activista Farabundo Martí. Asumió el cargo a petición de sus superiores internacionalistas en Nueva York, al igual que cuando se desplazó a Nicaragua a finales de la década de 1920, como secretario de Augusto C. Sandino, durante la campaña guerrillera contra la ocupación estadounidense. Cuando Martí regresó a El Salvador, procedente de Nicaragua, en 1930, ya se había convertido en una especie de héroe popular, aun entre algunos miembros de la clase media y alta que se identificaban con su posición antiimperialista. Entre 1930 y 1931, Martí participó en varias movilizaciones que destacaron aún más su perfil. En abril y mayo de 1931, después que fue capturado por su labor proselitista, se declaró en huelga de hambre durante casi un mes, acción que provocó amplias manifestaciones callejeras en apoyo a su causa, en especial en la región de Sonsonate, donde estaba encarcelado. Más tarde, ese mismo año, después de volver de un breve exilio, se reunió con el presidente Araujo para conversar sobre las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero.

Al igual que el PCS, el SRI experimentó un crecimiento lento y parejo a partir de sus orígenes modestos, en 1930. Los informes de los dirigentes de ambos, el PCS y el SRI, revelan que, hacia fines de 1930, el SRI tenía doce sedes y tres mil personas que se habían comprometido a adquirir sus credenciales de afiliados. Sin embargo, un informe indicaba que menos del 10 por ciento de quienes se habían comprometido a comprar las credenciales lo habían hecho, lo cual cuestionaba la verdadera magnitud de la influencia de esta institución. El mismo informe también menciona que el SRI atravesó un nadir en la organización entre diciembre de 1930 y marzo de 1931, cuando la mayoría de sus seccionales dejaron de funcionar debido a la “intensa ola de terror contra las organizaciones revolucionarias”, desatada por el gobierno<sup>62</sup>. El mismo informe refiere que el SRI pasó por una fase

62 Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández de la junta del Secretariado del Caribe del SRI, 12 de julio de 1932, RGASPI, 495:119:12, p. 25.

se aprovechó de esta oportunidad y se apropió del incremento de los salarios como punta de lanza de acción proselitista. Los cuadros se presentaban estratégicamente en las fincas de café el día de pago. También apoyaban las huelgas organizadas por los trabajadores de café y encabezaron algunos paros laborales. La mayoría de estas huelgas fueron acciones pequeñas, pero algunas fueron exitosas, en gran medida porque el partido se propuso objetivos específicos y alcanzables, como un incremento salarial modesto o mejor alimentación para los trabajadores<sup>60</sup>. El partido esperaba que una serie de victorias pequeñas se fueran acumulando hasta alcanzar cosas mayores. Durante este período de movilización activa, el número de afiliados al partido sobrepasó la cifra de 400, la más alta jamás alcanzada en aquellos tiempos. Sin embargo, las células principales todavía estaban centradas en zonas urbanas, es más, en San Salvador representaban más de las tres cuartas partes de todos los miembros. Es de notar que la célula de Sonsonate era la más pequeña, pues contaba con solo 18 miembros<sup>61</sup>.

La disputa de facciones dentro del movimiento radical también se proyectó en una división entre el PCS y el SRI. El SRI era otra organización obrera internacionalista de corte radical con sede en Moscú. La rama salvadoreña parece haberse fundado poco después del PCS, en 1930. Operaba en forma paralela y en alianza con el PCS, pero tenía su propia organización burocrática y su misión era ligeramente diferente. Mientras que el PCS se percibía a sí mismo como la columna

cafetalera en México y en El Salvador (San Salvador: Imprenta Nacional, 1934), p. 18. (Un quintal equivale a 46 kilogramos.) Por consiguiente, las exportaciones de café bajaron de 120.4 millones de libras, en 1931, a 87.5 millones de libras, en 1932. Véase Victor Bulmer-Thomas, *The Political Economy of Central America Since 1920* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), p. 50. La reducción de los salarios en las fincas de café fue observada por funcionarios del servicio diplomático británico; véase Rodgers, San Salvador, a Sir John Simón, Fo-reign Office, 7 de enero de 1932, PRO, FO, 371/15812, A612/918.

60 Las huelgas se encuentran descritas en los testimonios recabados durante la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:4, pp. 40-1 y 46. La llegada de los comunistas a las fincas el día de pago se menciona en Administrador General de Concha G. V. de Regalado al Gobernador de Sonsonate, 6 de enero de 1932, AGN, MG, SS, caja No. 2. Algunas de las huelgas llegaron a incluirse en las páginas de los periódicos de la época. Por ejemplo, una huelga en una finca de los Sol, cerca de Talnique, departamento de La Libertad, se mencionó en el Diario Latino, 31 de diciembre de 1931, que se encuentra en una colección de recortes de prensa en el Archivo General de la Nación (AGN), SI, capítulo 1, caja No. 17.

61 Esta cifra se menciona dos veces en los testimonios de la investigación que llevó a cabo el Buró del Caribe. RGASPI, 495:119:4, pp. 5 y 55.

envergadura de la de 1932. Por lo tanto, el capítulo se divide en cuatro secciones. En la primera sección se describe la formación del PCS, en marzo de 1930, y su posterior maduración. En el segundo apartado se analizan los intentos del partido de organizar al campesinado en occidente, durante la segunda mitad de 1931. En el tercero se detalla la respuesta del partido ante la rebelión de enero de 1932. En la última sección se presenta un breve caso de estudio del pueblo de Nahuizalco, como una propuesta que intenta dar una explicación alternativa de la rebelión. Una de las consecuencias de la atención que se le ha prestado al PCS, ha sido la ausencia de un análisis de los rebeldes desde su propia perspectiva. La evidencia desde Nahuizalco demuestra que los indígenas tenían un largo historial de movilización política autónoma y que la rebelión estalló en un entorno de crecientes conflictos políticos con un trasfondo étnico muy claro.

El autor sugiere que el PCS fue un actor de segunda importancia en 1932, porque tenía poca capacidad organizativa en la región occidental. Durante el primer año de su existencia, el partido se empantanó en pleitos de facciones, y cuando al final le prestó atención a occidente, a mediados de 1931, ya era muy tarde para ganarse a los campesinos que, en todo caso, se inclinaron por rechazar cualquier liderazgo proveniente de fuera.

## La formación del partido

Si bien es cierto que algunos izquierdistas salvadoreños se habían incorporado a un partido comunista centroamericano, a comienzos de la década de 1920, los orígenes principales del Partido Comunista Salvadoreño se encuentran en el movimiento sindical encabezado por la **Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS)**. A diferencia de algunos de los países más grandes de América Latina, donde existían movimientos sindicales fuertes hacia finales del siglo XIX, los primeros sindicatos obreros no aparecieron en El Salvador sino hasta finales de la década de 1910. Una de las primeras huelgas de tamaño regular ocurrió en 1917, y no fue sino hasta 1924 que ya habían suficientes sindicatos como para que se unieran en torno a la FRTS. Desde su base en San Salvador, la FRTS coordinó la actividad sindical e intentó fomentar la creación de nuevos sindicatos afiliados.

Hacia 1929, su membresía llegaba a treinta y un sindicatos, diecinueve de los cuales se ubicaban en solo tres ciudades, San Salvador, Santa Ana y Ahuachapán, lo cual determinó su orientación decididamente urbana<sup>10</sup>.

El **Comintern**, o Tercera Internacional Comunista, se interesó un poco en El Salvador más o menos al mismo tiempo en que la FRTS comenzó a dar señales de vida, en la década de 1920. Aunque sus oficinas centrales estaban en Moscú, la Tercera Internacional supuestamente tendría una orientación internacional y no sería controlada por el régimen bolchevique. Sin embargo, los bolcheviques llegaron a ejercer una influencia poderosa sobre su dirección organizativa, como era de esperarse, en especial bajo el gobierno autoritario de Stalin, después de 1929. En cualquier caso, el **Comintern** era un aparato administrativo con un personal internacional, cuyo objetivo era coordinar el movimiento comunista en todo el mundo con la esperanza de promover la inevitable revolución socialista mundial. El **Comintern** dividió el mundo en regiones y colocó en cada una oficinas burocráticas, ubicadas en ciudades de todo el globo, como fue el caso del Secretariado Latinoamericano, en Buenos Aires, y el Buró del Caribe, en Nueva York, dentro del cual se inscribía la región centroamericana.

Hacia mediados de la década de 1920, el Comintern sostenía relaciones de tipo formal con Centroamérica, en vista de que su contacto con Guatemala era a través del **Partido Comunista de México (PCM)**<sup>11</sup>. El interés rezagado de Comintern hacia Centroamérica era de esperarse. Su ideología, fundada en el marxismo, no otorgaba prioridad a las pequeñas naciones rurales de Centroamérica. No fue sino hasta finales de la década de 1920 que el **Comintern** “descubrió” a América Latina, es decir, ubicó espacios teóricos en donde América

10 Hay varios estudios sobre la FRTS y las primeras épocas de organización sindical en El Salvador, en especial Aristides Larín, *Historia del movimiento sindical de El Salvador* (San Salvador: Editorial Universitaria, 1971); Rafael Menjívar, *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño* (San Salvador: UCA Editores 1987); Antonio Murga Frassinetti, *Economía agraria y movimiento obrero en Centroamérica, 1850-1933* (Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana, 1984); y Roque Dalton, Miguel Mármol. La información del número de sindicatos afiliados a la FRTS, en 1929, se encuentra en una lista que envió la FRTS al Comintern, RGASPI, 534:7:455, p. 7.

11 Arturo Taracena, “El primer partido comunista de Guatemala (1922-1923): diez años de una historia olvidada”, *Anuario de Estudios Centroamericanos* 15:1 (1989), pp. 49-63.

más, el ateísmo propio del comunismo estaba muy reñido con el papel destacado que jugaban las cofradías en la vida de los indígenas.

Los organizadores comunistas también se dedicaron a una actividad potencialmente alienante, la de reemplazar o convertir a los líderes tradicionales de las comunidades indígenas, quienes por lo general habían sido escogidos de acuerdo con las antiguas tradiciones de la cofradías. Tal como se expresó un cuadro, el partido debía ser el único representante en “*todas las campañas que tienen que ver con las demandas de las clase obrera*”<sup>56</sup>. Si bien es cierto que el PCS poco podía hacer para resolver algunas de las contradicciones intrínsecas que lo separaban del campesinado en occidente, sus propias políticas también debían tomarse en cuenta. Optó, entonces, por no formular una estrategia específica para abordar el tema de la etnia y se inclinó por ignorar la heterogeneidad étnica a favor de la homogeneidad de clase. El resultado, tal como lo expresó un miembro del partido, fue “la falta de trabajo entre los indios nativos”<sup>57</sup>.

A pesar de estas limitaciones graves, el partido logró adquirir influencia en algunas comunidades campesinas mediante una estrategia organizacional astuta. Centró su atención en aquellas reivindicaciones que les planteaban los mismos campesinos. Los dirigentes del partido reconocieron que un proselitismo basado en la nacionalización de la tierra, la revolución mundial o la instauración de una “dictadura del proletariado” terminaría generando probablemente más rechazo que apoyo. A los activistas del partido se les indicó que debían educar a las masas en forma gradual: “... a las masas es necesario explicarles detenidamente, en todas las formas posibles, tantas veces como sea necesario”<sup>58</sup>.

La queja más frecuente externada por los campesinos tenía que ver con la disminución del jornal en las fincas de café. Los precios del café se habían desplomado debido a la Gran Depresión y los cafetaleros respondieron, en parte, con la disminución de los salarios<sup>59</sup>. El PCS

56 Testimonio de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI 495:119:4, p. 24.

57 Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández de la junta del Secretariado del Caribe del SRI, 12 de julio, 1932, RGASPI, 495:119:12, p. 25.

58 Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI 495:119:10, p. 140.

59 Entre 1929 y 1932, el precio del café salvadoreño bajo de 16.7 por quintal a 7.5 dólares. Véase Max Brannon, *Breves consideraciones sobre la industria*



mientras, según ellos, que otros partidos del Caribe recibían más<sup>52</sup>. De manera simultánea, aumentaba de forma incesante la vigilancia y la represión por parte de la policía y el ejército. Los activistas se referían en forma reiterada a la amenaza de encarcelamiento o deportación<sup>53</sup>. Estas penurias limitaban su habilidad para lograr una vinculación directa con las masas, lo cual resultaba indispensable para establecer contactos personales, por un lado, y porque la mayoría de campesinos eran analfabetos y no podían leer manifiestos impresos, por el otro. Un miembro del partido declaró después, frente una comisión investigadora del Buró del Caribe, *“no tuvimos un canal directo a las masas... casi nunca podíamos organizar manifestaciones”*<sup>54</sup>. Los problemas del partido en el occidente se complicaron aún más debido al tema de la etnia. Los indígenas constituían una mayoría considerable en muchos de los municipios occidentales, mientras que el partido estaba constituido por ladinos de origen urbano. Una investigación reciente en torno a las partidas de nacimiento demuestra que, en 1930, los indígenas representaban el 10 por ciento de la población total de la nación; pero en los tres departamentos occidentales de Sonsonate, Ahuachapán y La Libertad, el porcentaje se acercaba al 40 por ciento, y en algunos municipios, en especial en aquellos que se involucraron más en la revuelta de 1932, el porcentaje era de casi el 100 por ciento<sup>55</sup>. La desconfianza tradicional entre indígenas y ladinos generó sospechas entre los primeros, cuando los segundos se presentaron como portadores de promesas de redención política y económica. Es

52 Los pagos de 50 dólares se mencionan en una carta del Buró del Caribe a la sección salvadoreña del SRI, del 8 de febrero de 1931, RGASPI, 539:3:1060, p. 2. Las quejas por falta de dinero y las descripciones de los viajes a pie se encuentran en Hernández al Secretario del Caribe, 29 de noviembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, pp. 8-12. Otras quejas en relación con el dinero se encuentran en el testimonio de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:1, p. 14; en una carta del PCS al Buró del Caribe, 8 de octubre de 1931, RGASPI 495:119:7, p. 16; y en una carta de Anaya al Buró del Caribe, 9 de abril de 1931, RGASPI 500:1:5, 24. Las referencias a los otros países que recibían más dinero se encuentran en la investigación del Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:4, pp. 3-4.

53 Las listas de los camaradas encarcelados se incluyen en dos cartas de Ismael Hernández, Secretario General del SRI, San Salvador, al Secretariado del Caribe SRI, Nueva York, 29 de noviembre de 1931 y 8 de diciembre de 1931, RGASPI, 539:3:1060, pp. 8-12; y en el informe de Anaya, 12 de agosto de 1930, RGASPI 495:119:12, pp. 6-7.

54 El problema del analfabetismo aparece en el testimonio de la investigación del Buró del Caribe, RGASPI 495:119:4, p. 64. Las descripciones de las penurias que pasaban los activistas se describen en las cartas de Hernández, *ibíd.*

55 Erik Ching, y Virginia Tilley, “Indians, the Military and the Rebellion of 1932 in El Salvador”, *Journal of Latin American Studies* 30:1 (febrero de 1998), pp. 121-156.

Latina asumía una mayor prioridad en la lucha que, para entonces, se libraba contra el capitalismo global y, en particular, contra el imperialismo de Estados Unidos<sup>12</sup>. Cuando el **Comintern** se comunicó por vez primera con El Salvador, en 1925, lo hizo al precio más bajo. En vez de enviar a una persona para que investigara las condiciones en El Salvador y buscara alianzas, echó mano del correo. El Comintern envió cartas de presentación a cuanta organización obrera, en El Salvador, tuviera una dirección de correo. La mayoría de estas cartas se enviaron desde oficinas filiales en Nueva York y París. Las cartas expresaban el interés por conocer la actividad obrera y solicitaban entrar en correspondencia. Una carta a un sindicato de zapateros comenzaba así: *“Queridos Camaradas: No tenemos aún muchas relaciones con las organizaciones sindicales de lucha de clase de San Salvador, cuya orientación tampoco conocemos suficientemente”*<sup>13</sup>. No resulta claro de dónde sacaron las direcciones los internacionalistas del comunismo, en vista de que algunas cartas estaban dirigidas a sociedades mutualistas ya fenecidas<sup>14</sup>. De manera eventual, sin embargo, el **Comintern** y el **Buró del Caribe**, después de su creación en 1929, entraron en contacto con la FRTS y se inició un intercambio constante de correspondencia<sup>15</sup>.

Para ese tiempo, la FRTS no era una organización revolucionaria. Más bien, sus dirigentes eran reformistas que no creían en el derrocamiento del capitalismo a través de una revolución, sino que buscaban reformarlo de tal manera que los obreros recibieran mejores oportunidades. Sus relaciones con el gobierno eran medianamente amistosas. Algunos documentos posteriores del partido han permitido ver que el sindicato estaba recibiendo un subsidio de mil dólares mensuales del gobierno, suma que parecería alta, no obstante, no se

12 Varias fuentes en inglés sobre la perspectiva estratégica del Comintern incluyen a Jane Degras, *The Communist International, 1919-1943*, 3 volúmenes (Nueva York: Oxford University Press, 1956-65); Kevin McDermott y Jeremy Agnew, *The Comintern: A History of International Communism from Lenin to Stalin* (Nueva York: St. Martin's Press, 1997), capítulos 1 y 2; Milorad Drochkovitch (Comp.), *The Revolutionary Internationals, 1864-1943* (Stanford: Stanford University Press, 1966), tercera parte.

13 Secretariat International, Paris, a la Unión de Zapateros, San Salvador, 11 de enero de 1928, RGASPI 534:6:128, p. 5.

14 Las diversas cartas se encuentran en RGASPI 534:7:455; 534:6:128; y 534:6:128.

15 En un comienzo, la correspondencia se llevaba a cabo a través de oficinas intermedias en Europa, pero en algunos casos directamente desde Moscú. Después de la creación del Buró del Caribe, en 1929, la mayor parte de la correspondencia pasaba por sus oficinas en Nueva York.

ha encontrado todavía alguna evidencia que lo corrobore<sup>16</sup>. A pesar de su poco radicalismo, la FRTS era la principal central obrera en El Salvador, y el **Buró del Caribe** sabiamente mantuvo contacto con ella. Con base en esta correspondencia fue posible enterarnos de la división que ocurrió en el seno de la FRTS, la cual culminó en la formación del Partido Comunista.

En algún momento, alrededor de 1928, se formó una pequeña facción radical dentro de las filas de la FRTS. Estaba conformada por pocos miembros jóvenes que se lanzaron al ruedo en marzo de 1929, durante el Quinto Congreso Anual, al crear un subcomité denominado “Congreso Obrero y Campesino”, bajo la dirección de un consejo ejecutivo integrado por siete miembros<sup>17</sup>. El documento de fundación del Congreso se pronunció en contra de todas las expresiones de “política burguesa” y a favor de la revolución social. Los miembros se referían entre sí como “militantes” y se esperaba que cada uno se identificara con determinados valores radicales, so pena de enfrentarse a medidas disciplinarias. El Congreso también estableció un contacto por aparte con el **Buró del Caribe**<sup>18</sup>.

El creciente radicalismo del Congreso se evidenció más tarde ese año cuando cinco de sus miembros fueron sancionados, y dos de ellos, Gumercindo Ramírez y Raúl Monterrosa, habían ocupado cargos en el consejo ejecutivo. Los comunicados de prensa del Congreso explicaban que las sanciones se derivaban de una malversación de fondos, pero Monterrosa redactó una defensa pública en la cual expresó que, en realidad, los acusados estaban siendo castigados por haberse afiliado a organizaciones indeseables. Aclaró que las acusaciones de malversación eran falsas y que él y los otros estaban siendo castigados por mantener relaciones con la **Confederación de Obreros Pan Americanos (COPA)**, organización que el Congreso calificó de “burguesa” debido a sus vínculos con la estadounidense **American Federation of Labor (AFL)**. En su carta, Monterrosa también acusó al Congreso por dividir al movimiento obrero, al introducir una

16 Las referencias se encuentran en el informe sobre El Salvador y Guatemala de Anaya al Buró del Caribe, 9 de abril de 1931, RGASPI, 500:1:5, p. 18.

17 Las fuentes no revelan los afiliados al Congreso, pero probablemente no eran más de unas veinticinco personas.

18 Los documentos relativos al Congreso se encuentran en RGASPI, 534:7:455. También se hace referencia reiterada al Congreso en el primer documento extenso, difundido por el PCS, en mayo de 1930-RGASPI, 495:119:10.

contra el reformismo, aunque el CC en San Salvador dirigió el proceso.

En febrero de 1931, los dirigentes seguían creyendo que el reformismo estaba presente en el partido. Uno de ellos se lamentó, en forma retrospectiva, de que “*el oportunismo seguía intentando reorientar nuestro movimiento en apoyo al partido de gobierno y sus políticas*”<sup>49</sup>. No fue sino hasta marzo o abril de 1931 que los dirigentes se convencieron de que el partido tenía la capacidad para dedicarse a actividades de organización. Así, una reunión importante de reorganización se llevó a cabo el 15 de mayo de 1931, a la cual asistieron 74 delegados del PCS, la FRTS y el Socorro Rojo Internacional (SRI). Allí los delegados reconocieron que el año previo de purificación ideológica los había debilitado, pero ahora que la campaña había culminado, las organizaciones debidamente radicalizadas estaban listas para iniciar los trabajos de organización.

Tal como lo resumió un informe, la reunión llevó a una “*intensa actividad que comenzó a corregir los errores de la sección en su trabajo en el año anterior. Al mismo tiempo para tratar de trabajar para el mejoramiento de la organización*”<sup>50</sup>. Otro informe que analizó esa reunión destacó que, hasta ese momento, “*el movimiento intentó centrar su atención en las ciudades sin tomar en consideración la industria básica del país que era la agricultura*”<sup>51</sup>. Así las cosas, en los meses posteriores a la reunión de mayo, el partido experimentó un incremento constante de sus afiliados y de su popularidad, en la medida que las condiciones económicas del país empeoraban y la presión gubernamental aumentaba.

No obstante, cuando el partido finalmente reparó en el agro occidental, se encontró con múltiples obstáculos, los cuales dificultaron aún más su habilidad para establecer vínculos con las masas. El partido no tenía en absoluto ningún recurso económico y sus activistas tenían que desplazarse a todas partes a pie. Los dirigentes le reclamaron al Buró del Caribe el que no les enviaran más de cincuenta dólares al mes,

495:119:8, p. 15.

49 Testimonio de la investigación llevada a cabo por el Buró del Caribe, RGASPI, 495:119:4, p. 24.

50 Informe de la sección de El Salvador, rendido por el camarada Hernández en la junta del Secretariado del Caribe del SRI, 12 de julio de 1932, 495:119:12, p. 25.

51 Testimonio de la investigación llevada a cabo por el Buró del Caribe, RGASPI 495:119:4, p. 22.

Durante los meses siguientes, diversos miembros del partido fueron sancionados por exhibir una variedad de comportamientos que, ante los ojos de los dirigentes del partido, demostraban una falta de compromiso a la causa comunista. Algunos miembros fueron expulsados por mostrarse partidarios de posiciones ideológicas reformistas. Otros fueron suspendidos por dormirse en las reuniones o por faltar a ellas, y algunos fueron suspendidos por manifestar que algún compañero les desagradaba. Muchos miembros fueron suspendidos o expulsados porque se les acusaba de haberse asociado a partidos políticos burgueses. Un individuo fue suspendido por haber aceptado dos colones a cambio de su firma en un manifiesto a favor de un “candidato burgués” a la presidencia. En tal sentido, gran parte de las sesiones semanales, al menos en la seccional de San Salvador, se dedicaban a investigar a aquellos miembros de quienes se desconfiaba o a escuchar charlas sobre ideología. Mientras censuraba a los miembros por su trabajo de organización poco activo, Anaya describía la entrega total que se requería de un comunista: *“No por ello hay que estar nervioso, es necesario comprender que la nerviosidad de los dirigentes estorba el buen desarrollo de la organización, y por ello es necesario comprender que el temperamento combativo revolucionario consiste en ser un dinamo de energías revolucionarias al servicio de nuestra clase, con una cabeza muy fría, capaz de que nada, ni nadie sea capaz de alterarla”*<sup>46</sup>.

Un miembro de apellido Flores fue expulsado después que hizo comentarios acerca del efecto negativo que estaban produciendo las sanciones en el partido. Al explicar el castigo, Luís Díaz, un alto dirigente, dijo que Flores exhibía “oscilaciones” en su entrega al partido<sup>47</sup>. Las reprimendas no se reservaban nada más para los cuadros; hasta los más altos niveles fueron un blanco. Luís Díaz, por ejemplo, fue expulsado en noviembre de 1930, aunque se acordó *“que se le deje un campo fuera de nuestra línea, para su actuación en las organizaciones sindicales”*<sup>48</sup>. Todas las células del partido participaron en la campaña

46 Ibid., p. 126.

47 Los procesos de expulsiones y sanciones se encuentran en las actas (números 7 al 11) de las reuniones del PCS, entre el 18 de noviembre y el 20 de diciembre de 1930. RGASPI, 495:119:8, pp. 1-9. El proceso que se le siguió a Flores se encuentra en el informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 35.

48 El proceso contra Díaz se encuentra en el acta de la reunión semanal del 12 de noviembre de 1930. RGASPI, 495:119:8, p. 5. Posteriormente, Díaz fue reincorporado cuando los cargos contra su persona fueron anulados. RGASPI,

agenda radical<sup>19</sup>. Varios documentos internos, que no se conocieron sino hasta ahora, comprueban que Monterrosa estaba en lo cierto y que las sanciones que les impusieron se derivaban de la orientación más radical que había asumido el Congreso.

En medio de este conflicto sobre las expulsiones, el Congreso siguió profundizando su agenda radical cuando sus miembros denunciaron el sesgo urbano de la FRTS y declararon que su intención era centrarse en el campo y organizar a “todos los trabajadores del país”, en especial a los obreros del café en el occidente<sup>20</sup>. En su declaración, dejaron claro que creían que El Salvador era una nación agrícola, en donde las masas vivían en el campo y, por ende, la revolución debía comenzar allí. Esta declaración del Congreso es un mojón importante en los momentos iniciales del radicalismo obrero en El Salvador. Al ser uno de los primeros llamados de los militantes radicales urbanos a favor de la organización campesina, que se conoció públicamente, abrió la brecha que otros partidos transitarían, en especial el partido comunista después de su formación en marzo de 1930. Sin embargo, es indispensable reconocer que una cosa es formular declaraciones y otra muy distinta lograr resultados. En este caso particular, el anuncio de los radicales no pasó de ser una declaración de principios, no un plan de acción, en vista de que el Congreso, en la práctica, no tenía la capacidad para organizar a los obreros rurales. En aquellos momentos, no era sino un puñado de idealistas ciudadanos sin dinero y sin nexos firmes con las comunidades campesinas de occidente. Estos eran unos obstáculos grandes que los miembros del Congreso tendrían que superar, si pensaban convertir sus objetivos declarados en acciones concretas.

Una acción represiva de la policía, en noviembre de 1929, preparó el terreno para el enfrentamiento final entre los radicales y los reformistas dentro de la FRTS. El incidente ocurrió en Santa Tecla, durante una marcha antiimperialista organizada por la **Liga**

19 Los documentos de la FRTS referentes a las expulsiones se encuentran en RGASPI, 534:7:455, pp. 8-14. Las expulsiones se mencionaron en el Diario del Salvador, 28 de julio de 1929, p. 1. La carta de Monterrosa se publicó por vez primera en el Diario Del Salvador, 30 de julio de 1929, p. 1, y de nuevo en el mismo periódico el 21 de agosto de 1929, p. 7.

20 Diario del Salvador, 14 de agosto de 1929, p. 1. Esto también lo informó la embajada de Estados Unidos. Véase Robbins, San Salvador, al Secretario de Estado de Estados Unidos, 17 de agosto de 1929, United States National Archives (USNA), RG59, 816.504/16.

**Antiimperialista.** La FRTS había sido invitada a participar en la marcha, pero la delegación que se presentó en apariencia estaba integrada por miembros del Congreso Obrero y Campesino, quienes empezaron a repartir volantes que hacían referencia al conflicto de clases, uno de los cuales decía: *“No es posible que estemos sometidos siempre a la miseria, aguantando hambre, frío y desnudez, mientras los ricos se dan una vida principesca a costa de nuestro sudor y sangre”*<sup>21</sup>. Desde el podio, los delegados hacían llamados a los obreros rurales para que se levantaran en contra de los terratenientes. La policía, que vigilaba el evento, procedió a disolver la manifestación con rapidez, capturó a seis oradores e irrumpió en la oficina local de la FRTS<sup>22</sup>.

El ataque de la policía se convirtió en un momento decisivo en la historia de la FRTS. El sindicato, en su totalidad, estaba furioso por la acción de la policía, pero los miembros radicales y reformistas propusieron respuestas muy diferentes. Los reformistas sugirieron que se enviara una protesta formal, pero que la orientación fundamental del sindicato se mantuviera sin cambios. Los radicales respondieron que el ataque de la policía sería solo la primera de muchas acciones represivas, y que el sindicato debería adoptar una postura más militante. Pero los reformistas ocupaban cinco de los siete puestos en el Consejo Ejecutivo y lograron rechazar la propuesta de los radicales<sup>23</sup>. En ese momento, los radicales decidieron tomarse la dirección del sindicato, y fijaron su atención en las próximas elecciones para un nuevo consejo ejecutivo a elegirse en febrero de 1930, durante el VI Congreso Anual.

Al mismo tiempo, el **Buró del Caribe** decidió jugar un papel más activo en El Salvador. No se sabe si este nuevo interés fue resultado del curso de los acontecimientos en El Salvador, o de una decisión reciente del **Comintern** de realizar mayores esfuerzos en toda América

21 Traducido al español a partir de la versión en inglés que envió Schott al Secretario de Estado de Estados Unidos, el 25 de noviembre de 1929, USNA, RG59, 816.00/762. Los incidentes y los volantes también se reportaron en el Diario del Salvador, 25 de noviembre de 1929.

22 Los archivos del PCS contienen abundante documentación sobre los acontecimientos de noviembre de 1929. Véase RGASPI, 495:119:7, p. 11; 495:119:10, pp. 120 y 137; 495:119:11, pp. 2-3; 495:119:12, pp. 6-12; 495:119:13, p. 18.

23 De acuerdo con un informe preparado por un agente hondureño del Comintern que llevó a cabo una investigación en El Salvador, dos miembros del Consejo Ejecutivo eran aliados del Congreso. Sus nombres eran Aquilino Martínez, tesorero, y Edmundo Amaya, secretario del interior. RGASPI, 495:119:11, p. 2.

Las sospechas constantes de reformismo dentro de las filas del partido condujeron a una “campaña de clarificación” [traducción del inglés], según palabras de un importante miembro del partido que se refirió a la purga en ciernes<sup>41</sup>. Una declaración del congreso, en mayo de 1930, dice: *“La lucha fundamental de todo nuestro trabajo deberá ser liquidar esta rivalidad interna personalista e iniciar la lucha basada en los intereses de nuestra clase, lo cual implica la lucha basada en la teoría revolucionaria. Este carácter pequeño burgués, debe ser seriamente combatido... En la medida, que se intensifiquen estas luchas, será cada vez más traidor, anti-proletario, y anticlasista tales rivalidades internas personalistas”*<sup>42</sup>. Otro documento se refiere a la necesidad de *“fumigar la organización de los microbios colaboracionistas, que niegan la radicalización de las masas porque sus nexos con la burguesía les ha hecho olvidar la miseria en que vivimos los obreros”*<sup>43</sup>. Un miembro del CC definió este período como uno de *“liquidación de las tendencias oportunistas que existían en nuestro movimiento en aquellos tiempos”*<sup>44</sup>. La campaña nunca se asemejó a las purgas sangrientas de la Unión Soviética en tiempos de Stalin, pero consumió una porción considerable del tiempo y las energías del partido durante aproximadamente un año.

Los dirigentes del PCS diseñaron una doble estrategia para eliminar el reformismo. En primer lugar, los miembros serían vigilados para detectar la presencia de “valores burgueses”; después recibirían una amplia formación en ideología marxista y tácticas comunistas de organización. Sin embargo, nunca se definió con claridad el significado de “valores burgueses”. La versión más utilizada hacía referencia a *“los compañeros que traicionen nuestra causa, consciente o inconscientemente”*<sup>45</sup>. Cuando este nivel de ambigüedad se combinó con el fervor ideológico, el resultado fue tan volátil, que redujo la habilidad del partido para iniciar las actividades de organización en el agro occidental.

41 Tomado del testimonio ante un comité del Buró del Caribe hacia fines de 1932, que investigó lo que había transcurrido durante los acontecimientos de enero de 1932 en El Salvador; RGASPI, 495:119:4, p. 16. En la Sección III del presente capítulo se describe con más detalle esta investigación.

42 Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 121.

43 Ibid., p. 147.

44 Testimonio de la investigación realizada por el Buró del Caribe, RGASPI, 495:19:4, p. 26.

45 Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI 495:119:10, pp. 27 y 140.



una *fiel aliado de nuestra clase*<sup>39</sup>. Esta postura limitaba al partido cuando buscaba granjearse el apoyo amplio entre los campesinos de occidente, pues muchos querían simplemente adquirir su propia tierra antes que propiciar una nacionalización de carácter socialista de todas las propiedades privadas. En retrospectiva, el partido asumió una estrategia contraproducente cuando decidió que el occidente sería el frente de lucha de la revolución, mientras calificaba a muchos de sus habitantes pobres como enemigos de clase y contrarrevolucionarios.

### La debilidad del partido

Antes de que el partido pudiera organizar a cualquier persona en el occidente, tendría que poner orden en su propia casa. Los dirigentes del partido —Anaya en particular— le otorgaban mucha importancia a la perspectiva ideológica de sus miembros. Cada miembro tenía que ser ducho en temas de marxismo y, por añadidura, debía rechazar cualquier cosa con visos de “reformismo”, “oportunismo” y “burguesía”. De acuerdo con los dictados del Comintern, el partido creía que la eliminación de los reformistas sería un precedente frente a la destrucción del capitalismo, porque los reformistas podrían restarle apoyo popular al partido. Durante el congreso de mayo de 1930, el partido se refirió a los reformistas como *“agentes del imperialismo yanqui... no son otra cosa que el peor enemigo de la clase trabajadora... pretenden dar ilusiones y engañar a las masas, para llevarlas a la traición y a la defensa de los intereses de la burguesía”*<sup>40</sup>.

Dentro del contexto de esta lucha contra el reformismo es que los orígenes sindicales del PCS adquieren importancia. El partido nació como producto de la lucha contra el reformismo en la FRTS, y sus dirigentes estaban convencidos de que, a pesar de sus mejores esfuerzos, el partido seguía infectado por el virus burgués. Los dirigentes sospechaban de los cuadros, que en su mayoría habían sido reclutados de entre los sindicatos de la FRTS, y también existía desconfianza entre ellos, pues se habían formado dentro de la FRTS.

39 Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 91. En la página 119 se encuentra una crítica similar a los pequeños propietarios.

40 Ibid., pp. 15 y 57.

Latina<sup>24</sup>. En cualquier caso, poco antes o después del ataque de la policía, en noviembre, el Buró del Caribe envió al menos a tres agentes a El Salvador para apoyar al movimiento radical emergente. Uno de los agentes era hondureño, cuya identidad no se conoce<sup>25</sup>. Otro era Jorge Fernández Anaya, un mexicano que se identificaba con su apellido materno. El tercero era Jacobo Hurwitz, un peruano que había trabajado junto al Partido Comunista de México (PCM) por cuenta de la **Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)**<sup>26</sup>. Anaya ejerció, de lejos, la mayor influencia. Su experiencia en organización en México le ganó un puesto en el **Buró del Caribe**<sup>27</sup>. Los estudiosos habían detectado su presencia en El Salvador, pero carecían de la documentación interna del **Buró del Caribe** y del PCS para comprender cuán importante fue su participación<sup>28</sup>. De hecho, Anaya se convirtió en el dirigente de facto de la facción radical y ocupó una posición igualmente destacada en el PCS, durante los primeros meses después de su fundación. La documentación revela que Anaya fue el autor de muchos de los planteamientos sobre política del partido y que jugó un papel destacado en la formación de los miembros de la dirigencia y los cuadros del partido. Sus exhortaciones ocupaban gran parte del tiempo de las reuniones semanales del partido, hasta que se retiró de

24 Durante su Sexto Congreso en 1928, el Comintern anunció “el descubrimiento de Latinoamérica”. El Comintern consideraba que América Latina tendría utilidad como un frente ante el imperialismo estadounidense. Caballero, *Latín America*, p. 24, y capítulo 5.

25 El informe del hondureño, en el cual describe su llegada y nacionalidad, se encuentra en RGASPI, 495:119:11.

26 Anaya narra su llegada y la de Hurwitz en RGASPI, 500:1:5, pp. 18-21. También puede verse 534:7:455, p. 23, que contiene más datos sobre la llegada de Anaya. La mejor información que tenemos sobre la identidad de Hurwitz es una entrevista con Miguel Ángel Vázquez, un salvadoreño que fue miembro del Partido Comunista de Guatemala. Se refiere a Jacobo Hurwitz como un peruano que había fundado una célula de APRA en México, como parte de la iniciativa de Haya de la Torre de acercarse al Partido Comunista Mexicano. Véase Arturo Taracena Arriola, “Un salvadoreño en la historia de Guatemala”, *Memoria* (México, D. F.) 4:29 (enero-febrero, 1990), p. 93. Rodolfo Cerdas se refiere a “Jacobo Hurwitz” como “Jacobo Jorowics”. Describe a Vázquez como un mexicano que trabajaba para el Comintern y que tenía vínculos con Centroamérica, pero que no trabajó en El Salvador; y a Hurwitz, como un miembro de APRA que llegó a El Salvador en 1930. Véase Cerdas, *Communist International*, pp. 60 y 98.

27 Tomado de una entrevista con Anaya efectuada, en 1990, por Carlos Figueroa Ibarra, “El ‘bolchevique mexicano’ de la Centroamérica de los veinte”, *Memoria* 4:31 (septiembre-octubre de 1990), p. 218.

28 Las referencias a Anaya se encuentran en Anderson, *El Salvador, 1932*, pp. 104, 108, 119, 125 y 162; y Cerdas, *Communist International*, pp. 98 y 103-5. Las palabras del mismo Anaya se encuentran en Jorge Anaya, “La fundación del Partido Comunista de El Salvador”, *Memoria* 1:10 (mayo-junio de 1985), pp. 232-240.

El Salvador a finales de 1930, debido a la persecución de la policía<sup>29</sup>.

Bajo la orientación de Anaya, los radicales pasaron a la clandestinidad. Dejaron de organizar eventos públicos y sus esfuerzos se centraron en tomarse el control de la FRTS. Anaya y algunos miembros de la facción radical se dedicaron a viajar con frecuencia por todo el país, en diciembre de 1929 y enero de 1930, para ganarse el apoyo de los delegados del sindicato que asistirían al VI Congreso. Los pocos estudios que destacan la presencia de Anaya describen a menudo estos viajes a fines de 1929 y comienzos de 1930, como iniciativas de organización mediante las cuales los radicales ciudadanos establecieron vínculos con los campesinos de las zonas rurales. Thomas Anderson, por ejemplo, sostiene que su conocimiento del náhuatl y sus facciones indígenas le permitieron a Anaya evitar ser detectado por la policía, así como ganarse con rapidez la confianza de los pobres en las zonas de alta densidad indígena en los campos de occidente<sup>30</sup>. Si bien es cierto que esta argumentación tiene sentido desde la perspectiva de causalidad comunista, de hecho no es precisa. Anaya viajó específicamente a las filiales existentes de la FRTS con miras a movilizar a los miembros que compartían su línea de pensamiento, para que los radicales tuvieran suficientes votos para desplazar a los reformistas que buscaban reelegirse. Anaya describe sus esfuerzos en uno de sus informes al Buró del Caribe.

*Fue necesario comenzar a formar cuadros con miras a ganarnos a los elementos jóvenes de las filas de la FRTS que manifestaban un temperamento revolucionario y que podrían estar dispuestos a emprender la lucha por su clase... Bajo estas condiciones fue que se organizó la Liga Comunista Juvenil, la cual recibió orientaciones sobre actividad sindical y los elementos fundamentales del comunismo... Comenzamos a trabajar directamente con las organizaciones... de la FRTS; ya sea enviando delegados en un primer momento a las organizaciones sindicales de los pueblos cercanos y más tarde a todas las*

29 El papel destacado de Anaya en esas reuniones semanales se evidencia en las actas de las mismas que se encuentran en RGASPI, 495:119:7 y 495:119:8. La participación de Anaya como autor de los principales documentos del PCS, presentados en el VI Congreso, en mayo de 1930, se describe en el informe del Congreso en RGASPI, 495:119:10, p. 63.

30 Anderson, El Salvador, p. 104.

de tierras comunales. Las investigaciones recientes de Aldo Lauria han echado por tierra esta versión, al demostrar que la privatización fue un proceso dilatado, mediante el cual muchos de los miembros de las comunidades recibieron título de sus tierras. El resultado fue una diversidad de formas de tenencia de las tierras, donde pequeñas parcelas coexistían a la par de grandes fincas, de tal manera que algunos campesinos no se volvieron proletarios por completo<sup>38</sup>.

El hecho de que el PCS entendiera esta situación, en 1930, podría haber sido un paso importante en la formulación de una estrategia de organización diversificada y eficaz para el agro occidental. El partido se dio cuenta de que la proporción de trabajadores proletarios entre la población pobre del agro occidental era demasiado baja como para centrar solo en ellos sus actividades organizativas. Como solución a este problema, el partido identificó a los colonos como su objetivo principal de actividad política en el occidente, aunque se percató muy pronto de que dicha estrategia era demasiado limitada para producir resultados concretos. No obstante, el principal obstáculo que enfrentó el partido frente a sus esfuerzos en el occidente fue, en verdad, su propia posición ideológica en torno al tema de la tenencia de la tierra. Aun cuando reconoció que una proporción importante de la tierra estaba en manos de pequeños propietarios privados, condenó todas las formas de propiedad privada.

Así, la Tesis Agraria distinguía dos tipos de pequeños propietarios: aquellos que contrataban a otros trabajadores y aquellos que trabajaban su propia tierra. A los primeros los tipificaba en los siguientes términos: *“un pequeño burgués, enemigo o no de la organización clasista de los trabajadores, no podremos considerarlo de confianza. Es sencillamente un explotador de nuestra clase”*. Definía a los pequeños propietarios que trabajaban su propia tierra en términos menos duros, pero siempre sospechosos: *“Este puede ser aliado de los trabajadores agrícolas asalariados, pero nunca un soldado de nuestra clase trabajadora que llegará al final... tiene una enorme cantidad de prejuicios burgueses que le impiden ser*

38 Aldo Lauria, Una república agraria: Los campesinos en la economía y la política de El Salvador en el siglo XIX (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, Biblioteca de Historia Salvadoreña, Vol. 15, 2003). Un escrito que plantea una situación similar en el caso de Guatemala es el de David McCreery, Rural Guatemala, 1760-1940 (Stanford: Stanford University Press, 1994).

El PCS tenía una comprensión muy precisa y sofisticada de las relaciones de trabajo y propiedad de la tierra en las zonas rurales del occidente salvadoreño. El principal documento donde presentó estas apreciaciones fue en la “Tesis agraria”, redactada para el congreso del partido, en mayo de 1930. Anaya fue el autor principal de la Tesis, y en ella destacó la enorme brecha de riqueza entre los grandes empresarios agrícolas, en su mayoría caficultores, y las masas rurales pobres, los campesinos. Pero la Tesis también reconocía que los campesinos de occidente exhibían una gama diversa de relaciones de trabajo y propiedad de la tierra. Como habría de suponerse, algunos eran proletarios que buscaban empleo en las propiedades de los grandes productores de manera diaria o estacional. Por lo general, recibían un salario miserable y, con suerte, un tiempo de comida o agua durante el día. Además de estos obreros rurales proletarizados, la población de pobres en el agro occidental incluía a muchos campesinos que tenían acceso a la tierra. Una parte estaba formada por colonos, quienes habían negociado acuerdos con los grandes propietarios, mediante los cuales entregaban parte de su fuerza de trabajo o cosecha a cambio del derecho a cultivar una parcela de tierra. Por lo general, estos acuerdos duraban un año; luego tendrían que renovarse o negociarse de nuevo.

Además de los colonos, Anaya identificó a otro tipo de campesino con acceso a la tierra en el occidente, el pequeño propietario que era dueño de su propia parcela. Si un pequeño propietario era dueño de suficiente tierra, no tendría necesidad de buscar trabajo en las propiedades más grandes, pero si su tierra no alcanzaba para mantener a toda la familia, entonces uno o más miembros de la familia se incorporaban a la reserva de mano de obra para buscar trabajo en las propiedades más grandes, por lo general, de forma estacional. Una observación importante de Anaya y el partido se refería a cómo se habían constituido estos pequeños propietarios, a partir de la privatización de las tierras comunales en las décadas de 1880 y 1890<sup>37</sup>.

Tal como se explicó antes, los historiadores interesados en el pasado de El Salvador han llegado a comprender este proceso complejo desde hace solo diez años más o menos. Conocían el proceso de privatización, pero planteaban que este había transcurrido con rapidez y que terminó volviendo proletarios a todos los antiguos tenedores

37 La Tesis Agraria fue redactada, en su mayor parte, por Anaya para el VI Congreso de mayo de 1930. RGASPI, 495:119:10, p. 89.

*organizaciones; o entregando instrucciones por escrito sobre todos los problemas de nuestra FRTS. En la práctica, mediante nuestro trabajo diario, habíamos neutralizado completamente a los dirigentes traidores [traducción del inglés]*<sup>31</sup>.

Al momento de inaugurarse el VI Congreso, los radicales habían logrado conseguir los votos necesarios y barrieron con los reformistas. Los siete puestos del consejo ejecutivo pasaron a ser ocupados por Rafael Bondanza, Miguel Martínez, Carlos Castillo, Víctor Angulo, Ismael Hernández, Petronilo Linares y Miguel Mármol<sup>32</sup>. Al menos dos de estos individuos, Hernández y Mármol, pasarían después a ocupar puestos importantes en el PCS, mientras que la mayoría de los demás serían expulsados en purgas posteriores. Los radicales también lograron, por un solo voto, expulsar de la FRTS a Luis Felipe Recinos. Como cofundador del sindicato y dirigente de la facción reformista, su expulsión evidenciaba cómo el poder dentro del sindicato había cambiado de manos y anticipaba la caza debilitadora de reformistas que estaba por comenzar. Poco después del VI Congreso, la nueva directiva comenzó a purgar a los sospechosos de reformismo. Anaya resumió el impacto de esta campaña en un informe presentado al Buró del Caribe: “*Durante los meses de febrero y marzo la organización se debilitó rápidamente en número, debido sobre todo al hecho de que todos los elementos viejos se atemorizaron ante el carácter crecientemente combativo de la FRT[S]*” [traducción del inglés]<sup>33</sup>.

En marzo de 1930, poco después de su victoria en el VI Congreso, Anaya y los radicales fundaron el PCS. Aunque controlaban holgadamente la FRTS y habían expulsado a muchos de sus afiliados, creían que la dirigencia y las bases del sindicato todavía eran demasiado afines al reformismo, y que El Salvador estaba listo para emprender su camino hacia la revolución socialista. Vislumbraban al PCS como una verdadera alternativa radical, una vanguardia revolucionaria sin

31 Anaya al Buró del Caribe, 9 de abril de 1931, RGASPI, 500:1:5, p. 18.

32 Un recuento de la reunión y la votación se encuentran en RGASPI, 495:119:7, p. 11; 495:119:4, P- 16; 495:119:12, p. 6; 500:1:5, p. 18; y 534:7:455, p. 23. Los nombres de los miembros del consejo aparecen en una carta, quizás enviada por el Partido Comunista Hondureño (San Pedro Sula, Honduras), a la Sección Latino Americana de la Comunista Internacional, 25 de marzo de 1930, RGASPI, 495:119:11, p. 3.

33 Anaya al Buró del Caribe, 9 de abril de 1931, RGASPI, 500:1:5, p. 19.

mancha de valores burgueses y un combatiente hermano en la guerra internacional contra el capitalismo.

Durante los primeros dos meses de su existencia, el partido reclutó a nuevos miembros y creó los elementos básicos de su administración. Se establecieron células en San Salvador, Santa Tecla, Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. La célula en San Salvador era la más grande y contaba con unos treinta miembros, y también fue la sede del Comité Central (CC). Después de los primeros meses de labor organizativa, realizada por completo en forma clandestina, debido a la vigilancia policial, el PCS contaba con menos de 100 miembros<sup>34</sup>.

Durante su primer congreso, en mayo de 1930, el partido esbozó sus objetivos en un denso manifiesto de cien páginas, de las cuales Anaya redactó una gran parte. El documento se fundamenta en la retórica convencional del **Comintern**: El partido habría de encabezar a las masas para lograr el derrocamiento revolucionario del gobierno burgués, reemplazarlo por una “dictadura del proletariado” y destruir el capitalismo en El Salvador. Como medio para alcanzar este objetivo, el partido adoptó la misma estrategia que la del congreso de 1929, es decir, la organización de los obreros de las fincas de café en el occidente. La estrategia se fundó en la idea de que el café era la base del capitalismo en El Salvador y que los obreros del café serían la causa natural de su extinción. Los autores del documento no se hacían ilusiones de una victoria inmediata, pero como comunistas estaban convencidos de que la revolución era una etapa inevitable en el desarrollo de El Salvador<sup>35</sup>.

A pesar de su llamado para organizar a la población rural, el PCS mantuvo posiciones ambivalentes acerca del campo y sus habitantes. Su posición oscilaba entre una que identificaba a El Salvador como un país semifeudal, que debía pasar por una revolución burguesa, y otra, como un país capitalista en busca de una revolución socialista. El partido reconoció el agro occidental como una parte medular, pero consideró que las masas que vivían allí no eran lo suficientemente

<sup>34</sup> Una descripción de la estructura y una lista de los cuadros del partido, durante estos primeros días, se encuentra en el informe de Anaya, *ibid.*, p. 18.

<sup>35</sup> El debate específico en torno a la ausencia de un proletariado industrial y la necesidad de organizar a los obreros agrícolas se analiza en el Informe del VI Congreso, mayo de 1930, RGASPI, 495:119:10, p. 125. Una síntesis del programa del Comintern para las naciones “semicoloniales” de América Latina se puede encontrar en Cerdas, *Communist International*, capítulo 1.

proletarias como para apoyar una revolución en verdad socialista. Es posible que esta ambigüedad refleje la influencia de Moscú a finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930, específicamente el cambio estratégico dentro del Comintern conocido como el “tercer período” (1928-1934).

Durante ese tiempo y bajo la influencia de Stalin, el **Comintern** giró con fuerza hacia la izquierda, y mudó su estrategia a una de “clase contra clase”. Se esperaba que sus partidos y organizaciones obreras afiliadas se centraran en la unificación de los obreros radicalizados y rechazaran todas las organizaciones no proletarias y de corte reformista. Esto incluía la negación de una política anterior, que permitía que las organizaciones radicales establecieran alianzas estratégicas con partidos políticos y sindicatos obreros con miras a promover la causa socialista en toda su extensión. Pero ahora, bajo las directrices del “tercer período”, todos esos vínculos habrían de romperse. Bajo este esquema radicalizado, los pequeños propietarios campesinos ya no serían sujetos de confianza, lo cual se convertía en un serio problema para una América Latina en donde los pequeños propietarios campesinos constituían un porcentaje elevado de la población de cualquier nación.

El historiador Barry Carr observa una dinámica similar en su estudio del comunismo en México y de las relaciones del Partido Comunista Mexicano con los campesinos, a finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930. Demuestra cómo los cuadros de orientación urbana cortaron sus vínculos existentes con las ligas campesinas, porque se convencieron de que el liderazgo de las ligas carecía de las cualidades proletarias necesarias. Carr atribuye esto a la influencia del “tercer período”<sup>36</sup>. El hecho de que el PCS se formara en 1930, en pleno “tercer período”, significa que las tendencias radicales del **Comintern** eran potencialmente muy influyentes. Es más, como se verá a continuación, el partido invirtió cantidades significativas de tiempo y energía en sus intentos por purificar las orientaciones ideológicas de sus miembros. Pero hay que reconocer que el partido pudo dejar a un lado la ideología, cuando se trataba el tema de conseguir información veraz sobre las condiciones materiales de El Salvador. Esto resultó importante en la región crítica del agro occidental.

<sup>36</sup> Barry Carr, *Marxism and Communism in Twentieth-Century México* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1992), p. 29.